

GONZALO VIAL

SALVADOR ALLENDE:  
**EL FRACASO DE  
UNA ILUSIÓN**



Universidad  
Finis Terrae

CENTRO DE ESTUDIOS BICENTENARIO

CENTRO DE ESTUDIOS BICENTENARIO  
CHILE  
1810-1910-2010

Gonzalo Vial

CIP - Centro de Estudios Bicentenario

Vial Correa, Gonzalo, 1930-  
Salvador Allende : el fracaso de una ilusión / Gonzalo Vial ;  
[prólogo de Álvaro Góngora].

1.- Allende Gossens, Salvador, 1908-1973. 2.- Chile - Historia  
- 1970-1973. 3.- Chile - Política y Gobierno - 1970-1973. 4.- Unidad Popular (Chile). - I. - t.-

CDD 21  
983.0646

2005

RCA2

# Salvador Allende: El fracaso de una ilusión

© Centro de Estudios Bicentenario  
© Gonzalo Vial  
Correo N°30 Casilla 189, Vitacura - Santiago - Chile  
<http://www.bicentenariochile.cl>  
[contacto@bicentenariochile.cl](mailto:contacto@bicentenariochile.cl)

Derechos reservados

ISBN: 956-8147-09-8  
Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 145.190  
Primera edición, marzo de 2005

Diseño de portada: Elena Manríquez  
Selección de Fotografías: Myriam Duchens

Impreso en Andros Impresores  
Hecho en Chile / Printed in Chile

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la tapa, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna por ningún medio sin permiso previo del editor.

EDICIONES



Universidad  
Finis Terrae

CENTRO DE ESTUDIOS  
BICENTENARIO

SANTIAGO  
2005

## ÍNDICE

<i>Prólogo de Álvaro Góngora</i>	9
I. La personalidad de Salvador Allende Gossens	33
II. Naturaleza, Programa y Estrategia de la Unidad Popular	53
III. El fin y los medios. Una contradicción fatal	89
IV. Itinerario de un fracaso	107
V. El desenlace	153
Índice iconográfico	165

## PRÓLOGO

En forma frecuente la prensa, dirigentes políticos, representantes de las principales instituciones del Estado o el simple ciudadano interesado por el devenir nacional, evocan nuestra historia reciente. Recuerdan preferentemente acontecimientos ocurridos durante la Unidad Popular y el Gobierno Militar, y más esporádicamente de períodos anteriores. No cabe duda que todavía ellos influyen en el acontecer político actual. Y no podría ser de otro modo, porque los hechos sucedidos desde la década de los sesenta en adelante son de importancia decisiva, dado que condujeron a la crisis más grande que ha experimentado la patria. Existe en la generación que fue testigo una necesidad natural por comprenderlos verdaderamente. Es consabido que el 11 de septiembre de 1973 aún divide inexorablemente a los chilenos, pese a los esfuerzos que se hacen para evitarlo. Y la razón es que, no obstante haber transcurrido más de treinta años, todavía están vivas las pasiones que entonces –antes y después– existieron entre nosotros. Durante el año 2004 hubo una serie de comentarios en este sentido por parte de altas autoridades del país. En cierta ocasión el Presidente de la República señaló: “A ratos parece que todos nacieron en 1990. Nadie se acuerda de lo que pasó atrás, y nadie fue responsable de lo que ocurrió atrás”<sup>1</sup>, al tanto que el Comandante en Jefe del Ejército auguraba el fin de la visión que predominó en Chile, basada en la lógica de la confrontación e inspirada en la Guerra Fría<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> *La Tercera*, 26 de septiembre de 2004.

<sup>2</sup> *La Tercera*, 5 de noviembre de 2004. La prensa de ese mes refleja el debate en torno al tema.

Es explicable que resulte difícil guardar distancia, mirar los hechos desapasionadamente, alcanzar algún grado de objetividad y confundir ciclos históricos sin hacer distingos. Por ejemplo, es muy importante saber diferenciar entre el ciclo que concluyó tras la muerte del Presidente Salvador Allende y el que se inició casi en el mismo instante que se instalaba la Junta de Gobierno o el Gobierno Militar. Es muy importante la distinción, porque se trata de procesos con lógicas y dinámicas diferentes.

Cabe preguntarse: ¿Cuánto se ha escrito sobre el período? Si hacemos una bibliografía relativamente completa nos encontraremos con un gran cantidad de títulos –sin duda importantes en general–, pero con escaso número de obras propiamente analíticas. La mayoría son del tipo autobiográfico, como si existiera una necesidad de dejar testimonio y constancia de la propia actuación en el período o la propia impresión de los hechos. Otro tipo de textos son de carácter cronológicos, crónicas, o bien, compilaciones de documentos, que contienen únicamente el registro y catalogación de acontecimientos importantes. Un tercer grupo son obras de tipo biográfico, siendo los personajes más estudiados aquellos que fueron protagonistas relevantes. Su tonelaje ciertamente es variado, pero los mejores estudios poseen la virtud de procurar entender al biografiado situándolo en su contexto y, consecuentemente, recrean la época. Un cuarto grupo de libros son los de carácter monográfico, más específicos, porque abordan un aspecto o un fragmento de esta compleja época. Aquí igualmente hay una gama de calidades muy amplia. Por último, los más escasos de encontrar son aquellos que tratan de reconstituir e interpretar y entregan una visión de conjunto.

Toda esta bibliografía sobre la cuestión, junto con aportar antecedentes, visiones, perspectivas y “sensibilidades” –como se dice ahora–, revela de otro modo la preocupación que señalábamos anteriormente y es manifestación elocuente de que estamos muy lejos de aproximarnos siquiera a la comprensión cabal de lo ocurrido. Es decir, según lo entiendo, llegar a entender al “otro”, mirar la realidad también desde la perspectiva “del otro”.

Existe a todo nivel un debate aún no exento de pasión que incluso alcanza al mundo académico. Es indudable que hemos avanzado

en pos de la necesaria comprensión, pero desgraciadamente todavía de modo insuficiente. Me refiero a esa comprensión que permite asumir la verdad de lo sucedido, reconociendo tanto las faltas ajenas como las propias. Hay odiosidades todavía latentes. No obstante, todo hace suponer que llegará ese día, según nos enseñan la historia y la historiografía. Porque ocurrieron acontecimientos en el pasado –la “Guerra Civil de 1891”, por ejemplo– tan dramáticos como los señalados, o similares, que dividieron a la sociedad chilena, y finalmente pudieron ser comprendidos por los testigos y sus generaciones posteriores.

En este sentido, durante el año 2003 –en el marco de la conmemoración de los treinta años del golpe militar–, se realizaron múltiples esfuerzos, desde la gama de enfoques, perspectivas y sensibilidades que existen al respecto (edición de obras, exposiciones, documentales filmicos y radiales, seminarios universitarios, etc.) que tuvieron la misma finalidad: contribuir a la explicación de lo sucedido. El presente libro surgió en ese contexto. Corresponde a los textos completos de las exposiciones realizadas por el historiador Gonzalo Vial en el ciclo organizado por la Universidad Finis Terrae titulado “A treinta años de la muerte de Salvador Allende”.

## LA OBRA

Consiste en un esfuerzo del autor por explicar el inicio, desarrollo y conclusión del gobierno de la Unidad Popular. Tiene la cualidad de entregar una visión de conjunto sobre el proceso, donde figuran articuladamente los diferentes acontecimientos y las actuaciones de los principales protagonistas. No es corriente –como dije– encontrar este tipo de observaciones de síntesis, tan necesarias. Muchos de quienes vivieron el momento –inclusive testigos cultos, de todo el espectro de posiciones políticas– recuerdan por alguna razón episodios significativos, pero sueltos, sin que hayan logrado establecer las debidas relaciones que permiten observar el cuadro completo, por aquello de que “los árboles no permiten ver el bosque”. Este trabajo, sin duda, permite visualizar el bosque y, además, en forma amena, bien

expuesta o escrita, con el sabor de los relatos tan propios de Vial. Un gran mérito, porque se trata de un bosque muy denso.

El propio expositor revela hacia el final del texto la complejidad del problema que abordó en forma pintoresca, al señalar que la "Unidad Popular es como esas novelas gordas, a veces aburridas y a veces entretenidas, que tienen varias tramas que se van desarrollando paralelamente, y que confluyen a un solo final. El final, en este caso, es el golpe. Y las tramas a veces tienen los mismos protagonistas, a veces distintos protagonistas, a veces parcialmente los mismos y parcialmente distintos protagonistas. Aquí —termina diciendo—, por necesidad del análisis, se han expuesto separadamente, pero en realidad cada paso va encauzando hacia el mismo final, hacia el golpe, con la fatalidad de lo inevitable".

Los temas que se tratan en las exposiciones son cinco y ellas abordan las diversas "tramas" y "personajes". La primera está dedicada a comprender el comportamiento del principal protagonista de esta historia: Salvador Allende. Otros personajes importantes también se analizan, a medida que se desenvuelven los acontecimientos: el General Carlos Prats, el Cardenal Raúl Silva Henríquez, por ejemplo. Respecto de Allende, destacan los aspectos que mejor lo caracterizan, en su opinión. De partida tres facetas: su consecuencia política. "...Desde su adolescencia... nunca dejó de ser socialista... Tuvo como meta encabezar un gobierno a favor de las mayorías populares... Reemplazar la propiedad individual capitalista por la colectiva". Considera que su suicidio fue, precisamente, "culminación" de esta consecuencia. Le sigue su consecuencia social: "Como Presidente continuó viviendo la misma vida (cómoda desde la niñez), con el mismo grupo de amigos de su edad", trasladando así su "consecuencia política al plano social". En este sentido era una persona sin "ningún resentimiento social... se reía de esas cosas...". Y, en último término, su probidad. "Desde el poder no incrementó en nada su patrimonio personal" y desacredita una serie de "dichos" que han circulado al respecto. Profundizando en la personalidad de Allende, el autor indica, por otra parte, las que le parecen fueron sus principales cualidades y sus peores defectos. De las primeras, subraya una larga lista

—sencillo y delicado en el trato, sin odios, simpático, expansivo, animado, generoso, memoria impresionante— y destaca también como cualidad "su muñeca", pero se trataría de una condición que se habría tornado en defecto, porque no fue "siempre leal con el manipulado". Entre los defectos, denota algunos que le parecen graves: el haber creído en el "poder compartido" con la amplia gama de partidos unipopulares; el haber sido incapaz de "imponer autoridad" entre esas entidades "...sencillamente no logró mandar... ni ser el gran conductor que había soñado". Pero el defecto fundamental de Allende, según Vial, fue "la insuficiencia de sus conocimientos" sobre lo que "proyectaba hacer".

La segunda exposición se refiere a la "Naturaleza, programa y estrategia de la Unidad Popular". Explica su origen más remoto: el FRAP, nacido en 1957, de la unión de comunistas y socialistas, para encarar juntos las elecciones presidenciales de 1958; prosigue con su evolución, influida por el contexto internacional (Guerra Fría), especialmente latinoamericano (la Revolución Cubana), y la forma como devino en Unidad Popular, al quedar constituida en 1969 en una multipartidaria con la integración de otras entidades izquierdistas, pero subrayando la gravitación en ella de las originarias, con sus diferencias ideológicas. Los comunistas siempre representaron la interpretación más ortodoxa del marxismo, "la soviética", mientras que los socialistas adhirieron en forma progresiva a la interpretación emanada de la Revolución Cubana y promovida en América Latina por el guerrillero Ernesto "Che" Guevara, la cual postulaba, como verdad doctrinaria, la inevitabilidad de la lucha armada para conquistar el poder (guevarismo). Y, por cierto, analiza la situación de Salvador Allende frente a las posiciones existentes al interior del bloque y, particularmente, del socialismo, cargando, además, tres derrotas electorales consecutivas (1952, 1958 y 1964). De manera que para ser candidato por cuarta vez tuvo que conquistar las simpatías de los socialistas, que no lo querían como candidato —ni la vertiente de Aniceto Rodríguez (moderada), ni la de Carlos Altamirano (guevarista)—, y acomodarse incluso a las exigencias de los demás. Finalmente Allende se habría impuesto por descarte. Los socialistas

lo hicieron pasar –dice Vial– por “esta última horca caudina: serás nuestro precandidato ante la Unidad Popular, pero lo serás, porque no tenemos otro...”. Con todo, era el único político de izquierda capaz de hacer frente a los contendores de 1970 (Alessandri y Tomic).

Sin embargo, la Unidad Popular era ante todo un pacto electoral y de gobierno, firmado por sus integrantes, al cual debería adherir el candidato que acordaran postular. Es decir, el candidato quedaba supeditado al pacto y, para hacer efectiva esa dependencia, se creó un “Comité” donde estaban representados todos los partidos del bloque y sería el encargado de adoptar las decisiones fundamentales, por la unanimidad de sus miembros. Es decir, Allende quedó desde el momento de su candidatura sometido al cogobierno y al vicio legendario del “cuoteo”, pero confiando siempre en “su muñeca para contrarrestar la adversidad”. A este pacto y lo que representaba, incluido el candidato, no concurrió el MIR, por ser un grupo de fuerte vocación guevarista en tales momentos, partidario intransigente de la vía armada para conquistar el poder, muy contrario a la vía pacífica que enarbolaba Allende.

En seguida, pasa revista a los aspectos esenciales del programa de la Unidad Popular, económicos y políticos, así como a la estrategia implementada para materializarlo, luego de que el Gobierno quedara tempranamente impedido de hacerlo por los cauces constitucionales o legales: no tenía mayoría en el Congreso ni el país y tampoco era posible un acuerdo con la Democracia Cristiana. El plan estratégico contempló operaciones (dos económicas y una política) que debían desarrollarse simultáneamente y en breve plazo, pero fracasó la operación política –instaurar la Asamblea del Pueblo– y con ello se vinieron al suelo “los fines últimos, crear el socialismo legalmente en Chile”.

La tercera exposición, titulada “Los fines y los medios. Una contradicción fatal”, está destinada a explicar el significado de una serie de hechos que fueron ocurriendo entre 1971 y 1972, paralelamente al desenvolvimiento de las operaciones del plan estratégico señalado y que terminaron por alterar definitivamente el cuadro político. Entre los más relevantes, cuenta los siguientes: la unión de la oposición

(Democracia Cristiana y Partido Nacional); la propagación y profundización de la violencia política; el guevarismo, que se introdujo en el país a través del MIR, pero en el curso de 1971 era moneda corriente entre algunos partidos de la Unidad Popular (el MAPU-Garretón, la Izquierda Cristiana, que desgajada de la DC se había sumado recientemente, y el Partido Socialista dirigido por Altamirano). Siguiendo con el recuento de acontecimientos, apunta que, a la propagación de la vía revolucionaria ultraizquierdista –contrariando al propio Allende–, contribuyó bastante la visita de tres semanas que hizo al país Fidel Castro, lo mismo que la retórica mirista, que afirmaba poseer armas y estar empeñado exitosamente en infiltrar a las Fuerzas Armadas, amén de incitar, junto con los otros grupos guevaristas de la UP, las ocupaciones ilegales, “tomas” de predios, fábricas y comercios. En este sentido, el historiador Vial reitera una afirmación suya que ha ocasionado gran revuelo en el último tiempo, sobre todo entre quienes se jactaban de ser auténticos revolucionarios en aquellos años: “En Chile, la violencia como método y necesidad insoslayable, la introdujo el guevarismo y suscitó la contraviolencia adversaria”.

Mientras sucedían todos estos sucesos, sostiene el autor, Allende oscilaba entre la vía violenta y la vía pacífica. Y su indecisión en este punto dejaba lugar a la duda. De manera que los miembros de las Fuerzas Armadas, en especial sus mandos, nunca tuvieron claro “lo que pensaba el Presidente... y menos aún lo que hacía el gobierno”.

En la cuarta exposición –“Itinerario de un fracaso”–, analiza el tramo más duro del proceso político en cuestión, cuando se produjeron los peores enfrentamientos y el conflicto se presentó crudamente, sin dejar ninguna puerta abierta para soluciones pacíficas. Así, 1972, habría sido el año del “desastre”.

Porque fue evidente, en su opinión, que la economía y la situación social quedaron fuera de control, según las cifras que cita, dando paso a un descontento que se manifestó desde varios frentes. A los partidos políticos de oposición –que habían sido hasta ese momento ineficaces en la lucha contra el Gobierno–, se le sumaron los gremios empresariales tradicionales y nuevas entidades que agrupa-

ron a los transportistas y comercio detallista, más “toda clase de gente que tenía algo que reclamar”. Se llegó así al famoso “Paro de Octubre”. Un hito importante, porque significó “técnicamente el fin del programa político, social y económico de la Unidad Popular”. El oficialismo había perdido la iniciativa y hubo serias repercusiones al interior de la coalición de gobierno, porque se dividieron las “fuerzas populares”: el sector de ultraizquierda era partidario de profundizar el proceso revolucionario, mientras que el institucional, con Allende a la cabeza, decidió apoyarse en las Fuerzas Armadas.

Aquí entra en escena el General Carlos Prats. Vial traza un esbozo de su “misteriosa personalidad” –dice– y expresa ideas muy interesantes sobre el papel que le correspondió desempeñar en esos críticos momentos. En este sentido formula una serie de hipótesis novedosas que debieran ser analizadas para llegar a comprender en profundidad la importancia de Prats en el proceso. Las más sugerentes son: cómo en contacto con Allende y varios de sus colaboradores cercanos, le perdió el “temor” (histórico) que profesaba por el marxismo-leninismo; los esfuerzos que realizó –y errores que cometió– para lograr un acuerdo entre la Unidad Popular y la Democracia Cristiana; cómo asumió un papel claramente político entre 1972 y 1973, luego de cuarenta años de imperturbable y profesional servicio militar y, por último, algunas imprudencias cometidas, al involucrarse excesivamente en políticas de gobierno. Habría olvidado, al respecto, “que un jefe militar siempre debe guardar distancia del núcleo propiamente político del gobierno al cual sirve”. De este modo –sostiene–, su actuación generó una serie de “contradicciones internas” y tuvo un efecto “catastrófico” en las filas castrenses. “Poco a poco el alto mando se fue distanciando de su comandante... Quedó aislado arriba”.

En el intertanto, la crisis (política, económica y social) alcanzó tal magnitud, que el país se hizo ingobernable; entonces Allende realizó tres últimos intentos de solución. A saber, según Vial: “Entenderse con la Democracia Cristiana, oficializar la participación militar en una especie de cogobierno, o apelar a un plebiscito: el arma final y desesperada del Mandatario”. Cada uno de estos ensayos son expli-

cados cuidadosamente, con detalles muy sabrosos y todas sus derivadas, señalando la forma como los protagonistas los fueron urdiendo y las razones de su fracaso. La que más se reitera son los desacuerdos que existieron al interior de la misma Unidad Popular (el Comité) sobre tales iniciativas, sindicando como particularmente grave la oposición del sector ultraizquierdista, más concretamente el Partido Socialista. “El guevarismo torpedeaba todo lo que no sirviera para acelerar y profundizar el proceso revolucionario”.

“Y cuando el último ensayo fracasó –agrega–, la intervención militar se hizo inevitable”.

Este es el tema de la última exposición, llamada “El desenlace”. Formula la siguiente pregunta: “¿Por qué intervinieron las Fuerzas Armadas el 11 de septiembre de 1973, prescindiendo de los civiles y aplicando su propia solución a la crisis?” Y responde que se habrían hecho desafectas al Gobierno por cuatro problemas que pasa a analizar. A saber: el desorden público; el aumento del armamento; la existencia de milicias paramilitares –muy relacionada con el punto anterior– y la “cara violenta” que mostró el marxismo-leninismo propugnado por la gama existente de grupos guevaristas.

A estos problemas se le agregaron dos consideraciones definitivas. Definitivas, porque impulsaron la decisión final en los altos mando de las Fuerzas Armadas. La primera, que el cuadro caótico creaba una situación de extremo peligro para el país, porque lo hacía objetivamente vulnerable a un ataque proveniente del exterior (de Perú ciertamente y de Argentina, luego). Ataque que a la sazón se presumía muy probable, dado que el centenario de la Guerra del Pacífico se aproximaba. La segunda provino del hecho de que se pensaba muy posible que las Fuerzas Armadas se dividieran si el conflicto y la violencia se incrementaban, como de hecho ocurría, frente a lo cual la guerra civil se presumió inminente.

El último párrafo dice así: “Casi todas las fuerzas políticas y, en general, casi toda la población, querían la guerra civil, o al menos la aceptaban, resignadamente, como una tragedia inevitable, porque cada bando pensaba que se hallaban en juego valores que la merecían y justificaban, no habiendo –en apariencia– otra salida. El



General Pinochet torció el destino de la historia y de su propia biografía al aceptar el reto y hacer el gesto que impidió la división de las fuerzas uniformadas y consiguientemente la guerra civil. Desde ese instante Allende era hombre muerto, pues no podía aceptar rendirse. Y así ocurrió aquel 11 de septiembre”.

Estas conferencias en verdad reafirman una interpretación expuesta en otras ocasiones por el autor, sobre la Historia Contemporánea de Chile. O sea, acerca del proceso que afectó al país durante la segunda mitad del siglo XX<sup>3</sup>. El proceso básicamente consistió en una crisis de grandes proporciones, que comprometió a toda la sociedad, cuyos componentes fueron políticos, económicos, sociales y culturales, y cada uno de estos aspectos tuvo innumerables derivados. Esta crisis “integral”, como dice, patente hacia 1950, se profundizó en los años siguientes, porque ninguno de los gobiernos elegidos hasta 1970 (Ibáñez, Alessandri, Frei) logró aminorarla siquiera. Al revés, se fueron incorporando nuevos elementos de tensión y desajuste. Uno de los fenómenos determinantes en este sentido es que para entonces existía un campo de partidos políticos –agrupado en tres tercios, como era característico desde los años treinta–, pero ahora polarizado en extremo, marcado por el signo de las ideologías y la intransigencia.

Este sería el telón de fondo: “Nadie tenía fuerza electoral, fuerza parlamentaria ni fuerza social como para imponer su propio programa. Pero al mismo tiempo nadie, ni la Democracia Cristiana (el centro) ni la Unidad Popular (la izquierda) ni el Partido Nacional (la derecha), estaba dispuesto a transigir para generar esa mayoría”. De este modo, Allende, en la etapa postrera de la crisis, se encontró sin instrumentos para hacer lo que había prometido. No tenía instrumentos legales ni mayoría parlamentaria para adquirirlos.

<sup>3</sup> Vial, Gonzalo. “Las grandes crisis chilenas del siglo XX”, en revista *Finis Terrae*, N° 8, Santiago, Universidad Finis Terrae, 2000, y en la obra colectiva *Chile 1541-2000. Una interpretación de su historia política*, Santiago, Editorial Santillana, 2000.

## EL AUTOR

Me parece una interpretación coherente, clara y bien desarrollada, que plantea ideas maduradas durante largo tiempo, por razones que luego indicaré. Alguien podría señalar que el texto tiene escasas referencias bibliográficas. Es cierto, son conferencias transcritas, pero de la simple lectura se concluye que consultó información de primera mano. A lo largo de las exposiciones, cita documentos de variada índole, publicaciones y sus propias vivencias. Es frecuente encontrar en el texto expresiones como estas: “Me contaba una persona muy íntimamente ligada a él (está hablando de Allende), que sobrevive...” o “Me contaba una delegación de viñateros que fue a visitarlo...” o “Yo conocí mucho a los mandos medios de la Unidad Popular...” o, un caso más elocuente, “...Poco después del golpe, cuando llegué a mi oficina de *Qué Pasa*, prácticamente en medio del humo, encontré el comunicado del MIR encima de mi escritorio. Fue mandado por correo a toda la prensa y había llegado probablemente el 10 en la tarde...”.

Por otra parte, he podido revisar el archivo de Gonzalo Vial sobre la Unidad Popular. Está constituido por un conjunto de cartas, de diferentes personas que cuentan episodios vividos; por entrevistas realizadas a una gama de personalidades; por documentos que circularon en la época: declaraciones de partidos, incluso de circulación muy restringida (mimeografiados); boletines de prensa extranjera; panfletos muy curiosos, como uno que llama “a derrotar a los momios en la U. C.”; fichas de prensa, memorandas, etc. En fin, pienso que es quizás una de las personas que mejor conoce el período. No sólo porque fue testigo, sino porque ha recopilado y consultado una cantidad gigantesca de fuentes de información, que por cierto incluyen libros de todos los géneros. Además, se trata de un historiador de un tonelaje cultural superior, de especiales capacidades intelectuales y dotado de un genuino y muy acendrado interés por la historia.

En realidad para dimensionar este texto y en general su obra, con mayúscula, bien vale la pena conocerlo más a fondo. Y aunque es una tarea difícil, porque habla escasamente de sí mismo, tanto en

entrevistas como en círculos de amigos, quisiera esbozar, con algunos datos sueltos que he podido reunir, trazos de su vida que me parecen interesantes.

Nació en 1930, en el seno de una familia tradicional, católica y muy acomodada. Fue el cuarto de seis hermanos. Su padre era Wenceslao Vial Ovalle, abogado de profesión, quien dedicó buena parte de su vida a la agricultura, se vinculó al Partido Conservador, pero no tuvo nunca militancia activa. Su madre era Ana Correa Sánchez, propietaria de una gran fortuna agrícola, por ser heredera de parte de la "Hacienda La Compañía" (predios en Rancagua, Machalí y Graneros), pero de gran sencillez y caridad. Como integrante de la Sociedad San Vicente de Paul, asistió silenciosa y regularmente por muchos años a poblaciones pobres de la zona surponiente de Santiago. Los Vial Correa vivieron junto al abuelo materno –Juan de Dios Correa de Saa– en una casa muy espaciosa, de tres pisos, ubicada en Providencia. En ella, amén de amplios salones y habitaciones –hasta un ascensor–, "había una biblioteca gigante, una verdadera biblioteca pública. Mi abuelo era un loco por los libros, tenía entre 12 mil y 15 mil libros"<sup>4</sup>. La familia era un grupo muy cerrado, retraído. Sus padres tuvieron "pocas relaciones sociales". Prefirieron la vida de hogar, como los hijos. Gonzalo Vial recuerda que en su infancia y juventud cultivó un "círculo de amigos muy estrecho... no gustaba de ir a fiestas". Las tres personas mencionadas tuvieron profundo significado en su vida, a juzgar por la dedicatoria que puede leerse en el tomo primero de la "Historia de Chile": "A la memoria de mi abuelo... cuya justicia era inexorable. A la memoria de mi padre... que no creía en los mitos y se reía de los ídolos. A la memoria de mi madre, quien me enseñó que se puede sufrir y amar silenciosamente"<sup>5</sup>.

En la casa todos leían, pero al parecer fue su abuelo –con quien tuvo una relación muy cercana y cordial– quien transmitió tal afición

a sus nietos. Gonzalo la asumió seriamente. Leyó literatura –novela y poesía– francesa y española, más tarde historia en general, mayormente europea. También le interesaron el arte y la ópera. Recuerda que, incluso "durante los veraneos en Viña del Mar, su abuelo les hacía leer para luego controlarlos".

Hizo todos los estudios escolares (primarios y secundarios) en el colegio de los Sagrados Corazones (1936-1947) y sus profesores fueron en su mayoría sacerdotes, algunos de ellos franceses. En opinión de Vial, la formación pedagógica o académica del colegio no fue tan importante, "como la religiosa y moral que era de gran categoría". Pero destacó como alumno, según se puede apreciar en la *Revista Escolar*. En ella cada mes se publicaba la lista de los alumnos distinguidos, figurando a lo largo de los años 1940, 1942 y 1946 en el primer lugar de su curso. En 1941, 1943 y 1947 ocupó el segundo; fue superado indistintamente por Javier Valdivieso y Sergio Rodríguez, y los años 1943 y 1944 la revista no se editó. Reconocido por su buena conducta, lució en las asignaturas de historia, castellano, religión, francés e inglés, y mientras sus compañeros hacían deportes, él dedicaba tiempo a la "Liga de los Tarsicios" y a la "Academia Literaria".

La "Liga de los Tarsicios" veneraba al niño llamado Tarsicio, quien dio la vida por evitar que se profanara el Sacramento de la Comunión, que llevaba secretamente entre sus ropas, al mártir San Pancracio y sus compañeros encarcelados. Se puede leer en la misma *Revista Escolar* una nota escrita por el alumno de sexta preparatoria "A", Gonzalo Vial, a propósito del mes del Sagrado Corazón: "...Nosotros los tarsicios haremos un sacrificio, aumentaremos las comuniones para alcanzar así las bendiciones de Dios sobre nuestra Liga, nuestro Colegio y nuestra Patria".

Perteneció a la Academia Literaria, dirigida por el padre Damián Symon, y llegó a ser miembro del Directorio, su Segundo Vicepresidente en 1947. Ciertamente escribió para ella variados artículos. Entre ellos uno dedicado a Auguste Rodin: "Je veux parler ici d'un de plus grand sculpteurs mondiaux... Cet artiste formidable... connut la gloire comme très peu d'hommes l'ont connue, mais il mourut relativement pauvre..."; además un curioso cuento titulado "Ven-

<sup>4</sup> He podido conocer la entrevista que Gonzalo Vial dio a los siguientes alumnos de la Universidad Finis Terrae, para un trabajo de curso: Emilio Sanfuentes, Paulina Mayol y Cristóbal Ackermann.

<sup>5</sup> Vial, Gonzalo. *Historia de Chile (1891-1973)*, Santiago, Editorial Santillana, 1981.

ganza india”, inspirado en episodios de la Historia de Chile. En él aparecen personajes fingidos, como el coronel Bulnes, los hermanos Pincheira, el cacique pehuenche Neculmén y su hijo Colunquén. Y un tercero, dedicado a “José Calvo Sotelo”, donde habla de la historia reciente de España, de las circunstancias políticas que llevaron al poder al Frente Popular y admirativamente de Calvo Sotelo y su muerte. Termina señalando uno de los ecos que tuvo tal martirio, uno que repercutió en las Canarias. “Allí residía un general pequeño y obeso, que ocultaba bajo su aspecto tranquilo y mediocre una de las mayores inteligencias de su siglo. Cinco días después del crimen, ese general tomó un avión, que levantó vuelo rumbo a Marruecos. El general se llamaba Francisco Franco”<sup>6</sup>.

Vial reconoce su deuda con el colegio, así como la “buena formación” intelectual y moral recibida; el “ejemplo de vida” entregado por los sacerdotes de la Congregación, su gran dignidad “y absoluta imparcialidad frente a los alumnos cualquiera fuese la posición económica y social”, como el haber robustecido su “interés por la literatura y la historia”, a través de los maestros Damián Symon, Rafael Gandolfo, Daniel Moltedo, Florencio Infante y el señor Covarrubias”<sup>7</sup>.

A los dieciocho años ingresó a la Universidad Católica, luego de rendir el Bachillerato y obtener el máximo puntaje: 35 puntos. Dudó inicialmente entre estudiar Historia o Derecho, e intentó hacerlo con ambas carreras, pero finalmente se decidió por la segunda, porque “no servía para ninguna otra cosa”. No fue fácil, discutió bastante al respecto con quien se constituiría en su maestro: Jaime Eyzaguirre, quien lo estimulaba a dejar Derecho. Pero él “consideraba que, si era exclusivamente un historiador, perdía el contacto con la realidad, y al perder ese contacto sería peor historiador, entendería menos la historia...”. Con todo, nunca dejó de leer y estudiar historia, al revés, la lectura se intensificó, ya que a poco andar fue ayudante de Jaime Eyzaguirre, logrando un desempeño notable. Tan

<sup>6</sup> *Revista Escolar*, junio de 1941; julio-agosto de 1946; octubre de 1946; junio de 1947 y marzo-abril de 1947.

<sup>7</sup> Entrevista a Gonzalo Vial, *Revista Escolar*, diciembre de 1987.

notable fue su desempeño, que cuando aquél dejó la Universidad Católica y, consecuentemente, la cátedra de Historia del Derecho, se la ofrecieron a Vial para continuarla, aunque no era titulado. Con Eyzaguirre llegaron a ser amigos y su discípulo encontraría que las actividades religiosas, culturales e históricas que realizaron en conjunto fueron decisivas para su formación. El corolario de ellas fue la dirección de la memoria de grado: *El Africano en el Reino de Chile. Ensayo histórico-jurídico*.

Es un trabajo bien escrito, da cuenta de una investigación bibliográfica y de archivo muy acuciosa, de “pala y picota”, como suele decirse hoy para aplaudir la labor que se considera más propia del historiador. Escribe sobre el pasado hispano, confiesa, porque no obstante haberse desarrollado a la fecha un trabajo “inmenso, enorgullecedor (Medina y otros)...”, todavía se ignoraba mucho del período colonial. Faltaba, en esos años –proseguía diciendo–, realizar una investigación minuciosa y completa, para llegar a tener la información suficiente que hiciera factible elaborar una Historia General del Reino de Chile. Por eso, aspiraba con su memoria, “a coadyuvar en la tarea monográfica señalada...”. Eligió la “esclavitud africana”, porque era una institución extremadamente “desconocida que requería un estudio más acabado”. Introductoriamente adelanta una conclusión que refleja otra parte de su preocupación historiográfica y de su personalidad. Se trata de una institución –sostiene–, que “siguió la regla invariable de las grandes injusticias históricas, de ayer o de hoy. A saber: el tiempo, la costumbre, la ley, la rutina, la barnizaron de aparente respetabilidad. El mundo colonial, por ver esta maldad todos los días, dejó de verla”<sup>8</sup>.

Terminó sus estudios universitarios titulándose de abogado con distinción máxima y galardonado con el Premio Tocornal que se le otorgaba al mejor egresado y con el Premio Miguel Cruchaga Tocornal que la Academia Chilena de la Historia le confiere a la mejor

<sup>8</sup> Vial, Gonzalo. *El Africano en el Reino de Chile. Ensayo histórico-jurídico*, Santiago, Instituto de investigaciones históricas, 1957, pp. 8-11.

memoria de grado. Posteriormente la publicó, constituyéndose en el primer libro de una larga serie.

Ciertamente la vida universitaria no se agotó en las actividades propiamente académicas. A la vez que trabajaba como procurador en un bufete, realizó otras de carácter político, ya sea escribiendo para un periódico universitario como participando en la Federación de Estudiantes y ciertas “movilizaciones estudiantiles”. Ya entonces demostró una capacidad singular para actuar en varios “frentes” a la vez. Capacidad que los años irían potenciando.

Amén de contraer matrimonio con María Luisa Vial Cox, con quien formaría una familia de siete hijos y cuarenta y tres nietos, se dedicó a la abogacía y, por un breve período, a la política nuevamente, al vincularse con el grupo nacionalista que dirigía Jorge Prat Echaurren, contrario al partidismo en boga. En consecuencia, apoyó a Ibáñez para los comicios presidenciales de 1952 y hasta llegó a conocer al General, porque asumió las funciones de secretario privado de quien fuera uno de sus ministros de Hacienda, Jorge Prat, persona a la que Vial demostró amistad, aprecio y lealtad, “porque lo encontraba un hombre muy admirable y de ideas muy buenas”. Más tarde fue cofundador de las revistas *Portada* y *Qué Pasa*, de esta última su director entre 1971 y 1975. Una revista que se creó para realizar una tenaz oposición, precisamente, al gobierno de la Unidad Popular. Tenaz pero leal, porque lo enfrentó de manera respetuosa y seria, a lo más con ironía, según puede apreciarse leyendo la revista. Por ejemplo, nunca faltó el respeto a autoridades de gobierno, menos a Salvador Allende. Conste que ciertos medios combativos del momento actuaban de otro modo.

No es posible, en esta oportunidad, hacer un reseña biográfica más extensa sobre Vial, porque cualquiera que se haga tiene que incluir un abanico de episodios muy diversos, ya que ha desempeñado múltiples actividades. En educación, por ejemplo, su segunda verdadera vocación: Ministro de Educación (1978), Presidente de la Fundación Educacional Barnechea; o en entidades de gran trascendencia nacional: Comisión de Verdad y Reconciliación (1990-1991), Mesa de Diálogo (1999-2000) y Consejo de Defensa del Estado. Ade-

más, continúa hasta hoy realizando actividades periodísticas, como columnista semanal del diario *La Segunda*. En cambio, lo que sí nos interesa ahora es conocer más al historiador.

Mientras fue estudiante y más tarde profesor de la Universidad Católica, en las escuelas de Derecho, Pedagogía y Sociología, publicó una serie de artículos, primero en la revista *Estudios*<sup>9</sup>, luego en *Finis Terrae*, en el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* y en *Historia*<sup>10</sup>, investigaciones siempre referidas fundamentalmente al período hispano, reflejando todavía la influencia de Eyzaguirre. Se podría decir que era todo un académico, sin él reconocerlo, y un académico que destacaba, al punto que, habiendo cumplido recién los treinta y cinco años, se incorporó a la Academia Chilena de la Historia, como “uno de (sus) miembros más jóvenes”, según resalta Ricardo Krebs en el discurso de bienvenida.

Krebs había conocido a Vial como alumno de la cátedra de Historia Universal que dictaba en la Universidad Católica y le dio muy buena impresión, supongo, porque advirtió en él ciertos rasgos de personalidad que recordó en el discurso de recepción. “Una cualidad moral –dice– que me parece esencial en él: la de no dejarse dominar por las circunstancias externas o las exigencias inmediatas, sino de afrontar la realidad con inteligencia y energía”. Continúa refiriéndose a su amplio “caudal de conocimientos jurídicos” y a sus escritos, que “acusan la capacidad del jurista para el análisis sistemático, riguroso y la definición precisa”. Y demostrando gran perspicacia

<sup>9</sup> Vial, Gonzalo. “En torno al panamericanismo”; “Un español en los orígenes de la leyenda negra: Fray Bartolomé de las Casas”, en *Estudios*, N<sup>os</sup> 190 y 199, 1948 y 1949.

<sup>10</sup> Vial, Gonzalo. “Un juicio sobre libertad personal en el Reino de Chile”, en *Finis Terrae*, N<sup>o</sup> 10, 1956; “Nueva bibliografía sobre causas de la independencia nacional”, en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, N<sup>o</sup> 63, 1961; “Decadencia y ruina de los Aztecas”, en *Historia*, N<sup>o</sup> 1, Pontificia Universidad Católica, 1961; “Teoría y práctica de la igualdad en Indias”, en *Historia*, N<sup>o</sup> 3, 1964; “Historiografía de la independencia de Chile” en *Historia*, N<sup>o</sup> 4, 1965; “La formación de las nacionalidades hispanoamericanas como causa de la independencia” en *Boletín de la Academia de la Historia*, N<sup>o</sup> 75, 1966; “Aplicación en Chile de la pragmática sobre matrimonio de los hijos de familia”, en *Revista Chilena de Historia del Derecho*, N<sup>o</sup> 6, 1970, “La aristocracia chilena a fines del siglo XVIII”, en *Estudios Presentados en Honor de don Pedro Lira Urquieta*, Santiago, Editorial Jurídica de Chile, 1970. Además, en estas revistas y en otras como *Portada* publicó artículos sobre diversas materias y varias reseñas que sería largo citar.

cia, configura una imagen que puede sonar un tanto familiar para quienes lo conocen. “Caracterízase su pensamiento y su dicción, por un agudo sentido de lo peculiar y paradójico y por una sutil ironía que, manifestación de libertad espiritual, le permite elevarse por encima de la relatividad y la contingencia de lo humano e histórico... Se nos presenta, pues, con una personalidad rica y multifacética. Esta combinación de distintos talentos y quehaceres, a la vez de brotar de la personalidad individual de Gonzalo Vial, corresponde a una valiosa tradición de la vida intelectual chilena... (la cual señalaba) “el historiador nunca se ha aislado, entregándose a una erudición que valiese por sí mismo, sino que ha estado siempre en contacto directo con las fuerzas vivas de la nación”.

El trabajo que leyó Vial en la ceremonia en cuestión versó sobre “Los prejuicios sociales en Chile, al terminar el siglo XVIII”. No hay espacio para analizarlo en profundidad, pese a parecerme interesante, porque constituye un artículo pionero de corrientes historiográficas más actuales, como las llamadas “Historia de las mentalidades” e “Historia de la familia”. Diré sintéticamente de qué trata. Como rigió entre 1778 y 1803 una Pragmática que sancionaba severamente los matrimonios de los “hijos de familia” sin el consentimiento de los padres o los ascendientes más inmediatos, Vial se propuso estudiar los denominados “juicios de disenso”, porque advirtió que en el pleito, progenitores o parientes “desnudaban sus almas” para evitar un enlace que estimaban injurioso para el honor de la familia. Constató, además, que en ellos las partes alegaban apasionadamente, sin reflexión, “lo que la mente pensaba, al instante... la mano lo escribía y quedaba inmortalizado en las fojas del expediente”, diciéndose “los más estupendos horrores” y con absoluta franqueza. Porque los litigantes sabían de antemano que la causa era estrictamente reservada. Concluida, se guardaba en el Archivo Secreto de la Real Audiencia<sup>11</sup>.

Hasta 1970 aproximadamente siguió publicando en diferentes revistas; la docencia la había interrumpido en 1967, entrando en una especie de silencio académico que se extendió hasta la década de los ochenta. Tocante a historia, ¿en qué estuvo Vial todos estos años?

Tiempo atrás había discutido con su maestro la posibilidad de escribir una historia contemporánea de Chile, general, voluminosa. Todas las obras por entonces terminaban en la guerra civil de 1891, con la excepción del libro de Alberto Edwards *La Fronda Aristocrática*, pero era un ensayo. Mientras vivió, Eyzaguirre lo frenaba, señalándole que debía esperar que “aparecieran monografías”. Corriendo los años, amén de fallecer el maestro, sucedieron hechos cruciales, que plantearon complejas interrogantes sobre el siglo XX chileno, haciendo que la idea de Vial se transformara prácticamente en una necesidad. “Como no aparecían nunca las monografías, decidí escribirla, con los materiales que había”. De este modo, publicó en 1981 el primer volumen de la *Historia de Chile, 1891-1973*, iniciando una serie que se ha extendido hasta el quinto volumen, editado el año 2001. Alrededor de 2.756 páginas cubren el lapso comprendido entre fines del siglo XIX y el segundo gobierno de Arturo Alessandri.

Encuentro inoficioso describirla. Es la obra emblemática de Vial y la más leída y citada hasta el momento, a juzgar por los 15.000 ejemplares vendidos. Pero creo pertinente recordar las razones que tuvo en cuenta para escribirla. El Golpe de Estado de 1973, a su parecer, planteó a los chilenos una cuestión crítica, “cuya solución —dice— es vital para nosotros y nuestros hijos: ¿por qué fracasó en Chile el régimen democrático?” Un régimen que desde 1925 en adelante consiguió avances sustanciales, al punto que parecía sólido. Sin embargo, “se derrumbó definitiva e irremediablemente”, no solamente por causa de la Unidad Popular. En su opinión, la serie de factores que actuaron en 1973, “venía de atrás”, y añade: “La clave del derrumbe democrático, pues, reside en el proceso por el cual la misma democracia chilena se fue desarrollando: una enfermedad congénita, oculta y fatal, llevaba a aquella hacia la muerte y no nos dábamos cuenta... Es importante ahora, cuando queremos y buscamos constituir otra democracia, saber qué enfermedad mató a la primera... el

<sup>11</sup> Tanto el discurso de recepción como el trabajo de incorporación, en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, N° 73, 1965.

presente esfuerzo investigador sólo aspira a dar los elementos históricos necesarios en su análisis”<sup>12</sup>.

En el intertanto retomó su labor académica como profesor de las Universidades Metropolitana de Ciencias de la Educación (1984-1990) y Finis Terrae (1991- ), en ambas llegó a ser Decano y, hasta hoy, su labor historiográfica ha sido muy intensa, asombrosamente intensa y prolífica, porque ella no sólo se reduce a los cinco volúmenes señalados. Paralelamente ha escrito –sólo referido a materias históricas– un número muy considerable de artículos y libros o partes de libros<sup>13</sup>. En varios aborda el tema de la crisis de la segunda mitad del siglo XX, que se comentó y, en forma independientemente, el período de la Unidad Popular, sea directa o indirectamente.

Por eso señalaba que la interpretación que expone en este libro me parece muy madura. Obviamente entrega su punto de vista. Y un punto de vista que sus comentaristas y contradictores suelen calificarlo de derecha. Él mismo reconoce en el texto ser “de talante conservador”. Por otra parte, de su trayectoria se puede deducir bastante acerca de su posición, pero ella dice mucho más sobre su desempeño como historiador notable. Ahora bien, que sus explicaciones de los hechos correspondan a una “sensibilidad” de derecha, a priori o en sí mismo, no debiera significar nada, salvo para mentes ideologizadas o prejuiciadas. Se puede discrepar de sus planteamientos y discutir con argumentos sus afirmaciones, pero jamás señalar que se trata de un historiador cuya interpretación de Allende y la

<sup>12</sup> Vial, Gonzalo. *Historia de Chile*, ob. cit., tomo I, Prólogo.

<sup>13</sup> Vial, Gonzalo. *Pensamiento y vida en Adolfo Ibáñez*, Santiago, Editorial Cochrane, 1993; *Historia de Chile: Educación Media* (manual), Santiago, Editorial Santillana, 1994; *Consejo de Defensa del Estado: 100 años de historia*, 1995; *Arturo Prat*, Santiago Editorial Andrés Bello, 1995; *Pinochet: la biografía*, 2 volúmenes, Santiago, Mercurio-Aguilar, 2002. En coautoría los siguientes: *Jorge Alessandri Rodríguez: una biografía*, Santiago, Editorial Zig-Zag, 1996; *La Sudamericana de Vapores en la historia de Chile*, Santiago, Editorial Zig-Zag, 1997; *Análisis crítico del régimen militar*, Santiago, Universidad Finis Terrae, 1998; *Chile 1541-2000. Una interpretación de su historia política*, Santiago, Editorial Santillana, 2000; *Jaime Eyzaguirre en su tiempo*, Santiago, Universidad Finis Terrae-Zig-Zag, 2002; *Historia y Geografía de Chile 3 y 4*, 2 tomos (manuales de Enseñanza Media), Santiago, Editorial Santillana del Pacífico, 1984. Las reseñas y artículos escritos entre 1982 y 2003 son alrededor de cincuenta, sólo los referidos a materias históricas. No consideramos los temas de educación y misceláneos.

Unidad Popular, por ser de derecha, es arbitraria, sin fundamentos, formulada para justificar el Golpe o Gobierno Militar y la represión que éste practicó, según han dicho algunos. Mas, se ha querido desacreditarlo como historiador sosteniendo que fue uno de los autores del *Libro Blanco*, queriendo significar con eso que tergiversó acontecimientos<sup>14</sup>. Imputación, curiosamente reiterada –siempre en sordina–, en momentos previos a la deliberación del Premio Nacional de Historia.

Me resulta inconcebible. Es un hombre íntegro y opuesto a toda forma de fanatismo. Por lo demás, no es correcto hacer este tipo de acusaciones al voleo, académicamente hablando y de ninguna manera. Está a la vista, en cambio, el riguroso esfuerzo del historiador Vial por encontrar la verdad de los hechos históricos. Lo distinguía Krebs en 1965, según vimos, cuando su labor historiográfica apenas comenzaba, al igual que otros tantos académicos de nota durante el tiempo transcurrido.

Inclusive, este compromiso con la verdad lo ha llevado a hacer aseveraciones o asumir posiciones francamente críticas, precisamente respecto del Gobierno Militar y del General Pinochet, en circunstancias que nadie se atrevía a expresarlas en la derecha y estando activo el General, como militar o político. De más está decir que fue censurado y se ganó grandes antipatías por eso.

Un par de ejemplos. A mediados de 1985, en la revista *Qué Pasa* publicó un artículo titulado “Como un cáncer”. En él advirtió acerca de la severidad del juicio de la Historia, cuando se cometen actos que afectan el ámbito ético o moral de un pueblo. Se refería directamente a un conjunto de “asesinatos horribles” cometidos entre 1979 y 1985, que pasó a reseñar. Sin embargo –dijo–, hasta ese instante nadie había sido “declarado reo, ni siquiera detenido”. Para enfatizar la trascendencia de la acción, recurrió a una figura: la “perversión ética”, como un cáncer, “oculto, lento pero inexorable... corroe por dentro a la sociedad que la tolera. Y si no se le pone atajo

<sup>14</sup> Comentarios de Vial al respecto, en *La Segunda*, 2 de febrero de 1999.

—añadió—, la sociedad concluirá completa e irrevocablemente arruinada... Temo con tristeza que eso esté sucediendo en nuestra sociedad". Como ya había sucedido en el "mundo colonial" con la esclavitud, según él mismo había señalado en su memoria de grado: "Por ver esta maldad todos los días, (se) dejó de verla".

Terminando el artículo en cuestión, preguntó: ¿Quién responde?, sindicando, a renglón seguido, las que, a su juicio, eran responsabilidades comprometidas. Una profesional (los servicios policiales); una política (el Gobierno, especialmente los ministros del Interior y de Defensa) y, por último, una responsabilidad histórica, la del Presidente de la República: "A él —aseguraba— fundamentalmente cargará o abonará la posteridad todo lo sucedido bajo el régimen y gobierno militar"<sup>15</sup>.

Continuó insistiendo sobre el asunto de los Derechos Humanos. En 1993, haciendo un balance del Gobierno Militar, en relación con el General Pinochet, durante una conferencia dictada en la Universidad Finis Terrae, calificó la represión: "...la tortura y el asesinato administrativo de opositores" no sólo como absolutamente negativa, sino como cuantiosa, innecesaria, inútil y perjudicial<sup>16</sup>.

En fin, por estas y otras actuaciones, Gonzalo Vial ha sido conceptualizado de muchas formas que ciertamente lo distinguen como el "aristócrata veraz"<sup>17</sup> o "el conservador incomprensido"<sup>18</sup>. Y en cuanto historiador, se lo ha considerado "en la lista de los importantes investigadores del país que han escrito la historia con una visión de globalidad, con una tesis que dé cuenta del devenir de Chile"<sup>19</sup>. Todo un halago, porque en la historiografía chilena del siglo XX no abunda este tipo de proposiciones.

Debo decir, concluyendo, que al redactar estas líneas, me vino a la mente un párrafo que leí hace tiempo en un libro de Marrou. Lo

<sup>15</sup> *Qué Pasa*, semana del 1 al 7 de agosto de 1985.

<sup>16</sup> Vial, Gonzalo (editor). "Análisis crítico del Régimen Militar", ob. cit., pp. 270-271.

<sup>17</sup> Otano, Rafael. "El aristócrata veraz", en *Apsi*, semana del 31 de julio al 6 de agosto de 1995.

<sup>18</sup> Lagos, Andrea. "El conservador incomprensido", en *El Mercurio*, 11 de abril de 1999.

<sup>19</sup> Otano, Rafael. ob. cit.

busqué para citarlo: "La verdad del trabajo histórico será proporcional a la riqueza humana del historiador. Cuanto más inteligente, culto, rico en experiencias vitales, abierto a todos los valores del hombre, más capaz será el historiador de encontrar de nuevo las cosas del pasado, más susceptible de riqueza y verdad será su conocimiento"<sup>20</sup>.

Este es el autor del libro que usted comienza a leer y cuya materia se encuadra en su tesis sobre el devenir de Chile.

Álvaro Góngora E.  
Director Escuela de Historia  
Universidad Finis Terrae

<sup>20</sup> Marrou, H-I. *El conocimiento histórico*, Barcelona, Editorial Labor, 1968, p. 174.

## I. LA PERSONALIDAD DE SALVADOR ALLENDE GOSSENS

Esta primera parte tiene por objeto indagar los rasgos personales y las circunstancias que hacen posible comprender el comportamiento del personaje clave de la Unidad Popular: Salvador Allende Gossens. Me referiré a él como ser humano y en tanto hombre de partido y gobernante. Este esfuerzo por aprehender una verdad siempre elusiva, como lo es la intimidad del ser, resulta indispensable para entender la Unidad Popular, porque no hay paso de esa aventura política que no esté relacionado directa o indirectamente, y por lo común directamente, con Salvador Allende.

Ante todo quiero decir que Salvador Allende merece respeto. A treinta años de su muerte es posible matizar la imagen de frivolidad e incompetencia que todavía prevalece en la opinión pública. Debíamos tener mayor consideración al recordarlo porque toda persona merece respeto y en su vida Salvador Allende no hizo nada que ni remotamente permita despreciarlo, aunque pensemos que muchas veces haya estado profundamente equivocado. Merece respeto por su consecuencia política, por su consecuencia social y por su probidad como dirigente político. Voy a desarrollar con cierta detención estas tres dimensiones a fin de entender su personalidad.

Primero, destaco su fidelidad a una misma concepción política. Se me podrá objetar que permanecer clavado en el tiempo mientras el mundo evoluciona y los desastres económicos y las monstruosidades sociales y políticas se producen en los regímenes que admiramos, no es algo necesariamente meritorio. Pero quizás por mi talante "conservador", no puedo dejar de admirar las conductas que por convicción sincera permanecen fieles a un ideal. Desde su adoles-



cencia, cuando un zapatero anarquista en los cerros de Valparaíso, Juan Demarchi, lo evangeliza con la doctrina socialista y le presta libros –además de enseñarle ajedrez– hasta su muerte en La Moneda, Allende fue siempre un socialista, nada más que un socialista y nunca dejó de ser socialista. ¿Y qué es lo que entendía él por socialismo? No era un teórico; ni siquiera tenía pretensiones intelectuales. Entendía por socialismo que gobernara la clase popular, desplazando consiguientemente del poder a la burguesía y, por supuesto, a los restos de la antigua clase aristocrática. Allende tuvo como meta encabezar un gobierno a favor de las mayorías populares, traspasando para ello al Estado la propiedad de los principales medios de producción. En suma, reemplazar la propiedad individual del capitalismo por la colectiva. Quizás ahora suene infantil, y posiblemente todos los partidos políticos quieran acabar con la extrema pobreza, y la cuestión esté en los medios, no en los fines, en la eficiencia para alcanzar mayor prosperidad para la población. Pero el hecho cierto es que Allende fue un socialista transparente, casi de catecismo, incapaz en absoluto de confrontar su discurso con la realidad. Su concepción económica del socialismo era, si no exactamente igual, muy parecida a la que desplegaban los socialismos reales en la Unión Soviética y sus países satélites de la Europa Oriental. Ese era el socialismo de Allende. Ni más ni menos. Hasta cierto punto su posición era anacrónica, porque no comprendió la crisis que sacudía tanto al capitalismo como al socialismo, como consecuencia de la revolución científica y tecnológica y del cambio social ocurrido en la sociedad occidental tras la última guerra, que afectó incluso a la Iglesia. Creo que ni siquiera advirtió los procesos que estaban modificando la estructura del capitalismo y del socialismo. Permaneció clavado en su idea de las cosas hasta el fin, cuando las élites ya habían asimilado el fatal término de ese mundo y que en adelante nada sería igual. Su suicidio es, pues, la culminación de su consecuencia política. Algunos podrán descalificar el suicidio moralmente, pero eso es un asunto ajeno a lo que estoy explicando. No debe verse en el suicidio de Allende una debilidad, ni siquiera una desesperanza, sino un acto de consecuencia política, de testimonio para dar prueba ante la historia

de su fe invicta en el socialismo al que había consagrado una vida entera.

También dije que hay en Allende una consecuencia social que no es demasiado frecuente observar. Penetrando con mayor sutileza en la personalidad de Allende conviene fijar la atención en tres personajes; su abuelo, su padre y su madre. Su abuelo es un protagonista histórico de importancia en Chile y como su importancia no está estrictamente conectada a la política, sino a otra esfera de la vida, es poco conocida. Su abuelo, al que siempre admiró, fue Ramón Allende Padín, llamado “el Rojo Allende”, en parte por sus ideas progresistas y en parte porque era colorín.

Fue un personaje típico de la segunda mitad del siglo XIX, un laico en el sentido que en esos tiempos tenía la palabra, es decir, una persona agnóstica y a veces atea. Todos sus estudios los cursó en un ambiente militantemente laico; el Liceo de Valparaíso, el Instituto Nacional y la Universidad de Chile. Pero en este caso estamos ante un anticlerical vehemente, un enemigo político de la Iglesia Católica, un masón activísimo que llegó a ser Gran Maestro de la Orden, dignidad que ejerció apenas unos meses porque falleció. Hoy prima la indiferencia religiosa, y no se dan estos casos de extremo anticlericalismo. Estarían fuera de lugar, entre otros motivos porque la Iglesia ha dejado de ser un actor socialmente influyente, en el grado de entonces. Naturalmente, la filiación política del “Rojo” no podía ser otra que la radical. Y, en efecto, fue diputado de ese partido durante seis años y luego dos años senador, hasta su muerte en 1884.

Pero este “Rojo” Allende tiene otra característica notable. Es médico cirujano, pero su vocación profesional se desdobra. Por una parte es un científico, un hombre que estudia las materias propias de la medicina, hace publicaciones, hasta preside la comunidad científica más importante de su tiempo en dicha actividad, la Sociedad Médica, que perdura hasta hoy. Además de ser un científico es un profesional que practica sus conocimientos, es conocido en Valparaíso como el médico de los pobres, a los que atiende gratuitamente y, a veces, según cuentan las crónicas, les entrega dinero y hasta su propia ropa cuando los ve muy desposeídos. Ejerce la filantropía asu-

miendo que es la actitud que corresponde a un hombre cabal, pues carece de fortuna.

Por último, este personaje extraordinario –a mí me resulta simpático, porque soy de esa línea– era patriotero. En la Guerra del Pacífico, cuya primera campaña es un modelo de improvisación, el gobierno le encomendó la superintendencia de los servicios médicos en campaña. Entonces él creó y organizó la sanidad militar, cuyas ambulancias salvaron una inmensidad de vidas, especialmente después de Chorrillos y Miraflores, porque la mitad de las bajas fatales en esa época se producían en el campo de batalla y la otra mitad eran heridos que no sobrevivían por falta de atención. Probablemente el médico responsable de tales servicios durante la Guerra del Pacífico haya sido la figura inspiradora más importante para Salvador Allende. Siempre estará acordándose de él: porque era masón, porque era el médico de los pobres y porque tuvo un rol destacado en la guerra del 79.

Después tenemos a su padre, Salvador Allende Castro. Otra vez un profesional, pero ahora se trata de un abogado. También porteño, laico, radical y masón. Revolucionario del 91 en contra de Balmaceda anota, además, dos actuaciones muy curiosas. Dos veces va a Tacna en calidad de funcionario público. En 1909 lo hace como secretario de la Intendencia, la cual está realizando una labor “chilenizadora”, en preparación del plebiscito previsto por el tratado que puso fin a las hostilidades con Perú para dirimir la soberanía de Tacna y Arica. Estamos “chilenizando” a todo vapor la zona, y este abogado joven va como secretario de la Intendencia. Y en 1925, ya a punto de efectuarse el plebiscito –que no se realizó, ésa es otra historia–, lo envían de nuevo con la comisión chilena que va a prepararlo. ¿Y por qué lo mandan?: porque es un fanático nacionalizador. El abogado Salvador Allende Castro se cuenta entre los que no admiten la posibilidad, siquiera, de abandonar Tacna y Arica. El plebiscito hay que ganarlo a la buena o a la mala. El hombre, al igual que su padre, sufre de pasión patriótica, una enfermedad hoy extinguida. Hay un episodio célebre, y es que un poeta peruano de cierto renombre publica un soneto –ya nadie escribe sonetos, pero en esa

época se escribían– sobre el Morro de Arica, que (dice) tiene que volver al Perú. Entonces nuestro personaje, abogado pero también poeta, publica un soneto de respuesta, sosteniendo que el Morro de Arica tiene que seguir siendo chileno. La carrera funcionaria de Allende Castro culmina en Valparaíso, donde es nombrado notario público. Un nombramiento que provoca cierto revuelo y polémica con los conservadores, hecho que solamente indica que el cargo debía ser bueno. Se dice, además, no ser un secreto para nadie la condición de tenorio de Allende Castro, por lo demás siempre cortés, fino y atildado.

Y un tercer personaje importante: la madre de Allende, Laura Gossens Uribe. Un personaje completamente distinto, pero no tan diferente como podría pensarse. Es hija de un inmigrante belga, comerciante que se enriquece en Lebu donde instala una inmensa ferretería –inmensa para Lebu supongo yo–, pero una importante ferretería en una ciudad que entonces era próspera, por ser el centro comercial de una zona carbonífera, el combustible de la época. El señor Gossens es un ferviente católico, un conservador que con el cura de Lebu organizan la resistencia poco menos que armada contra las leyes laicas de don Domingo Santa María: la ley del matrimonio civil, la ley del registro civil, la ley de los cementerios laicos.

Y después, por razones que no se conocen bien, la familia Gossens Uribe se traslada a Valparaíso y ahí Laura, cuando sus padres ya han muerto, conoce a Salvador Allende Castro y se casan... ella tan católica como masón él.

Hay que agregar otro dato interesante. Como he dicho, Salvador Allende Castro fue revolucionario contra Balmaceda y no sólo de palabra: se alistó y peleó en la batalla de Concón. Laura Gossens también abrazó la causa antibalmacedista, pero su familia lo pagaría con un hecho particularmente odioso. En efecto, un grupo de jóvenes de buena familia, la víspera del desembarco del ejército insurgente en Quintero, se reunió en el fundo de Lo Cañas para organizar la voladura del puente del ferrocarril sobre el río Maipo, con lo cual esperaban entorpecer la concentración de tropas que el gobierno intentaría materializar en Valparaíso, a fin de contener el avance

de sus adversarios hacia Santiago. Para todo el mundo estaba claro que había llegado la hora decisiva de la contienda. Dicho grupo fue sorprendido por el ejército y algunos cayeron muertos allí mismo. Pero diez de ellos fueron capturados y remitidos a Santiago. En el trayecto, el general Barbosa ordenó que los devolvieran a Lo Cañas para someterlos a juicio de guerra. La sentencia, de muerte, se cumplió de inmediato y fueron fusilados. Uno de los caídos en este episodio que, por sus características, exacerbó los ánimos en contra de quienes habían seguido a Balmaceda hasta el fin, era hermano de Laura Gossens.

Doña Laura Gossens siguió siendo “pechoñamente” católica toda su vida, lo que en nada afectó la estrecha relación filial que le unió a su hijo Salvador. Le alcanzó a ver durante dos campañas presidenciales, la de 1952 y la del 1958, y en los preparativos de la de 1964, año en que falleció. Se cuenta que una vez, confesándose, le tocó un cura metido en política que le preguntó por quién iba a votar. Ella le dijo que por Salvador Allende. Entonces el cura se enfureció y le dio una filípica, que cómo podía votar por ese hombre tan malo, que iba a perseguir a la Iglesia, que iba a destruir todo lo católico. “No puede ser”, dijo la señora con toda tranquilidad, “es muy buen hijo”. “¿Y cómo sabe usted que es buen hijo?”. “Porque yo soy su mamá”, le respondió.

El matrimonio Allende Gossens tuvo cinco hijos, de los cuales dos, Salvador y Laura, murieron tempranamente. Cuando nacieron otros hijos les pusieron también Salvador y Laura. Ambos tendrían un final trágico.

Veamos qué nos dice todo esto. Estamos frente a una familia que pertenece a la burguesía acomodada, no rica en un sentido capitalista, pero conocida y distinguida por ser profesionales de muy buenas rentas, de raigambre provinciana, de espíritu laico, aunque no laico del siglo XIX, anticlerical y muy orgullosa de una tradición patriótica, guerrera en verdad, que caracteriza a todos los estratos de la sociedad chilena durante ese siglo. Allende Padín, a cargo del servicio médico en la Guerra del Pacífico; Allende Castro, veterano de la Guerra Civil de 1891 y fanático de la chilenización de Tacna y Arica;

Laura Gossens, también partidaria del bando congresista y con un hermano muerto en Lo Cañas. Y esta burguesía, aquél tiempo y lugar, es una cierta aristocracia, a veces rural y a veces urbana, como este caso. Pero el sector más distinguido de la provincia, a pesar de sus indudables méritos, solía ser mirado con desdén por la aristocracia santiaguina. ¿Por qué? Porque ella dominaba la capital del país, donde estaba concentrado el poder que cuenta: el poder político, el poder financiero, el poder cultural, el poder social y el poder religioso. Todo estaba en Santiago y su aristocracia, como consecuencia del triunfo congresista, se transformó en una oligarquía. Pero a la verdad son las mismas familias, hay que tenerlo en cuenta. Allende, como familia, está al nivel de cualquier otra pretendidamente aristocrática. Lo que pasa es que algunas desarrollaron su vida fuera de Santiago, en una gran ciudad como Valparaíso o Concepción, o bien en el campo, y otras en Santiago. Todos ellos se reconocían como parientes, pero no eran estrictamente iguales. Delicadas sutilezas, seguramente, pero entonces no un asunto menor en Chile.

El Chicho, como le conocerán primero sus íntimos y más tarde los confianzudos, tuvo una infancia dorada, muy blanda, de mucha comodidad. En un libro de Alejandra Rojas, que es, por supuesto, una persona de izquierda, dice: “La suya fue en verdad una infancia viñamarina, con bucles dorados, rizados, trajecito de marinero de Gath & Chaves y una mamá Rosa siempre lista para preparar el kuchen de manzana y la torta de Selva Negra tal como le gustaba”. La mamá Rosa, tacneña, sirvió a su familia desde que él tenía cinco o seis años y lo acompañó toda su vida, hasta verlo convertido en Presidente de Chile. Estas mamás, un personaje típico de las familias encumbradas de comienzo de siglo, en cierto modo formaban parte de ellas, identificándose con sus miembros, y por cierto este vínculo no se asemeja en nada a la tenue relación laboral que hoy vincula al personal doméstico, muchas veces part time, con la familia.

Raúl Rettig, que conoció a nuestro personaje cuando don Salvador ejercía un puesto público en Valdivia, tiene un recuerdo muy parecido. Dice: “En el liceo de esta ciudad se destaca por su cuidadosa indumentaria. Entre hijos de campesinos abrigados con mantas de

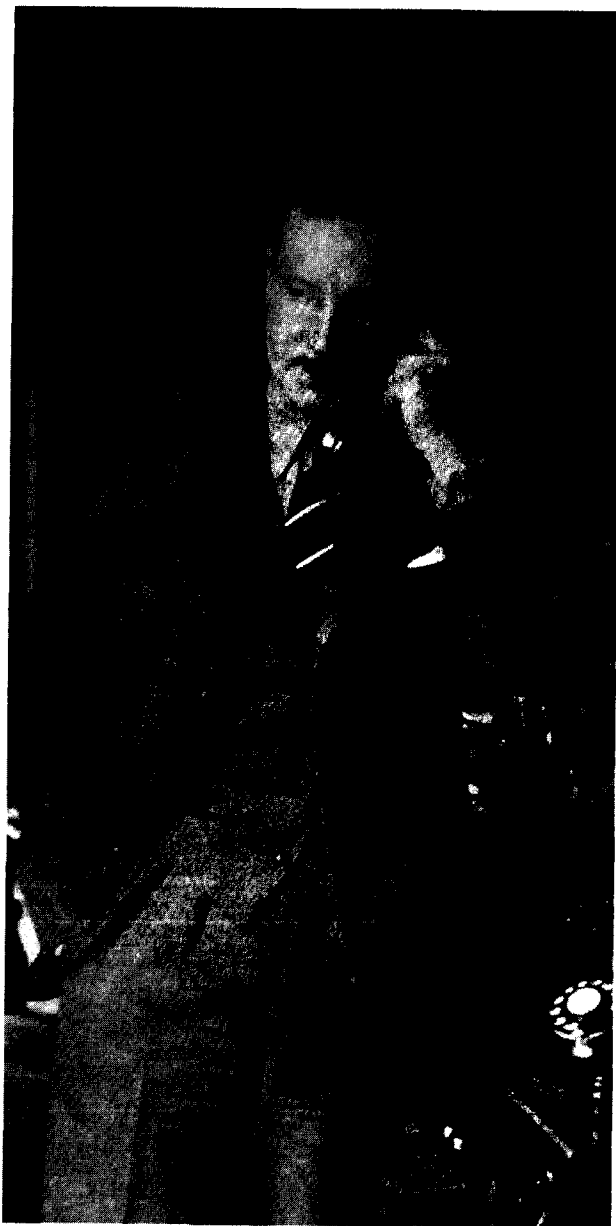


Figura 1. Salvador Allende en 1939, en la época en que era Ministro de Salubridad del Presidente Pedro Aguirre Cerda.

lana o sacos harineros, Salvador es el único que viste de ciudad y se protege de la lluvia con un impermeable. Es un niño elegantito, las mujeres se vuelven en las calles alabando su pelo dorado y en la fiesta de la primavera corona un carro alegórico vestido de príncipe”.

Es, pues, una adolescencia también burguesa. Después, ya joven, pertenece a la juventud elegante de Valparaíso. Otro muchacho, al igual que Allende originario de la aristocracia provinciana, la suya de Chanco, cuya familia ha decaído económicamente en Valparaíso, donde su padre es funcionario de Aduanas, y que asiste al colegio de los Padres Franceses de Valparaíso (no al de Viña, más exclusivo, como “Pepe” Merino, el futuro Almirante), lo recordará mucho después. “Un joven muy elegante, vestido con un abrigo de piel de camello, una bufanda larga y sombrero”, dirá Augusto Pinochet. Pues ya de joven es muy refinado en su ropa, comida y bebida: por eso sus amigos le llaman “el pije”.

Así las cosas, Allende fue desde siempre un personaje conocido en el alto círculo social que le correspondía, médico, agnóstico no anticlerical, masón desde el año 1935 y no un masón cualquiera. Fue un masón muy activo, creía en los ideales de la masonería que hacían para él de religión. Y esa afiliación ¿de dónde venía? Venía de su padre de su abuelo. No era antimilitarista, porque compartía la tradición patriótica familiar. Los militares nunca tuvieron nada que reprocharle a Allende por el tratamiento que les dio en cuanto tales. Incluso estaba orgulloso de su condición de oficial de reserva porque había hecho el servicio militar en el regimiento Coraceros, de guarnición en Viña del Mar. Según el libro de Alejandra Rojas, no fue en el Coraceros de Viña, sino en un regimiento del Norte (Arica). Le criticaban otras cosas, vinculadas a problemas de índole nacional, pero se entendió muy bien con los militares en la parte profesional. En realidad Allende no tenía ningún resentimiento frente a los restos de la clase dirigente tradicional, a veces tan altanera. Allende se reía de esas cosas. Rasgo que repiten algunos gobernantes que provienen de la aristocracia provinciana, como los generales Pinochet e Ibáñez. Otras veces, en cambio, aquella logró envolver e influir a dignatarios, como a Arturo Alessandri Palma y a Gabriel González

Videla. Allende –y aquí llegamos a la consecuencia social– como Presidente siguió viviendo la misma vida, con el mismo grupo de amigos y de amigas de su edad (algunas de las últimas habían sido mucho más amigas de lo que sus maridos hubieran deseado). Mientras fue gobernante, Allende siguió departiendo en confianza exclusivamente con su círculo porteño. Me contaba una persona muy íntimamente ligada a él, que sobrevive, que cuando fue electo Presidente hizo el voto de no juntarse en vida social con personas distintas a las de siempre, a sus amigos, y lo cumplió. Deliberadamente trasladó su consecuencia política al plano social.

Por último, cabe señalar otra cosa que es importante en la manera de ser de cualquier individuo, y con mayor fuerza cuando se trata de un hombre público: su probidad. Desde el poder no incrementó en nada su patrimonio personal; conservó su casa en la calle Guardia Vieja, de Providencia, la casa de veraneo en Algarrobo y su pequeño yate, el mismo que sus adversarios le reprochaban durante las campañas presidenciales, hasta que un día Allende se picó, y el dichoso yate desfiló remolcado por la Alameda. En este sentido se ciñó al molde que en general es característica de los inquilinos de La Moneda, que no hacen fortuna con cargo al erario nacional ni aprovechando la influencia que indudablemente proporciona el cargo. Ya Presidente, adquirió a nombre de Myria Contreras la propiedad de El Cañaveral, que entonces no tenía gran valor.

Veamos qué cosas se dicen contra esto. Es cierto que participó en unos negocios de bares lácteos. También tuvo algo que ver con una firma que se llamaba Pascal Lyon y Compañía, que era de su cuñado, el marido de Laura Allende, y se dedicaba a importaciones y exportaciones. También, con los negocios de un amigo muy querido, un personaje fantásticamente original, Julio Donoso, que tenía exportaciones e importaciones con Cuba. No se sabe exactamente la participación de Allende en estas actividades comerciales, pero sin duda fue algo tangencial, o los negocios eran muy malos, porque el hecho es que no le significaron modificar su situación económica.

El embajador Korry dijo en el Senado norteamericano que Allende había recibido quinientos mil dólares de una compañía minera

americana, a cambio de un trato especial durante la nacionalización del cobre. A mi juicio, son dichos que no tienen ningún respaldo, y la palabra de Korry no es suficiente para acreditar esa "coima", y peor si asegura habérsela entregado personalmente. Lo que ocurre es que su vida, la de Allende, estaba muy mezclada con la vida política, pero aunque vivía confortablemente siempre estaba a tres cuartos y un repique en razón de la segunda. Quiero decir que cosa distinta son los dineros de origen y destino político, de lo que va al bolsillo. Por supuesto en las campañas electorales de Allende, como en las de sus contrincantes, había dinero extranjero, porque la lucha política de Chile era una parte de la guerra fría. Durante años el país fue inundado de contribuciones políticas extranjeras y las recibieron todos sin excepción, pero sería mezquino hacer cuestión de esto. En realidad don Salvador fue muy malo para hacer plata y peor todavía para ahorrarla. Simplemente vivió, estrechamente, de la política.

Hay, sin embargo, un episodio misterioso al final de su vida y es la compra del diario *Clarín*. Pero todo hace pensar que en esa operación Allende era un intermediario de Cuba, el verdadero comprador o proveedor del dinero, y que el mismo actuó a través de un testaferrero, Víctor Pey. Éste ahora ha demandado al Estado de Chile, ante una Corte Arbitral de Washington que dirime diferencias sobre inversiones extranjeras, una indemnización por US \$ 500 millones –como presunto perjudicado por la confiscación militar del diario–, asesorado al efecto por Joan Garcés, el consejero político de Allende.

Me voy a referir ahora, para redondear este asunto, a los defectos y cualidades de Allende. En todo hombre siempre habrá cualidades que pueden llegar a ser defectos, y defectos que pueden llegar a ser cualidades, según la ocasión.

Primero, Allende era un hombre muy sencillo de trato, no se daba importancia y sabía escuchar. Aquí voy a citar el testimonio de Pedro Ibáñez: "En privado era afectuoso y amable. En los 40 años que lo conocí y a pesar de la intensidad de nuestras batallas políticas nunca lo vi actuar deliberadamente con mala voluntad o dejarse llevar por el odio y el resentimiento".

Enseguida, era un gran conversador y esta cualidad le venía del padre. Podía conversar larga y profundamente sobre temas generales y delicados con adversarios muy decididos. De hecho, no eludía el debate y exponía sus argumentos con claridad y elegancia.

Y hubo personas que hablaron mucho con él, como el destacado senador liberal Gregorio Amunátegui, quien desgraciadamente murió sin haber dejado ningún recuerdo de lo conversado. Pedro Ibáñez y Allende hablaban constantemente los dos solos, no como enemigos políticos, a pesar de que estaban viviendo momentos terribles, sino como personas que quieren saber lo que el otro piensa y lo quieren saber a fondo.

Era delicado en el trato, especialmente con las personas más débiles que lo rodeaban. Hay muchas anécdotas al respecto. Sin tener fortuna era generoso con sus amigos políticos más débiles, se preocupaba de ayudarlos. En la vida política, toda figura destacada está rodeado de una fauna de personajes insignificantes, algunos muy extravagantes, que les son muy adictos y les prestan servicios pequeños, o no les prestan ninguno, sino que los incomodan. Con toda esta gente Allende era muy deferente y cuando llegaba el momento, muy generoso.

Allende era un individuo simpático, de talante expansivo y animado, vena que también provenía del padre. Si se lee la descripción que de Allende Castro hace el *Diccionario Histórico-Biográfico* de Figueroa, el año 1928, es fácil hacerse una idea de su hijo. Era alegre, charlador, ocurrente, especialmente con las mujeres y muy especialmente con las buenamozas. Dice García Márquez de Allende: "Amaba la vida, amaba las flores, amaba los perros, y era galante con un toque de la vieja escuela: mensajes perfumados y citas furtivas". En cambio Pedro Ibáñez, que carecía de la sensibilidad de García Márquez, dice que Allende tenía un modo libertino de vivir. Ahí hay una cosa moralmente condenatoria. Yo creo, porque he hablado con mucha gente sobre eso, que no era para tanto, que no era propiamente un libertino, una persona depravada o desfachatada; creo que en esta leyenda hay más chisme y odio político —y vanidad del propio

Allende— que verdades. Es verdad que era coqueto y galante, pero un mujeriego discreto, caballero.

En medio de una vida dedicada intensamente a la política, la relación con su mujer es un misterio indescifrable. En el plano amoroso, evidentemente no le fue nunca fiel. Incluso, es público que durante los últimos años de su vida mantuvo una relación estable con otra persona. Pero Allende siempre respetó la intuición, la inteligencia y el carácter de su señora.

Ella, en cambio, probablemente, lo quiso siempre y le fue leal, una lealtad con mucho de abnegación durante su matrimonio, y extraordinaria después, incluso aceptando un compromiso político muy activo, que no creo le haya gustado demasiado. Para muchos es una figura más bien patética, pero yo la veo como de gran dignidad. Quizás permaneció en ambos el recuerdo de su primer encuentro, pues no hay nada más notable: la noche del terremoto de Chillán, el 25 de enero de 1939, la señorita Tencha Bussi y unas amigas asistían a una función en el antiguo teatro Santa Lucía (Alameda frente al cerro), y como es natural abandonaron el teatro al sentir el sacudón. Y Allende, que participaba de una reunión masónica en una casa cercana, también salió a la calle, y muy rápido, porque tenía temor pánico a los temblores. Ahí se encontraron y terminaron conversando, tomándose una bebida en una fuente de soda, y en ese momento, recién conociéndolo, esa profesora de historia, culta, de ideas avanzadas y por si fuera poco muy bonita, le planteó en frío cómo podía ser masón, no por cuestión religiosa, sino que era una cosa tan anticuada ser masón, una condición incompatible con la mentalidad de un hombre moderno... y empezaron a discutir hasta finiquitar la diferencia de opiniones casándose.

Tampoco es fácil describir la relación de Allende con su secretaria privada. Fue una unión sentimental profunda, en cuyo balance de nuevo vemos a la mujer salir mejor parada que él. La Payita (Myria Contreras) fue una mujer leal, serena, cooperadora, sin ánimo ninguno de aprovechar ni de figurar, discreta aún después de muerto Allende. Pudo haber encarnado un rol diferente, con otro prota-

gonismo, al menos para mantener en pie la leyenda de su célebre amante, pero optó por el silencio. Nunca habló nada y el conocimiento de las aspiraciones y opiniones más íntimas de Allende se fue a la tumba con ella.

Ahora, en el plano político, Allende era un hombre muy ambicioso, pero ambicioso de un gran sueño, el sueño de ser Presidente de la República y transformar al país y convertirlo en un país socialista. Pero no le movía una ambición vulgar, ni siquiera el afán de gloria o de poder personal. Allende creyó, y eso fue uno de sus grandes errores, en el poder compartido, en la capacidad de los partidos de la Unidad Popular para llevar adelante una causa grande mediante el ejercicio responsable del poder. Y se empeñó con toda el alma al servicio de lo que entendía era su misión.

Demostó tenacidad, a pesar de sufrir una enfermedad cardíaca relativamente grave, delicada. Caído, se volvía a levantar, sin respiro. Conozco una persona que lo visitó inmediatamente después de ser derrotado en la elección presidencial de 1958 por Alessandri, siendo don Jorge una de las pocas personas a las que Allende no podía ver. Fue su amigo poco menos que a darle el pésame, con un grupo de personas muy unidas a él, aunque sin vinculaciones políticas, las de siempre. Allende los recibió muy tranquilo y los convidó a comer, exigiéndoles que no hablaran de derrota alguna, porque ya estaba planeando su próxima campaña, dado que era irremplazable. A su juicio, no había otro que pudiera encarnar el rol de candidato popular. Y el año 1964, cuando perdió de nuevo, también dijo a un amigo que lo sentía, porque él hubiera gozado tanto en la presidencia. En cambio “este flaco” (por Frei) no va a gozar nada, porque no tiene carácter gozador. Germán Picó, que lo conoció mucho, también afirma que Allende era muy íntegro y fuerte, casi arrogante.

Otra de sus cualidades importantes fue la “muñeca”, naturalmente. “La muñeca de Allende” llegó a ser casi mítica. Consistía en llevar a los demás a apoyar sus propósitos, manejándolos psicológicamente, usando sus fortalezas y sus debilidades. Lo cierto es que Allende era un psicólogo intuitivo. Cuando quería que alguien hiciera algo no se lo pedía directamente, sino que lo empezaba a manipular hasta

alcanzar el resultado buscado. Según Pedro Ibáñez, conocía perfectamente las debilidades humanas, sabía muy bien utilizarlas y en ello no era muy escrupuloso. El gran manipulado por Allende, como vamos a ver, fue el general Prats. Allende no tocó un instrumento sino que una orquesta completa para envolverlo y seducirlo. Y había algo de frialdad en eso, porque cuando Prats, al final, se derrumbó psicológicamente, los últimos días de agosto del año 1973 —no pudo soportar primero el célebre incidente de la Costanera y después la manifestación de las mujeres de oficiales contra él en su casa, y totalmente deprimido optó por renunciar—, Allende afirmó (Garcés deja testimonio de eso) que no podía tener a cargo del Ejército a un general que pasaba llorando. O sea, era un hombre que manipulaba y —como pasa con todos los manipuladores— no era siempre ni totalmente leal con el manipulado.

Y maniobrando con velocidad, con astucia y con sentido de la oportunidad podía dar la impresión de ser inconstante y frívolo, y hacer que muchos a la postre se sintieran embaucados... y a menudo en verdad lo habían sido.

Sin duda poseía dotes que lo ayudaban en esta maniobra. Tenía, por ejemplo, una memoria impresionante; se acordaba de toda la gente, de por qué la había conocido, de qué problemas le había venido a plantear, si se habían solucionado o no, etc. Para cualquiera resulta halagador que si ha visto una vez al Presidente de la República, y tiempo después lo vuelve a ver casualmente, él recuerde su nombre y le hable del asunto que entonces le preocupaba. Me contaba una delegación de viñateros que fue a visitarlo que salieron felices, a pesar de que les anunció las cosas más horribles (y se las cumplió). Salieron felices porque no los había visto nunca antes en su vida y, eran quince o veinte personas, se fueron presentando, y él los fue saludando, y después empezó la conversación, y él los llamaba a cada uno familiarmente por su nombre de pila. Era un hombre de especial aptitud para utilizar a los demás y hacerlos funcionales a sus designios. Pero esa herramienta estaba al servicio de una causa mayor, pues su norte fue siempre noble a sus ojos, fue siempre el norte del socialismo, algo maravilloso, redentor para las mayorías populares, y

estaba convencido que esa era la tarea que estaba destinado a realizar en Chile.

Detengámonos ahora en sus más grandes defectos como conductor político. Lo que interesa es intentar comprender cómo un hombre tan bien dotado para ser líder de masas y en la esfera partidista eficaz al punto de convertirse en indispensable para la izquierda chilena de su época, encabezó a fin de cuentas una gestión de gobierno desastrosa como ninguna otra. La razón esencial del fracaso —una derrota que va mucho más allá del fracaso de un programa político determinado, pues implica además el fracaso de una vida, la suya, y de un estilo, ciertamente el de la Unidad Popular pero también el de las fuerzas políticas que se le opusieron— consiste en que no supo o no pudo imponer su autoridad. A pesar de su habilidad personal, experiencia en los asuntos públicos y potente mística que representa la ideología marxista-leninista, sencillamente no logró mandar. No logró ser el gran conductor que había soñado toda su vida que sería. Es curioso, dado que no era en absoluto un hombre débil de carácter, sino que, por el contrario, le gustaba ser obedecido y se molestaba cuando sus instrucciones eran ignoradas. El hecho es sorprendente si se considera que millones de ciudadanos sí le consideraban un jefe. Lo que ocurre es que generalmente se le obedecía, y sin mayor dificultad, cuando lograba encomendar a una persona determinada una acción también precisa, con plazo perentorio de ejecución. Pero si se trataba de hacer funcionar el gobierno y la administración de la Unidad Popular, en lo que se le iba literalmente la vida, devenía impotente. ¿Por qué? Esto lo vamos a analizar más a fondo después, pero adelanto dos cosas. En primer lugar, por la naturaleza del poder de Allende en relación con la Unidad Popular. Allende hipotecó su poder para conseguir la última nominación a la candidatura presidencial. Cuando dijo: “Quiero ser candidato por cuarta vez”, el estrato dirigente de la izquierda, su oligarquía, le quedó mirando en silencio. Había perdido tres elecciones con él y, gracias a la tarea preparatoria de la revolución cumplida por Frei Montalva, era evidente que el futuro pertenecía a la izquierda en los votos y en la mente de la masa ciudadana, de manera que arriesgarse a perder

por dar la impresión de no poder ofrecer sino “más de lo mismo” en este cuarto empeño, parecía una locura. Pero él se movió, muñequéó y, en definitiva, obtuvo la nominación. Mas el precio que tuvo que pagar fue altísimo: hipotecó el poder presidencial, cuyo núcleo decisivo quedó radicado en el Comité de la Unidad Popular, una entelequia dispar, permanentemente al borde de la anarquía, cuyas resoluciones debían ser adoptadas por unanimidad. Así las cosas, bastaba que, por ejemplo, la Acción Popular Independiente creada, encabezada e integrada exclusivamente por el senador Rafael Tarud, vetara un acuerdo del Comité para que éste se paralizara. El procedimiento era incompatible con el espíritu presidencial del régimen político chileno, y su nefasta implantación, por supuesto al margen de las instituciones formales del Estado, puso innecesariamente en jaque a Salvador Allende en casos gravísimos, como vamos a ver a su momento. Con otras palabras, para lograr la presidencia Allende aceptó ser la voz y no la voluntad de una agrupación partidista.

Esta situación se tradujo en un desorden tremendo a todos los niveles. Yo conocí mucho a los mandos medios de la Unidad Popular, y los más resueltos eran verdaderamente revolucionarios y, por consiguiente, no tenían el menor interés en la eficacia de las cosas. O sea, el director del SAG, por ejemplo, no tenía ningún interés en que el SAG funcionara, ni bien ni mal, no le importaba nada, él estaba ahí para hacer la revolución. Naturalmente con ese predicamento el país iba a la deriva y simplemente no podía funcionar. Por su investidura, Allende era el responsable, pero como digo había en la génesis de su poder una hipoteca que conviene tener presente al juzgar su gestión.

Con todo, el gran defecto de Allende, el fundamental defecto de Allende, era la insuficiencia de sus conocimientos. Sabía poco para lo que proyectaba hacer. Conocía —aunque uno creería que no era así— algo de marxismo-leninismo por haber leído sus textos más divulgados, y comprendía sus principios, sin poder ser considerado por ello un teórico bien formado. En el plano de las ideas, su nivel era mediocre. Sabía algo más de cuestiones médico-sociales. En fin, fue su profesión y se trata de un asunto más concreto. Contaba, además,



con el conocimiento general de una persona que ha sido parlamentario prácticamente 40 años, siendo esta su verdadera profesión. Pero armado con ese acervo de conocimientos no estaba a la altura de lo que se proponía hacer: transformar al país en un país socialista, y a plazo muy breve. Y de hecho lo estatizó casi totalmente en un año y medio; en un año y medio expropió toda la tierra, expropió la gran minería del cobre, expropió de hecho los bancos, casi toda la actividad productiva y el gran comercio distribuidor. Se apoderó de una cantidad inmensa de cosas. Pero hacer funcionar eso hubiera requerido de un presidente con conocimientos sólidos, y una idea general de maniobra muy clara, estratégicamente ordenada, desplegada a través de planes coherentes en sí mismos y con relación al conjunto de la inmensa operación en curso. Allende estaba a años luz de esa capacidad, propia del estadista, y era un hombre que flotaba en el vacío de la ignorancia más peligrosa, la de quien cree que sabe, por lo que una vez en La Moneda se fue distanciando progresivamente de la realidad. Si hubiera sido Jefe de Estado durante una época normal, de continuidad en el logro de objetivos permanentes para el país mediante el funcionamiento regular de las instituciones, quizás se las hubiera podido arreglar. Pero la conducción del proceso revolucionario que soñaba implantar le sobrepasaba. Es conocida una frase muy curiosa de don Jorge Alessandri, al cual como hemos dicho antes Allende no podía ver, pero no era reciprocado porque Alessandri no le tenía mala voluntad, como a Frei, sino que más bien lo consideraba poca cosa: "este niño, decía don Jorge de Allende, es buena persona pero no sabe nada de nada". Había por supuesto exageración en este juicio, pero para hacer una compleja revolución económico-social como la que quería hacer no estaba preparado, y por eso le reventó entre las manos.

Para terminar esta primera parte, enunció el enigma histórico que vamos a intentar aclarar más adelante: ¿Creía Allende sinceramente en la vía chilena pacífica al socialismo... en la revolución con olor a empanadas y a vino tinto, como se dijo por entonces, frase que tuvo fortuna? Dicho de otra forma, ¿pensaba que las instituciones democráticas podían invertir su sentido natural y ser convertidas en

herramientas de su propia destrucción? ¿O, por el contrario, estimaba ineludible que, llegado el instante supremo de la ruptura, del paso de un tipo de sociedad a otra, la violencia revolucionaria fuera una vez más la partera de la historia, como le decía su catecismo ideológico? Él manifestaba, incluso en privado, que su revolución era democrática, pluralista y libertaria. Pero esa vía chilena al socialismo, incluso dando por buenas las intenciones de Allende, ¿era posible?

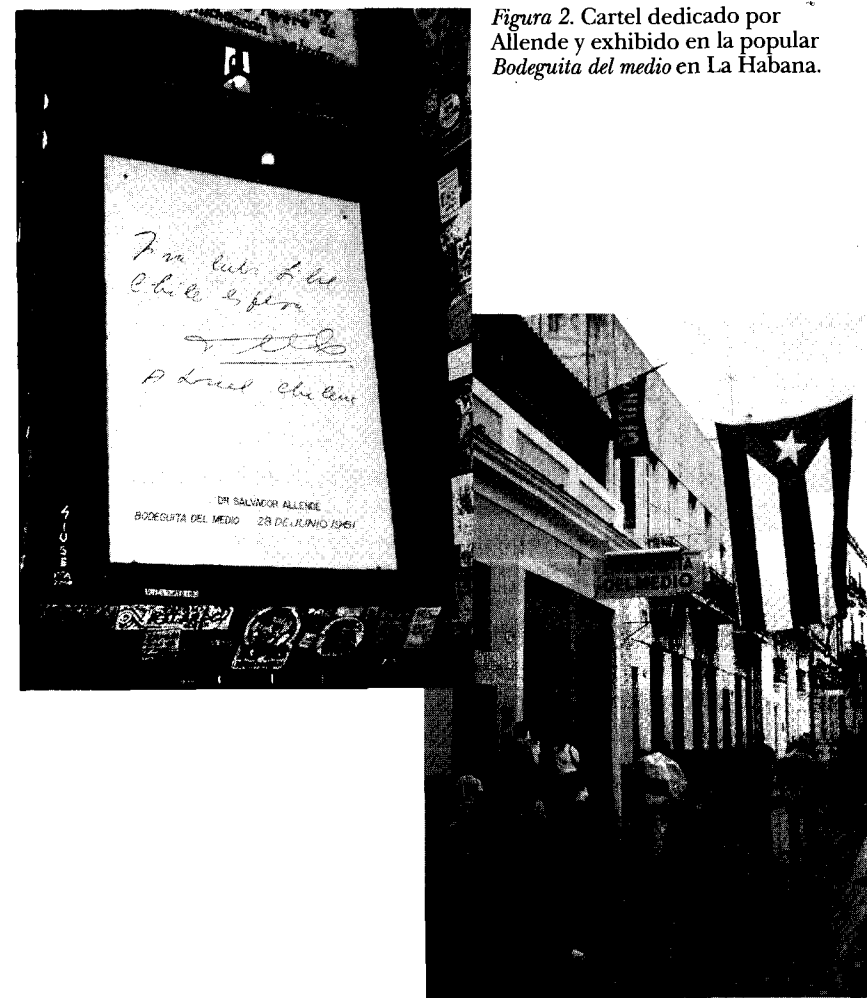


Figura 2. Cartel dedicado por Allende y exhibido en la popular Bodeguita del medio en La Habana.

De hecho, durante años osciló entre el estilo parlamentario del que provenía y la tentación guevarista. No resulta fácil decir con certeza si en su fuero íntimo se sentía más identificado con Alexander Dubcek o con Ernesto "Che" Guevara. Ese es el gran enigma de Allende y probablemente allí radica la clave para entender su personalidad. *El Mercurio* hizo gráfico el dilema al publicar un acierto psicológico de Jorge Délano, Coke: la carta del rey de una baraja española: Allende, pero que en la parte superior lucía chaqué, encarnando la respetabilidad burguesa del presidente del Senado y, en la inferior, era un desaliñado guerrillero, con arma y boina. Esta caricatura enfureció a Allende. Sin duda el dardo se clavó en el núcleo de su personalidad, en la contradicción en que se debatió, en el nudo que fue incapaz de desatar. Naturalmente, lo interesante es que tal enigma no afectó sólo la personalidad de un hombre, sino que influyó decisivamente sobre la historia de un pueblo.

## II. NATURALEZA, PROGRAMA Y ESTRATEGIA DE LA UNIDAD POPULAR

Lo primero que conviene conocer es cómo se llegó a constituir la Unidad Popular, la combinación de fuerzas que triunfó en las elecciones presidenciales de 1970.

Los orígenes de la Unidad Popular podrían situarse en el año 1952, cuando por primera vez Allende es candidato a la Presidencia de la República. Por supuesto se trata de un saludo a la bandera, pero el significado de esa campaña, que observada superficialmente podría ser tenida por un impulso apenas testimonial frente a Ibáñez, tendría consecuencias.

Efectivamente, en esa oportunidad tomó forma la estructura básica de lo que más tarde llegaría a ser la Unidad Popular, a saber, la acción conjunta de socialistas y comunistas. Tradicionalmente, socialistas y comunistas habían sido adversarios, entre otras razones por el internacionalismo de estos últimos, su directa dependencia de la Internacional Comunista. No se puede olvidar, dicho sea de paso, que por entonces todavía estaba vivo un omnipotente Stalin. La de 1952 fue una acción conjunta muy baldada, muy inválida, porque los comunistas se hallaban legalmente proscritos de la actividad política por la Ley de Defensa de la Democracia y, en consecuencia, sólo podían actuar de manera clandestina. En otras palabras, era un partido potencialmente fuerte por su disciplina, pero ineficaz para una campaña electoral. Y el socialismo que apoyó a Allende el 52 también era un socialismo muy débil, porque el Partido Socialista se encontraba dividido. La mayor parte de sus militantes se había ido con Raúl Ampuero y había constituido el Partido Socialista Popular, para

apoyar la candidatura del general Ibáñez; un claro rasgo de oportunismo porque Raúl Ampuero, teórico muy brillante del marxismo-leninismo, no tenía nada que ver con Ibáñez. A la verdad, lo que esperaba era aprovechar los votos populares del ibañismo y capitalizarlos en la elección parlamentaria que se efectuaría en marzo de 1953. Además, es probable que pensara poder manejar a Ibáñez, una ilusión que abrigó mucha gente a lo largo del tiempo y que nunca se materializó porque a Ibáñez no lo manejaba nadie. Ampuero, hombre joven, inteligente, muy preparado, debe haber imaginado que ese candidato tan popular pero casi senil podría ser manipulado cuando fuera presidente, pero se equivocó.

Los socialistas de Allende, los que estaban aliados con los comunistas en esta desgracia —dado que iban unidos a una batalla sin destino—, eran el Partido Socialista de Chile de siempre, pero que se había quedado con la oficialidad y sin tropa y, como ya se ha dicho, con un Partido Comunista reducido a la impotencia. Pero Allende prefirió mantener distancia con Ibáñez y de ahí surgió su candidatura presidencial. No tenía ninguna posibilidad de ganar, pero su figura se hizo conocida en todo el país. De allí hacia adelante no sería más un niño bien con ideas de izquierda, sino un auténtico líder de los sectores populares.

Así, cuando se acerca la próxima elección presidencial, la situación ha cambiado para Allende. En primer lugar, el Partido Comunista ha vuelto a la legalidad, lo que le permite reestructurar sus cuadros políticos y potenciar notablemente su sector sindical. En adelante podrá emprender efectivamente una acción de masas, como gusta decir. El Partido Socialista, por su parte, después de participar en un gobierno que ha resultado frustrante para sus ilusiones, se ha reunificado y ahora Raúl Ampuero es el secretario general de una colectividad poderosa. Socialistas y comunistas acuerdan en 1957 una alianza estratégica, el Frente de Acción Popular (FRAP) con el objeto de alcanzar el poder a través de las urnas.

Es interesante pensar que en 1957 surgen los dos grandes bloques de lo que Mario Góngora llamará partidos de planificación global, o sea, partidos que tienen una concepción completa de lo que

debe ser nuestra sociedad y cuya materialización no están dispuestos a transigir ni a postergar. En efecto, ese año se constituye la Democracia Cristiana, que es un partido de planificación global y lo propio hace el FRAP, que como se acaba de señalar es una combinación de partidos de planificación global, en razón de su común raigambre ideológica. Ambos tienen su modelo completo, inmodificable, intransigible e impostergable de nueva sociedad. Además, mirados desde sus principios fundamentales, son incompatibles. Y esos dos modelos se van a medir en 1958. La Democracia Cristiana va a llevar por primera vez a Frei y el FRAP, por segunda vez, a Salvador Allende. La elección, finalmente, no la ganó ninguno de los dos, sino Jorge Alessandri, aunque muy estrechamente. Fue el resultado de los famosos tres tercios electorales.

A partir de ese momento la figura de Allende adquiere una dimensión nacional muy distinta a la que había tenido hasta ese momento. Primero, porque casi gana; segundo, porque según muchos el acceso al poder sólo se lo impidió una suerte de accidente, la pintoresca candidatura del ex cura de Catapilco, Antonio Zamorano, quien obtuvo cuarenta mil votos del electorado pobre y de izquierda, los mismos que le faltaron a Salvador Allende para vencer. El punto es discutible, pero efectivamente Allende pudo haber sido presidente el año 1958. El hecho es que perdió, pero en una forma que lo dejaba casi automáticamente proclamado para 1964.

Durante la presidencia de Jorge Alessandri el FRAP y la Democracia Cristiana le hacen una oposición de tierra arrasada, como corresponde a partidos de planificación global. Para ellos todo es insuficiente, cuando no malo o pésimo, por lo que no se le da tregua ni cuartel. Esa fue la oposición que tuvo Alessandri, una oposición terrible.

Así llegó el año 1964. Una vez más comunistas y socialistas en el FRAP levantan la candidatura de Allende, que se enfrenta a la de Eduardo Frei Montalva, para quien éste era un segundo intento de llegar a La Moneda.

Frei también había crecido enormemente durante los seis años del gobierno de Alessandri. Y no sólo por la oposición terrible hecha

al gobierno en funciones, y por el alicaído espíritu de las fuerzas políticas que apoyaron su gestión, aunque el prestigio personal de Alessandri estuviera intacto. Había realizado una buena administración, pero carecía de proyección política y de un delfín que la encarnara. En la Democracia Cristiana, en cambio, mucha gente veía una alternativa que atraía, renovadora, optimista. Hubo fe y confianza en la Democracia Cristiana y la figura de Frei se agigantó, se hizo nacional. Esto se notaba especialmente en el ámbito juvenil; la juventud demócratacristiana copó prácticamente todas las federaciones de estudiantes y protagonizó un acto durante la campaña electoral, la famosa Marcha de la Patria Joven, que impresionó por la cantidad de jóvenes, por el esfuerzo de hacerla y por el entusiasmo que mostraban.

Además Eduardo Frei gozaba de una popularidad que iba más allá del Partido Demócrata Cristiano. Para muchos era la única persona con talla de estadista que había en el país. Julio Durán, que iba a ser su adversario presidencial, decía que Frei con respecto a la Democracia Cristiana era como un sauce plantado en un macetero.

Había muchos más freístas que demócratacristianos y había freístas de gran capacidad, intelectuales, técnicos, economistas, empresarios jóvenes, incluso agrícolas que creían en Frei más que en la Democracia Cristiana. Frei venía de subida, Allende venía de subida y entonces la derecha no tuvo otra solución que aliarse con el Partido Radical y proclamar la candidatura de un senador de ese partido, Julio Durán, un hombre completamente de derecha dentro de su partido y muy capaz, muy entero, muy valiente, anticomunista resuelto, lo cual satisfacía mucho a la Derecha. Esa era también una posibilidad, si se oía lo que entonces se llamaba la voz de las cifras, y que nunca resultó. Siempre la voz de las cifras salió para atrás, pero si se oía la voz de las cifras, Durán apoyado por la derecha disminuida y por los radicales también disminuidos, pero juntos, tenían muy buena chance contra Allende y el tercero obviamente sería Frei.

Sin embargo, una elección complementaria de diputado por Curicó trastocó la realidad política del país. Falleció el diputado curicano del PS, Víctor Naranjo, y en la elección complementaria

destinada a elegir quien le reemplazaría, contrariando todos los pronósticos ganó el candidato del FRAP, hijo del difunto. El segundo lugar lo obtuvo el candidato de las fuerzas de derecha, resultando último el candidato demócratacristiano. Lo increíble es que este triunfo del FRAP, cuyo significado no debiera haber sido otro que el que correspondía a una elección complementaria efectuada en un distrito electoral de las características de Curicó y bajo las circunstancias dichas, bastó para hacer que entrara el pánico a la Derecha. Completamente desmoralizada, hizo suya una profecía autocumplida: el triunfo de Allende era inevitable. Entonces pidió a Julio Durán que la dejara en libertad de acción y él muy dignamente accedió, manteniendo su candidatura tan bruscamente truncada para impedir o aminorar una estampida del electorado radical —que había participado en el gobierno saliente— hacia Allende. Jorge Prat, también candidato pero sin chance alguna porque una posición nacionalista como la suya nada podía hacer frente a los otros conglomerados, también retiró su candidatura para atajar a Allende. Conservadores y liberales acabaron por ofrecer su apoyo a Eduardo Frei, que como se ha dicho concitaba una adhesión más amplia que la que en rigor tenía como abanderado demócratacristiano, pero cuyo ideario no los representaba en absoluto.

Frei aceptó el respaldo de la Derecha, siempre y cuando fuera incondicional. Entonces pronunció su frase célebre: “Ni por un millón de votos cambiaría yo una coma de mi programa”. Y la Derecha estaba tan asustada por lo ocurrido en Curicó —extrapolado inconscientemente a la totalidad del país— que se entregó y aseguró, a cambio de nada, el triunfo de Frei por mayoría absoluta contra Allende.

Como es fácil de comprender, la izquierda de inspiración marxista-leninista nunca más colocaría, de manera automática, a Salvador Allende como su candidato. Los tres fracasos anteriores pesaban demasiado. Simplemente le archivó: era una figura del pasado. Allende no desapareció de la arena política, pero sí dejó de ser una alternativa presidencial. El único que no creía en esta fatalidad era él mismo.

Ahora bien, entretanto había ocurrido un hecho político que gravitaría por años sobre toda América: la Revolución Cubana. El 1° de

enero de 1959, contra lo esperado y contrariando particularmente las predicciones de la Internacional Comunista, este grupo de “locos” de la Sierra Maestra, elevado a una categoría heroica por los medios de prensa, especialmente norteamericanos, derrocó al gobierno de Batista, quien huyó. Fidel Castro, el Che Guevara y sus seguidores se habían apoderado de la isla e iniciaban una revolución socialista de una profundidad y de una implacabilidad de la que no había memoria en América Latina. Estos personajes primero afirmaron que su causa interpretaba a Martí, esto es, la independencia de Cuba, pero a los pocos meses confesaron que en realidad los movían los postulados marxista-leninistas y se incorporaron a la Internacional Comunista, la cual los recibió con muchas vacilaciones y recelo, porque estos comunistas de nuevo cuño despreciaban al existente Partido Comunista Cubano, de larga trayectoria, y a sus miembros los relegaron a posiciones subalternas, salvo unas pocas personas que lograron acomodarse al nuevo orden de cosas.

Sin embargo, como ese puñado de audaces de la Sierra Maestra dominaba absolutamente Cuba, era impresentable que si se proclamaba comunista no fuera admitido. La profunda desconfianza del movimiento comunista cubano hacia Fidel, y especialmente hacia lo que representaba el Che Guevara, no carecía de justificación. De hecho eran una suerte de herejía dentro de la ortodoxia del comunismo internacional. La interpretación canónica del marxismo-leninismo la formulaba la Internacional Comunista, naturalmente teniendo a la vista los escritos de los padres de su iglesia, o sea, de Marx, Lenin y sus discípulos. Stalin no, porque ya había caído en desgracia. Pero la interpretación ortodoxa del comunismo difería en aspectos estratégicos y no meramente tácticos de lo que proclamaban el Che Guevara a voces, y en sordina Fidel Castro.

Efectivamente, sobre el método para implantar la dictadura del proletariado existía una completa disparidad de estrategias y de táctica. Según Guevara, no había que esperar que maduraran las condiciones objetivas de las contradicciones inherentes a una sociedad capitalista, para iniciar la revolución. El dogma de las condiciones objetivas era incompatible con la “teoría del foco” ideada por Guevara,

según la cual un grupo pequeño pero resuelto de comunistas, bien armado y adiestrado –tanto ideológicamente como para la guerra de guerrillas–, podía crear un foco revolucionario y arrastrar a los oprimidos a una acción igualmente revolucionaria encaminada a la conquista del poder. Esta posición era considerada una primera herejía por Moscú.

La segunda herejía consistía en que según el Che Guevara este foco podía ser rural. Para los comunistas ortodoxos la revolución no debía empezar en la esfera campesina de la sociedad, en el medio rural, porque se trataba de la zona menos desarrollada del mundo capitalista y, por tanto, donde la conciencia de clase solía ser más débil. El núcleo revolucionario debía estar en los centros urbanos e industriales, donde los trabajadores tenían un grado de conciencia y organización más alto y la contradicción entre sus intereses y los de la clase propietaria era más evidente.

Sin embargo, razonaban los partidarios de la teoría del foco, ellos se habían hecho dueños de Cuba con ese procedimiento y, hasta cierto punto, la experiencia china podía esgrimirse como un argumento a su favor.

La tercera herejía apuntaba al medio de lucha, al método. Guevara proclamaba que la resolución del enfrentamiento entre opresores y oprimidos, entre explotadores y explotados, se haría por la fuerza. El enfrentamiento armado era inevitable y, por ende, necesario y en consecuencia descable. Todo lo demás era un complemento del enfrentamiento armado. En esa calidad, decir que algo de eso, o que todo eso, reemplazaría el enfrentamiento armado y que se ganaría el poder por una elección o por la lucha política o sindical o publicitaria o doctrinaria, era una ilusión.

Por último, Guevara sostuvo que el enfrentamiento, para ser eficaz, debía realizarse a escala continental (los “cien Vietnam”).

El comunismo internacional aceptó a Castro y a Guevara porque no los podía rechazar. Incluso durante unos pocos años se entusiasmó con la posibilidad de exportar la revolución cubana y crear guerrillas en los países en que fuera posible, sin tocar la imagen internacional de la Unión Soviética. Pero después retrocedieron, paulatinamente,

primero el comunismo y después Fidel. El punto crítico para éste fue la invasión de Checoslovaquia. Durante 48 horas, el mundo entero esperó qué iba a decir sobre el aplastamiento de la primavera de Praga, y en dicho plazo Fidel optó por dar su apoyo al Pacto de Varsovia. Con ese gesto entró definitivamente al redil del comunismo internacional, ya muerto Guevara.

Éste había abandonado la Isla del Caribe, sumergiéndose en la clandestinidad. Hasta hace pocos años no se sabía que la primera experiencia posterior de Guevara había sido tratar de provocar una revolución en el Congo, la que fracasó (1965). De ahí pasó a Bolivia, donde fue derrotado, capturado y asesinado por el Ejército de ese país y la CIA (1967).

Fidel lo había apoyado clandestinamente, igual que continuaría haciéndolo respecto a las diversas guerrillas latinoamericanas –Guatemala, Venezuela, Colombia, Argentina, Perú, etc.– que los dos líderes habían originado anteriormente. Pero ahora el apoyo sería “extraoficial”, para no entorpecer la política de distensión de la U.R.S.S. y el comunismo internacional frente a los EE.UU. Y aun este respaldo semisecreto de Cuba y Fidel iría disminuyendo, hasta tornarse sólo simbólico –salvo en casos excepcionales, como el de Nicaragua–, a medida que el fracaso de los “cien Vietnam” se hiciera claro.

La experiencia guevarista produjo un extraño fenómeno. Como se ha dicho, el movimiento comunista internacional terminó por aceptar a regañadientes a Castro, pero los partidos comunistas criollos no modificaron su conducta usual, dictada caso a caso por ese movimiento. Algunos socialistas, en cambio, se entusiasmaron con los procedimientos armados. En Chile, esta doble estrategia no podía menos que afectar al FRAP. Hubo entonces dos posiciones frente a Cuba, completamente distintas y en el fondo incompatibles. Los comunistas siguieron fieles a las directrices de la Internacional; los socialistas, en cambio, se fueron contaminando progresivamente con las ideas de Guevara, influencia que se acentuó después de la derrota de Allende el año 1964.

En efecto, el aplastante triunfo de Eduardo Frei ese año, quien había alineado tras de sí a todos los elementos antimarxistas del país,

convenció al grueso del PS de la imposibilidad de vencer al *establishment* político en las urnas. Allende, en la campaña del 64, viendo que se le venía encima la ola demócratacristiana-derechista que al final lo ahogó, moderó su discurso electoral para contrarrestar a Frei y, sobre todo, para contrarrestar un mecanismo que discurrió la derecha, la “campaña del terror”. Esta propaganda no tenía nada que ver con la campaña oficial de Frei, pero la aceptó de muy buen grado y no dijo una palabra contra ella. Consistía en presentarle a los electores, en forma publicitaria, los horrores de un Chile dominado por el comunismo. Horrores, hay que decirlo, a la verdad muy ciertos, y después de la caída mundial de los “socialismos reales” mostrados con toda su magnitud. *El Libro Negro del Comunismo*, obra publicada en Francia en 1997 y traducida al castellano al año siguiente, no deja duda al respecto.

Tratando de desvirtuar la campaña del terror, Allende moderó su discurso electoral e incluso atrajo a figuras de la derecha. Un ejemplo: el ex senador liberal y hombre muy distinguido Gregorio Amunátegui, antimarxista convencido pero fundamentalmente antidemócratacristiano. A las figuras más extremas enemigas de la Democracia Cristiana, Allende las pastoreó y a algunas las atrajo a su campaña y las hacía figurar en sus actos públicos, sentadas prominentemente. Pero esto disgustaba mucho a los socialistas guevarianos. Y cuando Allende perdió, se lo echaron en cara como una prueba más de que no resultaba que los oprimidos, o sea, los socialistas y comunistas en calidad de oprimidos, pelearan con los opresores con sus mismas armas. Y así el guevarismo fue penetrando al Partido Socialista de modo creciente y muy intenso. Muy pronto vendrán esos acuerdos que todavía hoy le echan en cara cada cierto tiempo a los socialistas, los acuerdos políticos del congreso de Linares en 1965; del congreso de Chillán en 1967 y del congreso de La Serena en 1971. ¿Y qué dicen esos famosos acuerdos? Que la decisión final entre opresores y oprimidos, entre explotadores y explotados, pasa inevitablemente por un enfrentamiento armado.

A partir de entonces hay algo esquizofrénico en los socialistas, porque el Partido Socialista sigue funcionando en la vida democrática-

ca, sigue siendo un partido organizado legalmente, que tiene parlamentarios, que acude a las elecciones, etc. Pero dentro de él va creciendo una facción, que se va haciendo cada vez más importante, una facción que dice todo esto que nosotros estamos haciendo o es secundario, o es farsa, porque la única forma que tienen los oprimidos para llegar al poder es por la fuerza.

Hoy, después que han pasado tantas cosas que tuvieron repercusiones tan graves y horribles, algunos dicen que eran puras palabras, eran cosas que los políticos dicen, terribles, tremendistas, pero que la conducta socialista fue siempre impecablemente democrática. Es verdad que en 1964 el Partido Socialista todavía estaba manejado por su gente más moderada, pero dentro de él iba creciendo el grupo guevarista, cuya figura emblemática, pero no la única, fue el senador Carlos Altamirano, y que ya desde muy temprano, desde antes de los famosos acuerdos, estaba diciendo con todas sus letras que la definición era armada y que todo lo demás ayudaba, mucho o poco, pero en último término la definición era armada.

Lo importante de retener es que a fines de los 60 el Partido Socialista ya no era el mismo que había llevado como abanderado a Salvador Allende en la elección de 1964. Era un Partido Socialista que en forma creciente decía: nosotros estamos usando las vías legales, la política democrática, las elecciones, las libertades democráticas, las estamos usando para avanzar hacia el poder y las estamos usando honestamente para avanzar hacia el poder, pero sabemos que la conquista del poder, a la postre, inexorablemente, va a ser resultado de un enfrentamiento, de un acto de fuerza.

Allende, por cierto, no compartía ese diagnóstico. Allende seguía defendiendo lo que había defendido siempre, o sea, la posibilidad de llegar al poder legalmente y una vez en el poder, también legalmente, realizar la revolución socialista usando la institucionalidad burguesa para construir el socialismo. Durante sus últimos años vio cómo se fueron debilitando en todos los sectores las costumbres parlamentarias, arraigadas en él a lo largo de su extensa carrera política. Pero no se movía de ellas.

De hecho, nunca tuvo una veleidad golpista, lo que no pueden decir algunos de sus camaradas. Allende no sabía lo que era tentar a un coronel o a un general. Otros socialistas sí lo sabían. Por supuesto él quería implantar el socialismo, y soñando con ese objetivo la revolución cubana le hizo mella. Allende fue amigo personal de Guevara, poco tiempo, porque Guevara desapareció; fue amigo personal, hasta el fin, de Fidel Castro, visitó Cuba, declaró su solidaridad con Cuba, estuvo en la fundación de la Organización Latinoamericana de Solidaridad, la OLAS, que era un organismo de coordinación de los movimientos revolucionarios de América Latina. En verdad era un organismo para ayudar a Cuba en el campo internacional, pero teóricamente abarcaba los movimientos revolucionarios existentes en diversas partes de Centroamérica, desde luego en Guatemala, pero también en Venezuela, Colombia, Argentina y Perú. Así, en el exterior, Allende podía ser considerado un hombre comprometido con la revolución, pero en Chile era el Presidente del Senado, ni más ni menos.



Figura 3. Allende presidiendo una reunión de OLAS (Organización Latinoamericana de Solidaridad) celebrada en Chile. A su derecha, Aniceto Rodríguez, Luis Corvalán y Luis Guastavino.

ca, sigue siendo un partido organizado legalmente, que tiene parlamentarios, que acude a las elecciones, etc. Pero dentro de él va creciendo una facción, que se va haciendo cada vez más importante, una facción que dice todo esto que nosotros estamos haciendo o es secundario, o es farsa, porque la única forma que tienen los oprimidos para llegar al poder es por la fuerza.

Hoy, después que han pasado tantas cosas que tuvieron repercusiones tan graves y horribles, algunos dicen que eran puras palabras, eran cosas que los políticos dicen, terribles, tremendistas, pero que la conducta socialista fue siempre impecablemente democrática. Es verdad que en 1964 el Partido Socialista todavía estaba manejado por su gente más moderada, pero dentro de él iba creciendo el grupo guevarista, cuya figura emblemática, pero no la única, fue el senador Carlos Altamirano, y que ya desde muy temprano, desde antes de los famosos acuerdos, estaba diciendo con todas sus letras que la definición era armada y que todo lo demás ayudaba, mucho o poco, pero en último término la definición era armada.

Lo importante de retener es que a fines de los 60 el Partido Socialista ya no era el mismo que había llevado como abanderado a Salvador Allende en la elección de 1964. Era un Partido Socialista que en forma creciente decía: nosotros estamos usando las vías legales, la política democrática, las elecciones, las libertades democráticas, las estamos usando para avanzar hacia el poder y las estamos usando honestamente para avanzar hacia el poder, pero sabemos que la conquista del poder, a la postre, inexorablemente, va a ser resultado de un enfrentamiento, de un acto de fuerza.

Allende, por cierto, no compartía ese diagnóstico. Allende seguía defendiendo lo que había defendido siempre, o sea, la posibilidad de llegar al poder legalmente y una vez en el poder, también legalmente, realizar la revolución socialista usando la institucionalidad burguesa para construir el socialismo. Durante sus últimos años vio cómo se fueron debilitando en todos los sectores las costumbres parlamentarias, arraigadas en él a lo largo de su extensa carrera política. Pero no se movía de ellas.

De hecho, nunca tuvo una veleidad golpista, lo que no pueden decir algunos de sus camaradas. Allende no sabía lo que era tentar a un coronel o a un general. Otros socialistas sí lo sabían. Por supuesto él quería implantar el socialismo, y soñando con ese objetivo la revolución cubana le hizo mella. Allende fue amigo personal de Guevara, poco tiempo, porque Guevara desapareció; fue amigo personal, hasta el fin, de Fidel Castro, visitó Cuba, declaró su solidaridad con Cuba, estuvo en la fundación de la Organización Latinoamericana de Solidaridad, la OLAS, que era un organismo de coordinación de los movimientos revolucionarios de América Latina. En verdad era un organismo para ayudar a Cuba en el campo internacional, pero teóricamente abarcaba los movimientos revolucionarios existentes en diversas partes de Centroamérica, desde luego en Guatemala, pero también en Venezuela, Colombia, Argentina y Perú. Así, en el exterior, Allende podía ser considerado un hombre comprometido con la revolución, pero en Chile era el Presidente del Senado, ni más ni menos.



Figura 3. Allende presidiendo una reunión de OLAS (Organización Latinoamericana de Solidaridad) celebrada en Chile. A su derecha, Aniceto Rodríguez, Luis Corvalán y Luis Guastavino.



No es fácil explicar esta escisión. Sus amigos dicen que tenía una gran admiración personal por Fidel y por Guevara, que cada vez que iba a Cuba volvía entusiasmado de lo que habían hecho esos muchachos audaces. Pero, acto seguido, decía que no era posible realizarlo en Chile. Quizás los envidiaba, pero estaba consciente de que Chile era un país de instituciones inmensamente más desarrolladas que Cuba. No nos es posible hacer lo que hicieron Fidel y el Che, tenemos que hacerlo por nuestro camino, parecía pensar. Y por lo menos de los labios para afuera, Fidel y Guevara, probablemente para conservar una amistad que les era útil internacionalmente, le decían que lo respetaban, que no lo entendían mucho, pero que lo respetaban. Incluso, cuando Allende vio al Che Guevara por última vez, éste le obsequió un libro que recogía varios trabajos suyos y cuya dedicatoria se hizo muy conocida: "Al compañero Salvador Allende, que busca lo mismo que nosotros por otro camino".

Esta curiosa situación ideológica se puede resumir, entonces, en que los cubanos no creían que a través de los procedimientos de la legalidad burguesa fuera posible acceder al poder y hacer una revolución socialista en Chile. Y no lo creían posible tanto por razones teóricas como por la tradición democrática y las características institucionales del país.

Allende, a su vez, admiraba con fervor casi infantil el experimento revolucionario en el extranjero, pero reconocía que aplicarlo aquí era una quimera. En el Partido Socialista, mientras tanto, la agrupación en que desde siempre militaba Allende, se iba imponiendo la tesis guevarista y el sector que defendía la posibilidad de alcanzar el poder por la vía electoral era progresivamente desplazado de los puestos de influencia y mando... Salvador Allende inclusive. El Partido jamás le dio nada a Allende; lo que tuvo, lo ganó personalmente en las urnas.

Es necesario resaltar que, siguiendo una concepción táctica u otra, todo el FRAP había llegado a ser una masa homogeneizada por la ideología marxista-leninista. No siempre fue así. El Partido Socialista no nació como marxista-leninista el año 1933. Según su declaración de principios, acepta el marxismo-leninismo, pero enriquecido —dice—

por las formulaciones y experiencias posteriores del socialismo. No era, pues, un partido marxista-leninista; era un partido que usaba el marxismo-leninismo, pero que no se casaba absolutamente con él y por eso en él cabía cuanto socialista Dios creó. Había trotskistas, había anarquistas, había socialistas utópicos, había ex militares populistas de los años 24 y 25. El líder más notable del primer socialismo chileno, Marmaduke Grove, fue un destacado ex oficial del ejército y venía de los "jóvenes turcos" que habían instalado al coronel Ibáñez en La Moneda a mediados de los años 20. Había de todo, y en realidad la adscripción integral del socialismo al marxismo-leninismo empezó con Raúl Ampuero, un hombre brillante y un teórico de fuste, un estudioso de esa doctrina además de ser un líder político de masas. Su integridad personal era indiscutible. Pero en los días que evocamos, Ampuero ya no estaba en el Partido Socialista. Al acercarse el fin de la administración de Alessandri quiso disputar con Allende la candidatura a la presidencia y las fuerzas que en ese momento estaban con Allende lo rodearon, lo acorralaron, y, finalmente, lo expulsaron del partido. Raúl Ampuero fundó entonces un nuevo partido, la Unión Socialista Popular, USOPO, pero fue la nada de nada. Y así desapareció de la vida política Raúl Ampuero, derrotado definitivamente por Allende.

A medida que se avanza desde el año 1964 al año 1970 pasan cosas significativas dentro del FRAP, en uno de sus ejes centrales, que son el socialismo y el comunismo.

En el comunismo, sin embargo, no pasa nada sustancial y digno de mención, porque su esencia es inalterable. Sigue siendo monolítico y de una obediencia incommovible y conmovedora a Moscú, como se dice habitual y un poco despectivamente. Los comunistas chilenos, durante toda su historia, siempre afirmaron ser la sección chilena del comunismo internacional, y por eso les parecía natural actuar en función de los intereses objetivos de todos los oprimidos del mundo —por consiguiente, también de los intereses de los oprimidos chilenos—, pero el misterio de cuáles eran esos intereses en un momento determinado, sólo había sido revelado a la cúpula del partido comunista soviético, el hermano mayor. Los cambios que trajeron la caída

de Kruschew y su reemplazo por Brezhnev no afectaron en absoluto al comunismo criollo. Claro que tampoco había pestañado cuando desapareció Stalin. Y las instrucciones de Moscú decían que la vía armada no era aplicable a Chile, porque aquí era imposible ganar una lucha armada, diagnóstico que, por lo demás, no variaría hasta los años 80... bastante después del golpe militar. Vale la pena recordar el famoso símil que muchísimos años atrás había hecho Luis Corvalán: que él se subía al tren en Santiago con mucha gente, pero algunos bajando en Chillán, otros en Concepción y él, al final, en Puerto Montt. Durante las diversas etapas del trayecto, pues, Corvalán iba con otra gente. O sea, el final, Puerto Montt, era el comunismo, la utopía, pero, por el momento, compartía el trayecto con otros muchos movimientos y personas. Por eso no tenía inconveniente en sostener que estaba con el compañero Allende en la tarea de iniciar la construcción del socialismo democráticamente, respetando las libertades públicas y la legalidad vigente, tratando de modificarla según los procedimientos constitucionales a fin de orientarla hacia esa construcción del socialismo, lo que era perfectamente legítimo.

Y era también la tesis de Allende y de algunos socialistas; pero no era la que iba predominando en el Partido, el cual, como se ha dicho ya, iba siendo copado por los defensores de la tesis guevarista.

Enseguida conviene recordar que entre 1969 y 1970 se agregan al FRAP fuerzas políticas que no son socialistas ni comunistas y que tienen relativa importancia.

Algunas son irrelevantes, como es el caso de la Acción Popular Independiente, API, el partido del senador Rafael Tarud, cuyo único objetivo era servirle de plataforma para una eventual transacción entre los grandes que lo convirtiera en abanderado de la izquierda sin que se asustaran los sectores medios del país. Pero en realidad carecía de peso político propio. En cambio sí tenían importancia, y mucha, los radicales y el MAPU.

Los radicales venían decayendo fuertemente, pero todavía eran un partido que conservaba un buen grupo de diputados y tenía más o menos el trece por ciento de los votos. Además, el marxismo había entrado en el Partido Radical, especialmente en las juventudes. Y las

juventudes radicales se rebautizaron como Juventudes Radicales Revolucionarias, lo que entonces produjo mucha hilaridad, pero no dejaba de ser significativo. Sin embargo, en los sectores adultos no prendió aquella ideología y, por ejemplo, Raúl Rettig siguió siendo el mismo radical que había sido en su juventud, edad madura y vejez.

El otro movimiento importante era el MAPU, el Movimiento de Acción Popular Unitaria, desgajado en 1969 de la Democracia Cristiana y constituido por un sector de la juventud demócratacristiana que ya no se sentía a gusto dentro del partido. Volvía a repetirse lo ocurrido con la juventud conservadora 30 años atrás. En realidad había dos grandes grupos dentro del partido que se sentían constreñidos por lo que llamaban el freísmo (el sector más numeroso y tradicional de la Democracia Cristiana). Uno de estos grupos, que se llamó "tercerista", giraba alrededor de Radomiro Tomic. El otro, más extremo, los "rebeldes", lo dirigía un hombre de mucho carisma y de mucha inteligencia y energía, Rodrigo Ambrosio, muerto tempranamente en un accidente automovilístico. Sus dotes eran tales que si hubiera vivido más tiempo probablemente todavía oiríamos hablar de él. Fue el hombre con mayor futuro político de su generación.

Cuando comprobaron que el partido todavía estaba firmemente controlado por el sector freísta, estos jóvenes se alejaron y formaron el Movimiento de Acción Popular Unitaria, MAPU. Y en el MAPU había de todo: gente que era marxista-leninista completa, gente que no era marxista-leninista, sino "comunitarista", o sea partidaria de una etérea vía intermedia entre el colectivismo de los socialismos reales y el capitalismo, caracterizada por la propiedad comunitaria de los bienes de producción, pero administrada por los trabajadores. Dos intelectuales jóvenes de la Democracia Cristiana, Julio Silva y Jacques Chonchol, escribieron un libro que se hizo famoso, proclamando esta tercera vía. El referente concreto era la Yugoslavia de Tito. Y durante un tiempo hasta el mismo Eduardo Frei admiró la experiencia yugoslava.

En suma, también el grupo escindido de la Democracia Cristiana se acercó al eje socialista-comunista y, en definitiva, van a ser estos cinco grupos los que constituirán el nuevo referente político de iz-

quierda. En adelante ya no habrá Frente de Acción Popular, FRAP, sino Unidad Popular, UP, integrada por el Partido Comunista, el Partido Socialista, el senador Rafael Tarud y su API, el Partido Radical y el MAPU.

Cuando llegó el momento de elegir quién personificaría a este nuevo conglomerado político en las elecciones presidenciales, no hubo unanimidad. Ninguna figura de la izquierda tenía un liderazgo indiscutible y, en consecuencia, hubo que escoger entre varios precandidatos. Los socialistas moderados querían al secretario general del partido, Aniceto Rodríguez. El MAPU levantó la figura de Jacques Chonchol, uno de los ideólogos del comunitarismo y ex director del INDAP, inventor de la famosa frase “una reforma agraria rápida, drástica y masiva”. Los radicales tenían al catedrático Alberto Baltra y los comunistas a Pablo Neruda, aunque el gran poeta no pretendía ser un candidato en serio, sino simple “saludo a la bandera” de los suyos. Y los comunistas, a los cuales los radicales habían tratado tan mal en el año 1948 –porque no fue el presidente Gabriel González Videla solo el que proscribió a los comunistas, el Partido Radical lo apoyó fervorosamente, aduciendo que estaba en juego la democracia– se tomaron cruel venganza: le dijeron abiertamente a Baltra que lo iban a apoyar, lo que no sonaba inverosímil porque un candidato comunista era obviamente impresentable, y Baltra se lo creyó.

En Allende no pensaba nadie más que él mismo, hasta que empezó a perfilarse en el horizonte adversario una figura terrible a pesar de su ancianidad, el ex presidente Jorge Alessandri Rodríguez. Y entonces se produjo lo que Allende había predicho. Las directivas de las fuerzas de izquierda empezaron a mirar a todos lados. ¿Quién iba a ser capaz de enfrentar a Jorge Alessandri? Baltra, Chonchol y Tarud carecían del mínimo tonelaje político. El senador Aniceto Rodríguez era una figura mayor, pero desconocido a nivel nacional. Sin esforzarse demasiado entró por los palos, como se dice, el candidato de siempre, Salvador Allende.

Para las elecciones parlamentarias efectuadas en 1969 Salvador Allende había sido enviado al matadero por sus propios amigos so-

cialistas. Nadie creyó que pudiera ser elegido por el extremo sur del país, donde no tenía chance alguna, y sin embargo, como siempre, volvió a salir. Acababa, pues, de demostrar su capacidad para obtener votos y todos los demás carecían de esa rara virtud. Se descontaba, además, que esta vez la Democracia Cristiana no iba a ser rival dado su desgaste en el gobierno, y considerando además que al llevar candidato propio la Derecha, ese partido volvería a ser lo que en realidad era, importante pero insuficiente por sí mismo para acceder al poder. Es esta una constante hasta el día de hoy: la gravitación de la Democracia Cristiana depende de sus aliados. Entonces se llegó, por descarte, a plantear como indispensable la candidatura presidencial de Salvador Allende.

Y de circunstancia tan especial viene el corolario más importante de esta historia. Allende llegó a ser el candidato de la Unidad Popular a pesar de haber sido derrotado en tres ocasiones anteriores y a que no tenía siquiera fuerza propia en su partido. La gente que estaba con Aniceto Rodríguez no lo quería, y los guevaristas tampoco, a pesar de que Carlos Altamirano fue siempre amigo personal de Allende. Una cosa muy curiosa, casi inexplicable. Altamirano fue hasta el fin amigo personal de Allende, pero estaban en posiciones completamente distintas. Altamirano no quería que Allende fuera candidato presidencial, y a la postre, porque a Allende tenía que presentarlo su propio partido o no lo presentaba nadie, se dio el caso humillante de que el Comité Central del partido lo proclamara candidato, pero con más abstenciones que votos a favor.

O sea, le hicieron pasar por esta última horca caudina: serás nuestro precandidato ante la Unidad Popular, pero lo serás porque no tenemos a otro...

El Pacto de la Unidad Popular no es otra cosa que el convenio electoral y de gobierno acordado entre los partidos de la Unidad Popular y al cual debe adherir su candidato en las elecciones presidenciales de 1970.

¿En qué consistía este pacto? Primero, que no se tomaría ninguna decisión importante sin la aprobación del órgano supremo de la coalición, el Comité de la Unidad Popular. Fácil es comprender que

siendo así las cosas, el poder real de Salvador Allende quedaba reducido a casi cero. Allende tuvo que negociar permanentemente todo lo importante con dicho Comité, y la suerte de la Unidad Popular quedó sellada por la naturaleza de ese pacto, que por lo demás se hizo público. El Comité de la Unidad Popular lo formaban sendos representantes del MAPU, de la API, del Partido Socialista, del Partido Comunista y del Partido Radical. Y cuando ya la Unidad Popular era gobierno, el año 1971, se le sumó otro partido, la Izquierda Cristiana, y también tuvo su representante en el Comité de la Unidad Popular. Para hacer más difíciles las cosas, el Comité estableció que sus decisiones se adoptarían por unanimidad, sistema que en la práctica lo condenaba a la impotencia dada la heterogeneidad de sus componentes. Por consiguiente, Allende era algo así como el gerente o coordinador general de la Unidad Popular, pero no tenía poder propio en las decisiones fundamentales. Siempre estuvo impedido de gobernar y administrar el país utilizando la plenitud de las facultades que corresponden al primer mandatario: necesitaba contar con el visto bueno previo del Comité de la Unidad Popular.



Figura 4. Allende y los miembros de la comisión DC encargada de resolver la postura del partido ante el Congreso.

Muchas veces se ha reprochado a Allende afirmar en público que él no era el presidente de todos los chilenos, sino de la Unidad Popular, una frase poco feliz, sin duda, pero completamente cierta. Sólo podía moverse en el margen que le indicara el Comité de la Unidad Popular. Allende se tragó su orgullo con tal de ser el candidato de la UP y confió en su legendaria muñeca para contrarrestar la adversidad; pero como Presidente de la República no pudo ser lo que siempre había soñado y desempeñar el papel al que tal vez estaba destinado por temperamento. Por eso es que cuando en la mañana del 11 de septiembre de 1973 el Partido Socialista, su propio partido, envía a Hernán del Canto para preguntarle a Allende, ya parapetado en La Moneda —todo esto según el relato de Joan Garcés—, qué podían hacer, le responde textualmente:

“Yo sé cuál es mi lugar y lo que tengo que hacer. Nunca antes me han pedido mi opinión. ¿Por qué me la piden ahora? Ustedes, que tanto han alardeado, deben saber lo que tienen que hacer. Yo he sabido desde un comienzo cuál era mi deber”.

El otro aspecto sustantivo del pacto constitutivo de la Unidad Popular se refiere al “cuoteo” como medio para llenar los cargos de la administración del Estado. Es difícil de creer, pero está consagrado expresamente: “en las esferas decisivas de la administración estatal —no ya del gobierno, sino de la administración estatal— estarán presentes todas las fuerzas que genere el gobierno popular, actuando conjuntamente entre sí y con las organizaciones sociales”. Se trata de un antiguo vicio partidocrático, elevado ahora a acuerdo público y solemne. Y por eso, durante la Unidad Popular, si un ministro era comunista, el subsecretario tenía que ser socialista o radical, sin perjuicio de los méritos personales de cada cual, claro está...

Para completar esta visión global del escenario previo a 1970 hay que detenerse ahora en un grupo de inspiración netamente guevarista que tendrá enorme importancia, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR. Nació la primera mitad de los 60, agrupando a pequeñas facciones revolucionarias surgidas en la Universidad de Con-



Figura 5. El 4 de noviembre de 1970 se efectuó la ceremonia de transmisión del mando. En la imagen, el demócratacristiano Tomás Pablo, Presidente del Senado, ayuda a Salvador Allende a terciarse la banda presidencial. Adviértase la expresión abrumada de Frei.

cepción. Proclamó sin variar jamás, desde el momento de su fundación y hasta su ocaso, que el acceso del pueblo al poder tendría que ser por medio de las armas o simplemente no sería jamás. El MIR no creyó nunca en el triunfo de la Unidad Popular. Tampoco creyó en Allende, porque éste no apostaba por la vía armada.

El Programa de la Unidad Popular se acuerda el año 1969 y reúne los objetivos que ese conglomerado político va a perseguir desde el gobierno, un conjunto de medidas revolucionarias que se intentará llevar a cabo conservando al mismo tiempo los más inmemoriales vicios políticos chilenos: el vicio del presidente sometido a los partidos y el vicio del cuoteo. Es un rasgo que demuestra la persistencia de nuestros hábitos políticos.

Este primer programa verdaderamente revolucionario de gobierno para Chile consiste básicamente en la construcción del socialismo, entendiendo por tal cosa el reemplazo de la actual sociedad por otra distinta en todos sus aspectos. Pero los dos únicos temas que están especificados en el programa son el económico y el político.

El programa económico de la Unidad Popular consistía en una estatización extensa y profunda de toda la economía productiva de Chile, que pasaría a lo que se llamaba el "área social". Es decir, se colectivizaba, pero estatizando. Quedó un poco oscuro, y sería después objeto de terribles discusiones, cómo y quién manejaría esa economía estatizada, pero la colectivización de la economía, según el programa, era una colectivización que se iba a producir a través del Estado, haciendo que los bienes productivos llegaran a ser de propiedad del Estado. Estatización era lo que significaba pasar al área social. ¿Y qué es lo que se iba a estatizar? La gran minería del cobre, o sea las empresas más rentables del país, pertenecientes a compañías norteamericanas. La tierra, lo que quedaba de tierra agrícola en manos particulares. Eduardo Frei había expropiado alrededor de cuatro millones de hectáreas, quedaban todavía otros seis millones y esos se iban a estatizar. Y mientras Frei siempre sostuvo que el destino final de las hectáreas que estaba expropiando era extender el ámbito de la propiedad individual a los campesinos —aunque no cumplió esa promesa, pues su gobierno no entregó títulos de propiedad—,

Allende y la Unidad Popular dijeron desde el primer momento que eso no corría ya, que las antiguas y nuevas expropiaciones tenían por destino convertirse en haciendas estatales. El hierro y el acero; el salitre y el yodo; el carbón; los bancos; los grandes complejos industriales, especialmente los textiles, el rubro metalmeccánico, el cemento, el papel y la celulosa; los seguros; las comunicaciones —que en ese tiempo eran los teléfonos, porque el correo y el telégrafo ya eran de propiedad fiscal—; el transporte aéreo, el transporte marítimo, el transporte terrestre. En fin, prácticamente todo el aparato productivo del país estaba enumerado para estatizarse en el programa económico de la Unidad Popular.



Figura 6. Allende en la celebración del 1º de mayo de 1971.

El *programa político* de la Unidad Popular tiene un punto clave, que estriba en el reemplazo del sistema bicameral del Congreso Nacional, o sea, la Cámara de Diputados y el Senado, por una cámara única, la Asamblea del Pueblo. En esta Asamblea del Pueblo habrá

un tipo de mandato que no es el que existe actualmente en nuestras cámaras, esto es, un mandato no imperativo pues los ciudadanos electores no vigilan lo que su representante hace en la Cámara o en el Senado. El parlamentario, una vez elegido, no tiene por qué acordarse de las preferencias de sus electores.

Los miembros de esta Asamblea Popular, en cambio, estarían sometidos a la posibilidad que existe en otras constituciones, por ejemplo la inglesa, donde cabe a sus electores destituir a un honorable en el curso del mandato, lo que los británicos denominan un “recall”. Ese mecanismo iba a existir en la Asamblea Popular. Además, y es una facultad de la mayor importancia, a la Asamblea Popular correspondería designar a la Corte Suprema, y a la Corte Suprema nombrar los restantes jueces.

Luego venía la parte final y más sorprendente del programa de la Unidad Popular: todo se iba a realizar respetando la legalidad, las libertades públicas establecidas en la Constitución y sin recurrir a la violencia. Esto era, esencialmente, “la revolución con olor a empanadas y a vino tinto”, una revolución que iba a cambiar las cosas en forma tan extraordinariamente profunda y que lo haría sin violencia y dentro de la legalidad burguesa. Naturalmente una pretensión así concitó enorme atención y no poca admiración en los ámbitos académicos, y círculos intelectualmente más refinados de Europa y de los Estados Unidos, lo que explica en gran medida la popularidad de Allende en el extranjero y el extraordinario impacto de su caída y muerte.

Cuando se produjo la intervención militar del 11 de septiembre de 1973, quienes se habían empeñado en poner término a este régimen marxista se volvieron a todos lados del mundo esperando los aplausos... y no hubo ninguno ni lo habría tampoco, nunca jamás. ¿Por qué? Porque los cenáculos intelectuales del mundo libre, sus artistas, periodistas, profesores universitarios y no pocos políticos compartían los propósitos programáticos de la Unidad Popular, y se habían enamorado de la visión romántica que mostraba, afuera, la experiencia chilena: un cambio estructural de carácter revolucionario, pero esta vez en democracia y sin derramamiento de sangre, es

decir, el perfecto reflejo de lo que anhelaban sus sensibles almas, siempre y cuando, naturalmente, tales sueños se materializaran lejos de Europa y de los Estados Unidos, y no amenazaran la forma de vida y privilegios de esa intelectualidad.

No se debe perder de vista que todos estos bienpensantes habían sufrido terribles desengaños con los “socialismos reales”, aun con el cubano.

Había pues una predisposición a creer, un querer creer, podría decirse, en que la revolución chilena sería diferente. La izquierda intelectual de todo el mundo así lo esperaba sinceramente. Cuando la realidad se impuso, pocos fueron capaces de hacerla prevalecer en su mente. Menos aún en su corazón. En todas partes persistió la imagen del Allende mártir, como había ocurrido con el Che Guevara, y de la revolución democrática aplastada por los fascistas.

Se ha pasado revista a la naturaleza de la Unidad Popular, a su pacto constitutivo y al programa que pretendía realizar desde el gobierno. Queda por exponer la estrategia que aplicaría al efecto.

Toda estrategia sintetiza la idea general a realizar en un conjunto de maniobras que articulando tiempo y espacio permitan alcanzar el objetivo previsto. A esto lo hemos llamado el “plan secreto” de la Unidad Popular. No porque sea algo siniestro, sino porque es invisible a pesar de ser explícito. Su primer supuesto es que una revolución como la concebida sólo podía efectuarse sin derramar sangre si se contaba con la neutralidad de las Fuerzas Armadas, lo que de acuerdo a la llamada doctrina Schneider obligaba a la Unidad Popular a ceñirse estrictamente a la Constitución y las leyes en cada uno de sus pasos.

La Unidad Popular no tenía mayoría en ninguna parte. Había sido votada por un tercio de los ciudadanos, no tenía mayoría en el Senado, no tenía la mayoría en la Cámara de Diputados y tampoco tenía una mayoría indiscutible en los organismos sociales de los trabajadores, de la gente modesta, porque allí había una presencia demócratacristiana muy fuerte. Las próximas elecciones parlamentarias que podían modificar esa mayoría estaban previstas para 1973 y todavía entonces sólo renovarían parcialmente el Senado. O sea,

que ni siquiera en 1973 tenía posibilidad la Unidad Popular de conquistar ambas ramas del Congreso. Parecía una empresa imposible alcanzar la deseada hegemonía para hacer la revolución desde y dentro de la legalidad. La única vía abierta era entenderse con la Democracia Cristiana. Pero ella de hecho no existía, al menos por tres razones.

En primer lugar, porque cada uno de estos grupos políticos, el Partido Demócrata Cristiano y la Unidad Popular, tenían lo que Mario Góngora llama una planificación global; o sea, un modelo de sociedad completo. Era como un puzzle, no se le podía sacar ninguna pieza, porque se desarmaba todo el conjunto. Cada uno de estos bloques, importantísimos de la política chilena, esgrimía su planificación global; por consiguiente, su modelo de sociedad, y a ese modelo no cabía cambiarle nada, no podía postergarse tampoco y, por consiguiente, no existía ninguna posibilidad de transacción entre los dos bloques y no habiendo ninguna posibilidad de transacción no había, por supuesto, ninguna posibilidad de alianza. Por si fuera poco, en puridad de ideas sus modelos de sociedad eran incompatibles e inconciliables, cuando menos inicialmente.

Por otra parte había una poderosa fracción –más que fracción, probablemente era la mayoría del Partido Demócrata Cristiano– que seguía a Frei, quien no deseaba llegar a ninguna transacción con la Unidad Popular, no quería cogobernar con la Unidad Popular. ¿Por qué? Porque Frei, que apenas seis años atrás había personificado la alternativa al establecimiento de un gobierno marxista en Chile y había sido derrotado en ese empeño, estaba convencido de que el gobierno de Salvador Allende iba a ser extraordinariamente malo y que el deber de la Democracia Cristiana y de él personalmente era hacer que ese gobierno durara lo menos posible. Y esa profecía se la dijo Frei a Allende en su cara, con gran molestia de este último, porque entre el 4 de septiembre y el 22 de octubre, o sea entre la elección popular y la elección por el Congreso Pleno, se juntaron varias veces en forma secreta. Esto lo cuenta Gabriel Valdés en el libro de semimemorias que escribió con Elizabeth Subercaseaux el año 1998. Probablemente Tomic, cabeza del grupo de los terceristas

en su partido, sí aceptaba una alianza con la Unidad Popular, pero sin la anuencia de Frei no había nada que hacer.

Por último, quizás el motivo más importante para tornar imposible que se juntaran la Democracia Cristiana y la Unidad Popular para hacer un gobierno de coalición, con una mayoría clara en el país, estribaba en que empezó la guerra a nivel de bases entre los militantes de ambas fuerzas políticas. Los demócratacristianos eran muy fuertes en algunos sectores, que habían cultivado antes y durante su gobierno, por ejemplo, en el sector de campesinos reformados que vivía en los asentamientos.

También se organizaron, con la Ley Thayer del año 1967, muchos sindicatos y confederaciones de sindicatos campesinos y algunas de estas confederaciones, muy poderosas, eran demócratacristianas. Y, además, estaba el mundo demócratacristiano de las poblaciones, en las juntas de vecinos, los centros de madres y toda la estructura de la promoción popular. Apenas comenzó el gobierno de la Unidad Popular, sus bases en esos sectores atacaron con gran violencia a las bases demócratacristianas, en procura de la hegemonía y, en definitiva, de conformar lo que llamaban “poder popular”.

Por estos tres motivos, al menos, la Unidad Popular se quedó sin posibilidad de alianza con la Democracia Cristiana y, por ende, sin posibilidad de tener una mayoría política que le permitiera cumplir su programa.

Siendo imposible forjar mediante una alianza la mayoría indispensable para lograr el cumplimiento del programa sin salirse de la ley, la estrategia debía ser otra. La estrategia que se adoptó comprendía tres operaciones, que para tener éxito debían efectuarse simultáneamente y en un plazo breve, aproximadamente un año. Dos eran económicas y la otra era política.

La primera operación económica consistía en acelerar a fondo la estatización. O sea, cumplir la estatización que estaba en el programa, lo más rápidamente posible y lo más profundamente posible. La segunda consistía en crear en los sectores populares una euforia de bienestar económico. En otras palabras, la mayoría de la población

tenía que percibir que con este gobierno su nivel de ingresos y su capacidad de gasto subían rápida y notoriamente. Para provocar ese efecto se previó reajustar las remuneraciones en forma muy fuerte, tanto las públicas como las privadas, fijando al mismo tiempo los precios, estrictamente controlados por el Gobierno a través de la DIRINCO (Dirección de Industria y Comercio). De acuerdo a lo prescrito por la ciencia económica no había cómo financiar esta operación, dado que sería imposible conseguir nuevos impuestos del Congreso opositor. El programa económico de la Unidad Popular, entonces, se iba a financiar simplemente emitiendo mayor cantidad de papel moneda. El problema siguiente era cómo evitar la inflación. Por supuesto, si se alzan las remuneraciones y se fijan los precios, la gente va a comprar más mercadería, pero al hacerse escasa ésta, subirá de precio; y si se hace efectiva la fijación de precios, la mercadería pasará al mercado negro, en donde alcanzará su precio efectivo y de esa manera se restablecerá el equilibrio.

Todo esto es elemental. ¿Cómo lo iba a impedir la Unidad Popular? Lo iba a impedir o creía poder impedirlo forzando la marcha. Pensaban que el efecto de la emisión no iba a ser inmediato, pasarían algunos meses durante los cuales la “droga” produciría los efectos queridos sin que el impacto sobre los precios se notara demasiado. Complementaría esa ofensiva de nueva riqueza en manos de los consumidores la existencia de una capacidad productiva ociosa, que calculaban en un veinte por ciento. Así, la combinación de estos dos factores iba a producir, por algunos meses –y esto de los meses tenía mucha importancia porque el factor tiempo era esencial en el diseño estratégico–, la situación que la Unidad Popular deseaba para ampliar su base de aceptación popular.

Logrado lo anterior, es decir, mientras el estado de ánimo de la población se hacía favorable a la Unidad Popular, en virtud de una inaudita satisfacción de sus necesidades materiales, se pondría en movimiento la operación política de la estrategia. Esta operación consistía en hacer aprobar –vía plebiscito, ante un inevitable y anticipado rechazo del Congreso– la reforma constitucional indispensable para reemplazar el sistema bicameral vigente por otro unicameral.



Así se disolverían las cámaras existentes, y en la elección destinada a llenar los cupos de la Asamblea Popular, la Unidad Popular se impondría sin mayores dificultades. Entonces, de forma irreprochablemente legal, procedería a designar una nueva Corte Suprema. Cumplido este objetivo, cuando la población despertara a la realidad, ya que las medidas económicas recién señaladas eran insostenibles en el tiempo, el Gobierno tendría el control absoluto de los tres poderes del Estado y una fuerte influencia en la policía y fuerzas armadas, cuyos mandos podía remover a voluntad. Amén de manejar el grueso del sistema productivo, con estas herramientas, iba a aguantar la crisis que inevitablemente sobrevendría, e incluso era posible se la utilizara para profundizar la revolución. Y eso está dicho por el sucesor de Pedro Vuscovic en el Ministerio de Economía, Carlos Matus, socialista, el año 1972, a la revista alemana *Der Spiegel*. La revista le preguntó qué haría el Gobierno, dada la situación económica imperante, francamente complicada, a lo que el ministro respondió que “a los gobiernos revolucionarios no los perjudican las crisis, al contrario, las pueden aprovechar”.

De la estrategia o plan secreto de la Unidad Popular han quedado numerosos rastros. Por ejemplo, en la entrevista que le hizo Regis Debray a Salvador Allende al comienzo de su presidencia —la entrevista se efectuó en dos partes, entre diciembre de 1970 y enero de 1971 y es uno de los documentos más importantes para entender a Allende—, éste confiesa que las garantías dadas a los demócratacristianos representan solamente un problema táctico, y que no le significan renunciar a nada de lo que quiere hacer. Allende le cuenta todo lo que se propone hacer: cómo va a presentar un proyecto de cámara única, que el Congreso se lo rechazará, que él lo llevará a plebiscito, que va a ganar el plebiscito, y que una vez que haya asamblea única, llamará a elecciones para que se llenen los cargos de la Asamblea Única. Y “nos van a elegir a nosotros, a los representantes del pueblo”. Un plan claro y coherente. A condición, claro, de tener la capacidad de llevarlo adelante con energía y perfectamente sincronizado.

Ahora bien, aunque parezca increíble, las operaciones económicas de la estrategia recién descrita se pusieron en movimiento con

éxito, a cargo del ministro de Economía, Pedro Vuscovic, un economista socialista de cierto prestigio y funcionario de CEPAL. Pero más que economista era un revolucionario; su conocimiento técnico estaba al servicio de la revolución.

La estatización funcionó en diversas formas. La Unidad Popular no tenía leyes especiales para estatizar ni posibilidad alguna de conseguirlas, salvo en dos materias. La primera, la estatización del cobre. La nacionalización del cobre, o sea la estatización de la gran minería del cobre, fue aprobada en el Congreso por la izquierda, el centro y la derecha. Nadie, o casi nadie, se opuso a un acto de despojo. Después de usar diversos mecanismos para tasar muy baratos los bienes que se nacionalizaban, el Presidente de la República quedaba autorizado para deducir, del precio que resultara, las “utilidades excesivas” que hubieran obtenido en los años anteriores las compañías del cobre. Y él, Allende, determinaba cuál era el monto de las ganancias excesivas. Sin duda, durante más de medio siglo los americanos ganaron sumas monstruosas de dinero, pero no habían hecho nada contrario a la ley chilena ni a los convenios suscritos con nosotros.

Ellos habían discutido pocos años atrás con un gobierno como el de Frei, que no era un gobierno de empleados de los americanos, y habían llegado a un convenio, la “chilenización del cobre”. Ese acuerdo les había resultado beneficioso hasta su término (1969), es verdad, pero lo habían cumplido escrupulosamente y ahora se declaraba que esas utilidades habían sido excesivas, y se deducían esas utilidades excesivas del precio de expropiación. Y quien fijaba las utilidades excesivas era el Presidente de la República, y a las compañías norteamericanas les quedaba vedado recurrir a ningún tribunal chileno ni extranjero para discutir su monto. Así, aplicando estos novísimos principios jurídicos, el precio de expropiación quedó reducido a cero, salvo en el caso de Andina, propiedad de Cerro Corporation, que no había podido tener utilidades excesivas, porque recién empezaba a operar. Más bien se le quedó debiendo dinero, pero la Unidad Popular no lo pagó nunca. Hasta cierto punto es lícito calificar de escandalosa la nacionalización de la gran minería del cobre, pero en esas condiciones fue aprobada por el Congreso

Nacional. Y fue la única legislación especial que obtuvo Allende para la estatización.

Había, es cierto, una segunda legislación especial, anterior, la ley de reforma agraria promulgada por Eduardo Frei el año 1967. Frei ya había expropiado cuatro millones de hectáreas. Ahora, en 1971, Allende añadió otros dos millones de hectáreas y tampoco hubo posibilidad de resistencia porque la ley de reforma agraria no ofrecía posibilidad de resistencia real. El único recurso era discutir la legalidad de la expropiación en unos tribunales agrarios creados al efecto; pero el gobierno, con un poquito de cuidado, se las podía arreglar para que no funcionaran. Y, efectivamente, en la época de Allende no funcionaron.

Esas estatizaciones avanzaron pues con gran rapidez, dado que se disponía de los respectivos instrumentos legales. Pero en lo demás, aparentemente, no había ningún mecanismo que permitiera estatizar en la forma que lo quería hacer la Unidad Popular. Entonces se recurrió principalmente a dos sistemas. Uno, cuando se trataba de sociedades anónimas de muchos dueños, lo que hoy llamaríamos sociedades anónimas abiertas.

CORFO abrió poderes compradores de acciones y como su precio se había ido al suelo nada más ser elegido Allende, la CORFO ofreció algo más que la cotización de bolsa, pero con la advertencia de que lo hacía por un determinado plazo, y quien no vendiera en ese plazo simplemente tendría que atenerse a las consecuencias, porque después vendría una ley especial y esas acciones se expropiarían en términos mucho peores. Con tal aviso, por supuesto se precipitaron a vender todos los pequeños y medianos accionistas y algunos mayorcitos también. Era un procedimiento en el borde de la extorsión, pero legal.

Para expropiar los bienes no comprendidos, por cualquier motivo, en el caso anterior, se procedió a usar los llamados "resquicios legales". Consistían en aplicar una ley antigua, olvidada pero no derogada, es decir, sacar del desván una ley formalmente vigente y estirar su interpretación hasta hacerla decir lo que no decía, pero se quería que dijera, y con eso estatizar. El más socorrido de tales res-

quicios fue el Decreto Ley N° 520, de la República Socialista de 1932, un gobierno de facto que duró exactamente doce días. Si se le agrega el período que siguió, el gobierno de Carlos Dávila, que también se titulaba socialista, en total fueron unos cien días. Y uno de los decretos leyes que se dictó era el N° 520, que creaba el Comisariato de Subsistencias y Precios, que debe ser una cosa muy propia de nuestra mentalidad, porque encubiertas bajo diferentes nombres su idea central y algunas facultades existen hasta hoy. Del Comisariato de Subsistencias y Precios, de aura bolchevique, al Servicio Nacional del Consumidor, el prosaico SERNAC de hoy. Pues bien, el Decreto Ley N° 520 disponía que si una empresa no abastecía suficientemente el mercado de artículos de primera necesidad o productos de consumo habitual, declarados como tales por el propio Comisariato, el Gobierno podía requisarla, nombrarle un funcionario interventor y administrarla para superar el desabastecimiento. Y el interventor hacía las veces del dueño en todo, incluso en la posibilidad de endeudarse por cuenta del dueño, y éste quedaba al lado de afuera de su empresa. ¿De qué manera se aplicó este resquicio? Muy sencillamente. Si, como sucedía frecuentemente, los sindicatos respectivos se hallaban controlados por la izquierda, por los comunistas o los socialistas, se "tomaban" la industria o el comercio y lo paralizaban: desabastecimiento, está parada la industria, no está abasteciendo, requisición, interventor. Ahí pasaba de hecho al área social.

Y el propietario recurría a los tribunales o, más frecuentemente, empezaba a negociar con el Estado el traspaso de su establecimiento, o sea legalizar la estatización, al precio de ganga que pudiera obtener.

Este fue uno de los resquicios usados. El otro resquicio sería el de los precios. Todos los precios estaban fijados. Si en una sociedad anónima fracasaba el sistema de compra de acciones de la CORFO porque tenía pocos dueños, y éstos resistían la estatización, o porque se formaba una mayoría de accionistas que se negaba a vender, se le asfixiaba negándole el reajuste de precios a sus productos, y como durante la Unidad Popular todos los precios y su reajuste eran fijados por decreto, la empresa de marras tenía sus días contados.

Estos fueron los principales resquicios y con eso se avanzó bastante. Quizás no todo lo que se hubiera querido, pero bastante a fin de cuentas. Así, al concluir el año 1971, tras apenas un año de gobierno eran propiedad del Estado dos millones adicionales de hectáreas agrícolas, la gran minería del cobre, el acero y el hierro, el salitre y el yodo, el carbón, la red telefónica, y prácticamente todas las textiles, y gran parte del sector metalmecánico, las grandes distribuidoras y los bancos.

El aspecto económico del plan estratégico, en lo demás, se había cumplido cabalmente. El año registró una inflación menor que la del año 1970, con aumentos del producto geográfico bruto y los salarios reales. Había, es cierto, algunos factores negativos, pero no eran visibles al ojo del profano, a saber, un déficit muy grande de la balanza comercial, un monstruoso déficit fiscal, la inversión real caída a menos que cero. Pero en apariencia el país se correspondía con lo que el gobierno deseaba realizar. Sólo a fines de 1971 se comenzó a notar la escasez de productos de consumo doméstico —la “marcha de las cacerolas” fue el 1º de diciembre de ese año—, pero la mayoría de la gente estaba muy contenta, tan contenta que si ese año hubiera correspondido efectuar elecciones parlamentarias, como las que hubo a los seis meses de asumir Frei o Ibáñez, la Unidad Popular seguramente hubiera arrasado en la Cámara de Diputados y habría mejorado su posición en el Senado, que se renovaba por mitades.

Pero si bien el año 1971 no había elecciones parlamentarias, hubo elecciones municipales y en ellas la Unidad Popular logró el cincuenta por ciento de los sufragios, es decir, aumentó en casi quince puntos la votación de Allende seis meses antes. ¿Por qué? Porque la gente se sentía feliz.

Quienes no éramos partidarios de la Unidad Popular nos hallábamos muy asombrados. Yo recuerdo que era director de la revista *Qué Pasa*, creada justamente para hacerle oposición a Allende, y estábamos perplejos y nos reíamos mucho de nuestros “economistas de cámara”, casi todos del grupo Chicago, especialmente de una persona que fue amigo de todos nosotros y que falleció demasiado pronto, Emilio Sanfuentes. Y le decíamos: pero Emilio, esto no está funcio-

nando, tus predicciones no están funcionando, estos caballeros han emitido todo lo que han querido, han fijado los precios a niveles bajo el costo, han subido las remuneraciones y el salario mínimo y les ha resultado perfectamente. Él se molestaba mucho y decía que **esperáramos un ratito no más. Efectivamente, nos bastó esperar; pero el año 1971 fue un año notablemente raro en economía.**

Ahora suena divertido, porque parece difícil estar tan perdido, pero una de las personas que más se molestó fue el ex presidente Eduardo Frei. Porque durante su período se rodeó de gente muy razonable en materia económica. Su último ministro de Hacienda fue Andrés Zaldívar, que no era economista sino abogado, pero una persona con conocimientos y la cabeza buena, y los asesores directos de Frei fueron Jorge Cauas, Sergio Molina y Carlos Massad. Y entonces, agosto de 1971, Frei les escribió una carta dramática, enrostrándoles que al impedirle emitir habían limitado sus posibilidades de éxito. Se trata de un documento bien interesante de leer. Se la dirige también a Andrés Zaldívar y a Sergio Molina, sus dos ministros de Hacienda prácticamente, aunque el destinatario específico es Jorge Cauas; “no se la envío a Carlos Massad por estar fuera de Chile y porque lo supongo extremadamente preocupado tratando de explicar lo que ha ocurrido al Fondo Monetario Internacional y a todos los dogmas monetaristas que sufren en esta hora un golpe tan decisivo”, dice Frei, para añadir a continuación que “durante los años de mi gobierno, en innumerables ocasiones, en el comité económico se planteó la necesidad de darle al crédito una mayor expansión” —o sea, imprimir billetes.

Era evidente, para Frei, que una emisión de unos quinientos millones de escudos al año habría permitido, sobre todo los últimos tres años, aumentar el producto alrededor de un dos por ciento, si esa inversión se hubiera destinado a obras públicas y vivienda. “La experiencia de hoy —está en agosto de 1971 y la política de Allende parece ser un rotundo éxito político— merece hacer un análisis y una reflexión: es un hecho que la expansión del crédito ha revelado, por una parte, que una inyección al mercado es capaz de estimular el desarrollo, por lo menos en ciertas áreas, y, por otra, que las catástrofes previstas no se

producen, por lo menos en los tiempos previstos. Y aún quienes prevén las catástrofes creen que ha habido un segundo tiempo capaz de eliminar las presiones negativas que (la emisión) pueda haber significado y quedar un saldo positivo". Esta carta, en el fondo, es un reproche a toda la gente que no lo dejó emitir; hubiera sido preferible, resumiendo, escuchar a los asesores políticos por sobre los económicos. ¡Frei dixit!, a pesar de ser una persona inteligente y culta.

La maniobra propiamente política de la estrategia encaminada a materializar el programa de la UP, como se ha dicho, consistía en enviar de inmediato al Congreso el proyecto de Asamblea Popular, tras cuyo obvio rechazo sería repuesto y aprobado mediante plebiscito. Pero, ¿qué pasó? Pasó que Allende se demoró indefinidamente en proponer al Congreso la Cámara Única. Y cuando finalmente lo hizo, noviembre de 1971, ya estaba crujiendo el edificio. En enero del año 1972 la inflación subió un diez por ciento, y en febrero otro diez por ciento. La situación era completamente distinta. Aquí late un enigma jamás resuelto. ¿Por qué no se hizo, políticamente, lo que habían planificado? Pero lo claro es que no se propuso esa Asamblea Popular a tiempo, y cuando al fin fue presentada a trámite legislativo, Allende ni siquiera se molestó en declarar la urgencia que la materia exigía, y dejó morir el proyecto arrumbado en alguna comisión.

Si afianzar el éxito de la revolución legal presuponía la existencia de una Asamblea Popular dócil a sus designios, ¿por qué el Presidente no se afanó en lograrla? Es un misterio que merece ser investigado. Se han propuesto algunas respuestas, simples conjeturas.

Es posible que en el Comité de la Unidad Popular algún punto del texto no haya alcanzado la unanimidad necesaria. O que la tardanza haya sido pura lentitud burocrática del Comité en cuestión. Suena extravagante, pero puede haber sido así. Una probabilidad más seria es que el grupo de los guevaristas, que no creía en la vía pacífica a pesar de ser la consagrada en el programa oficial de la Unidad Popular, le haya restado su apoyo, con lo cual el proyecto habría nacido muerto. Porque para los guevaristas y para los socios más tradicionales del pacto de gobierno, la Asamblea Popular era una cosa completamente distinta. Para los primeros la Asamblea Po-

pular era útil sólo si conducía rápidamente a la dictadura del proletariado; en cambio, para el grupo moderado, era una forma de ir afirmando la revolución dentro de la ley, afirmando la construcción del socialismo desde la antigua y hacia una nueva legalidad. En el fondo ambos grupos perseguían el mismo objetivo, pero a diferente ritmo. También es posible que a la Unidad Popular le diera miedo lo que podría suceder con el MIR instalado legalmente en la Asamblea Popular. Le podía ocurrir lo que a los mencheviques rusos, mayoría frente a los bolcheviques, y sin embargo mayoría estéril... Por último está el asunto humano, los intereses creados. A nadie le gusta estar gozando de un cargo público y que de repente, de un día para otro, antes de que venza el plazo legal del mandato, haya que luchar para seguir detentándolo. Es de suponer que las facciones más pequeñas, la Acción Popular Independiente de Tarud, el MAPU y la Izquierda Cristiana se preguntarían: ¿qué va a quedar de nosotros en esta elección de una Asamblea Única? Ni siquiera seremos ya comparsa, nos comerán vivos los socialistas y comunistas. El hecho es que no hubo Asamblea Popular.

Hay un elemento muy curioso que indica por dónde fueron los tiros. El Presidente de la República presentó su proyecto de Asamblea Popular en noviembre de 1971; pero en julio de ese mismo año había sucedido un hecho significativo. En Concepción, empujando el MIR y acoplándose a su iniciativa los socialistas y el MAPU extremo, se constituyó de hecho una Asamblea Popular. O sea, los partidos guevaristas de la Unidad Popular se juntaron con el MIR en el lugar en que éste era más poderoso y simplemente dieron por fundada la Asamblea Popular, con lo que al interior de la Unidad Popular se armó una conmoción fantástica. Allende lo condenó, el Partido Comunista también, y al menos oficialmente no siguió adelante este engendro sin valor legal; pero el Partido Socialista se negó a condenarlo, guardó silencio y no sancionó a sus militantes que habían participado en tal hecho.

Por la razón que sea, en definitiva no hubo Asamblea Popular y con ello la estrategia para alcanzar sus fines últimos, crear el socialismo legalmente en Chile, se vino abajo.

Con todo, a pesar de estar embarcado en un plan sin destino, o mejor dicho irremediablemente fracasado, Allende mantuvo enorme adhesión popular y la conservó hasta el fin de su mandato. Pero la posibilidad de traducir dicha adhesión en una fuerza capaz de definir victoriosamente un plebiscito de carácter decisivo, ya al concluir el año 1971 era incierta si no altamente improbable.

### III. EL FIN Y LOS MEDIOS. UNA CONTRADICCIÓN FATAL

Hasta fines del año 1971, la Unidad Popular conserva la iniciativa en el proceso político que ha provocado. Su ofensiva ha logrado arrinconar a sus adversarios y miradas las cosas en la superficie nada parece oponerse a la construcción del socialismo, objetivo final del gobierno que preside Salvador Allende. Sin embargo, paralelamente a la ejecución del plan estratégico de la Unidad Popular, están ocurriendo una serie de hechos quizás no perceptibles a primera vista, pero dotados de potencia suficiente como para alterar sustantivamente el cuadro político.

La primera de estas circunstancias es que se une la oposición. O sea, se produce una sola oposición. Había dos oposiciones, la demócratacristiana y la de derecha, representada por el Partido Nacional y también por el Movimiento Nacionalista Patria y Libertad. Pero electoral y parlamentariamente existían el Partido Demócrata Cristiano y el Partido Nacional. Y estos dos sectores no se querían entre sí, nunca se habían querido, no existía una afinidad natural entre ellos, sino más bien una enemistad natural, atávica, genética. Y, además, dentro de la Democracia Cristiana gravitaba un sector de izquierda –la izquierda más avanzada de la Democracia Cristiana se fue primero al MAPU en el año 1969, y después a la Izquierda Cristiana, en el año 1971–, el llamado sector tercerista, agrupado alrededor de Radomiro Tomic, que había sido el candidato del partido en las elecciones presidenciales de 1970. Y este sector de izquierda, poderoso pero no mayoritario, quería mantener la distancia que le separaba del Partido Nacional. Y sin embargo, poco a poco, todos estos sectores políticos se fueron acercando hasta que a comienzos de 1972

pasaron a constituir un solo frente. De ahí en adelante Allende tuvo una sola oposición, sólida y fuerte.

En los primeros meses del gobierno de Allende no había sido así. Dos veces, por ejemplo, el Partido Nacional acusó constitucionalmente a sendos ministros y en ambas ocasiones la Democracia Cristiana no respaldó las acusaciones y por ende se perdieron. Pero después empezaron a pasar cosas. Quizás el primer nivel en que la balanza se empezó a inclinar fue, como anticipamos, en las bases sociales.

La Unidad Popular, en busca de la hegemonía sobre la sociedad civil y del dominio de las calles, inició un ataque despiadado contra la Democracia Cristiana; no contra el Partido Nacional, que no tenía una presencia organizada en ese ámbito de la sociedad. La Democracia Cristiana había acumulado durante sus seis años de gobierno fuertes contingentes de carácter popular. Y algunos los tenía desde antes. La izquierda socialista y comunista empezó a atacar con gran violencia a las organizaciones sociales dominadas por la Democracia Cristiana, aprovechándose de su carácter de gobierno. Pasó algo parecido a lo que sucedió entre comunistas y socialistas al comienzo de la administración de González Videla, en 1946, antes de que éste rompiera con el Partido Comunista. Hubo entonces tres ministros comunistas, los primeros en la historia de Chile, y hubo funcionarios del Partido en el aparato político del Estado. ¿Y qué hicieron los comunistas? Atacaron con violencia a los socialistas, sobre todo en el mundo sindical, para tratar de desplazarlos aprovechando que ahora ellos eran gobierno. Incluso hubo incidentes con muertos y heridos en esta confrontación sindical. Por supuesto, eso duró sólo unos pocos meses, porque González Videla expulsó a los comunistas del Gobierno y perdieron su poder. Aquí vemos un fenómeno parecido, una lucha soterrada e inmisericorde en las juntas de vecinos de las grandes barriadas pobres de Santiago, y lo mismo, aunque en menor medida, pasó en los sindicatos, y en los asentamientos campesinos, donde también los comunistas y socialistas juntos podían ser mayoritarios, pero los demócratacristianos eran muy poderosos. Ese fenómeno pasaba desapercibido para la opinión pública, pero no para la directiva del Partido Demócrata Cristiano, que recibía las quejas de sus militantes.

Los directivos de la Unidad Popular se dieron cuenta de que esto, a la larga, podía ser perjudicial para ellos, y trataron de parar la pretensión izquierdista de hacerse con el poder en todas partes y en todos los niveles y que eufemísticamente se llamaba "sectarismo". En las declaraciones y discursos de la época hay muchas advertencias, hasta de Allende, contra el sectarismo. Pero no disminuyó.

Este fenómeno fue provocando el acercamiento paulatino, imperceptible, pero en definitiva total entre la Democracia Cristiana y el Partido Nacional.

Ello significó, dentro de la Democracia Cristiana, el retroceso de los tomicistas y el avance de la corriente que ya antes era mayoritaria dentro del partido, los freístas.

La necesidad de esta unidad ante la amenaza común se vería reforzada por los resultados de las elecciones municipales. Las fuerzas de oposición fueron desunidas y la Unidad Popular alcanzó un triunfo formidable, el cincuenta por ciento de los votos. Esto hizo reflexionar a los demócratacristianos, porque el avance de la Unidad Popular no había sido a expensas de la Derecha, sino en perjuicio suyo.

Entonces los opositores se van acercando y el acercamiento se va traduciendo en hechos positivos. Primero hay una elección complementaria de diputado en Valparaíso, y en esta elección triunfa un candidato demócratacristiano, con el apoyo silencioso de la Derecha, que no lleva candidato propio. La Derecha no dice nada, pero vota por el doctor Marín, que gana sólo porque ella lo apoya.

Luego, entre diciembre de 1971 y enero de 1972, se genera un nuevo y doble acercamiento de los demócratacristianos con los nacionales. Ahora son los demócratacristianos los que acusan constitucionalmente en la Cámara de Diputados al Ministro del Interior, José Tohá, acusándolo de no ser suficientemente enérgico en la represión de los grupos armados. Los nacionales apoyan la acusación, cuyo libelo pasa al Senado, que la aprueba con los votos de ambos partidos, y José Tohá es destituido del cargo. Entonces, mal aconsejado, Allende comete el error de jugarse en una maniobra política muy irritante, nombrando al destituido en otra cartera. Y no lo envía a un ministerio más o menos anodino, sino a Defensa, lo que equivale a una bofetada en el rostro de los demócratacristianos, y también de

los nacionales. De paso, también molesta a los militares, preocupados ante el deterioro de la seguridad nacional, tanto por la acción de grupos armados al margen de la ley al interior como por un amenazador clima externo.

La unión se consolida cuando, ese mismo mes de enero de 1972, hay otras dos elecciones complementarias, una de diputado por Linares y una de senador por O'Higgins y Colchagua. En Linares se presenta el nacional Sergio Diez, y los demócratacristianos no llevan candidato. En O'Higgins y Colchagua, la Democracia Cristiana presenta a Rafael Moreno, ex vicepresidente de la CORA, y los nacionales, en una tierra prácticamente de ellos, el riñón de la Derecha, no llevan candidato.

Ambos triunfan sobre los respectivos candidatos oficialistas. Esto es ya claramente la expresión de una acción común en la política. Muy dolorosa para los nacionales, porque eran un partido de agricultores, de hombres de campo: en O'Higgins y Colchagua, tierra de agricultores, han tenido que votar por el hombre al que probablemente más odiaban en el mundo, el ex vicepresidente de CORA, Rafael Moreno, que ellos creían que los había perseguido con la mayor crueldad y con la mayor falta de escrúpulos. El mundo agrícola tradicional odiaba a Moreno, apenas un poco menos que a Frei: que haya aceptado votar por Moreno indica hasta qué punto los nacionales estaban dispuestos a sacrificarse para producir esta unidad, condición indispensable si se quería detener el impulso de la UP.

El segundo elemento que irá modificando el panorama es la acentuación progresiva de la violencia política en el país. Es sabido que en la acción política siempre hay una dosis de violencia porque, después de la religiosa, es la actividad humana que produce más pasiones, y donde hay pasión hay violencia. Pero una cosa es la violencia inseparable de la política, pero incidental, incluso aunque sea deliberada, y otra cosa es la violencia sistemática, la que corresponde a una doctrina propiamente violentista. Esto era un elemento nuevo: aquí había gente con una doctrina de violencia, que la estaba ejerciendo, que estaba acumulando armas, que estaba organizando entrenamientos paramilitares, todo en una escala muy pequeña, pero que nadie sabía si realmente era pequeña, porque sus cultores decían que era muy grande; gente que además hablaba mal del esta-

mento militar, como el brazo represivo de la burguesía, del enemigo de clase.

Aquí en Chile la doctrina de la violencia irrumpe a través de la concepción revolucionaria de Ernesto Che Guevara. Ya se ha explicado que para él la decisión final entre opresores y oprimidos, entre explotadores y explotados es un enfrentamiento armado y que todo lo demás es secundario. Por consiguiente, la competencia política, las elecciones, la propaganda y la prensa, los sindicatos, la cultura, en cuanto tengan contenido político, sólo poseerán algún valor en la medida que contribuyan a la victoria cuando sobrevenga ese ineludible enfrentamiento armado. Quien crea que la competencia democrática va a reemplazar el enfrentamiento armado le está haciendo el juego a los opresores y, en consecuencia, debe ser tenido por contrarrevolucionario.

A nadie debiera extrañar que en 1971 aparecieran las primeras manifestaciones de una oposición asimismo dispuesta a ejercer la fuerza.

En este momento, fines del año 1971, el sector guevarista era muy fuerte. Estaba el MIR, al margen de la Unidad Popular. Pero lo realmente grave radicaba en que al interior de la Unidad Popular, Guevara ejercitaba asimismo una influencia muy grande. Lo seguían el Partido Socialista y el MAPU fracción de Óscar Guillermo Garretón —o sea, la fracción afín al MIR— y terminó experimentándola también la Izquierda Cristiana. Lo que muestra la velocidad de la polarización política en Chile, porque la Izquierda Cristiana se fundó (1971) con gente proveniente del MAPU y de la Democracia Cristiana, y que quería un partido de izquierda y cristiano, que no fuera marxista. Pero en pocos meses, yo no sé si marxista o no marxista, pero la Izquierda Cristiana, por lo menos hacia el exterior, se mostraba tan guevarista o más guevarista que el MAPU de Garretón, que el Partido Socialista o que el propio MIR. Un entusiasmo de conversos. En el Partido Socialista, el principal partido de la Unidad Popular y el partido del Presidente de la República, la captura definitiva de la colectividad por el guevarismo se produjo durante el Congreso de La Serena el año 1971, a los sesenta días de asumir Allende. En el Comité Central del Partido Socialista, que tenía cuarenta y ocho miembros, quedaron veintinueve "elenos", esto es, personas que ha-

bían pertenecido al Ejército de Liberación Nacional, fundado simultáneamente en Chile y otras partes de América para apoyar la guerrilla boliviana del Che. Muchos elenos chilenos efectivamente participaron de esa guerrilla, y de las que siguieron activando los continuadores de Guevara, cuando éste fue asesinado.

La mayoría del Comité Central del Partido Socialista quedó, entonces, dominado por este grupo de individuos que no eran sólo teóricos de la violencia, sino que se habían consagrado a ella, como única arma política capaz de liberar a Latinoamérica. El nuevo secretario general, Carlos Altamirano, al asumir sus funciones, dijo con toda claridad que el porvenir del gobierno de la Unidad Popular no estaba sometido a las urnas, con lo cual lo apartó del punto de partida de toda democracia formal, que es la alternancia en el poder a consecuencia de los resultados electorales.

En Chile la violencia como método y necesidad insoslayable la introdujo el guevarismo y suscitó la contraviolencia adversaria. Las dos, por supuesto, muy desaconsejables y condenables. Pero aquello de qué fue primero, el huevo o la gallina, es un juego políticamente inútil. Sin embargo, reconociendo la esterilidad de esta cuestión, la evidencia histórica indica que la violencia sistemática aplicada a la actividad política fue introducida en Chile por los apóstoles de Guevara.

¿Y Allende? Allende era un hombre tironeado entre su moderación verbal, su pasado de viejo demócrata, de una parte, y de la otra su entusiasmo, también de viejo, por este romanticismo juvenil de la violencia, por estos muchachos cubanos, que habían hecho realidad en dos o tres años el socialismo que él llevaba intentando materializar largos cuarenta años por la vía democrática, sin mayor resultado. Era un balance desconsolador, sin duda, y por eso resulta tan interesante ver cómo oscilaba Allende. Primero, en diciembre de 1970, indultó a todos los violentistas que estaban presos. Dijo que eran unos jóvenes equivocados, pero idealistas. Después, en mayo de 1971, en la Universidad de Concepción, sostuvo una polémica violentísima con un jefe estudiantil del MIR, Nelson Gutiérrez, delante de todos los estudiantes, Gutiérrez auspiciando la vía violenta y Allende la vía democrática.



Figura 7. Allende durante una práctica de tiro.



Luego, en julio, ocurre un episodio terrible, el asesinato de Edmundo Pérez Zujovic, dirigente democratacristiano de gran prestigio, que había sido Ministro del Interior de Eduardo Frei y al que la Izquierda cargaba la responsabilidad por un desgraciado y sangriento incidente, ocurrido cuando Carabineros, al desalojar una ocupación ilegal de terrenos eriazos en Pampa Irigoín, Puerto Montt, había muerto a varios de los ocupantes y otros habían resultado heridos. La Izquierda tildó de asesino al ministro y esa injusta etiqueta quedó. Pérez Zujovic no tenía nada que ver, directamente, con el asunto.

Sin embargo una minúscula banda, que había roto con el guevarismo por encontrarlo demasiado blando, la Vanguardia Organizada del Pueblo, envenenada con estas ideas, lo asesinó. Entre los criminales —que ya habían ultimado a un carabinero y a un pequeño comerciante— figuraban dos de los jóvenes “idealistas” indultados en diciembre del año anterior. La represión fue violentísima y la VOP resultó literalmente exterminada. Su último miembro, ideólogo del grupo, Heriberto Salazar, más viejo que todos y que sobrevivió a sus discípulos, se forró cuidadosamente en dinamita y armado con una metralleta se dirigió a la sede central de Investigaciones. Entró y empezó a disparar, matando al personal de guardia. Cuando le contestaron hizo explosión en medio del hall de ingreso del cuartel. La VOP desapareció.

Aquí, Allende fue del indulto complaciente a la más severa represión.

Después, en noviembre, aparece en Chile Fidel Castro. Una visita de interminables tres semanas, una visita en que al fin el personal de gobierno estaba enloquecido, porque no se iba nunca. Jamás se había visto a un Jefe de Estado que permaneciera tres semanas de visita en otro país.

El hombre se toma su tiempo y habla largo, pero discutiendo con la Unidad Popular, fundamentalmente con Allende, su amigo. Fidel Castro le explica a Allende por qué está equivocado, que esto de la vía pacífica, que la revolución con olor a empanada y vino tinto, respetar la legalidad burguesa y las libertades públicas es una fantasía y que debe proceder revolucionariamente contra sus enemigos. Allende arguye sus razones para mantenerse en la vía pacífica que, des-

pués de todo, y a diferencia de Castro, es la que le ha elevado al poder. Fidel Castro en su discurso de despedida en el Estadio Nacional —ante una concurrencia menor que la prevista— deja escapar una frase muy interesante, una pista del juicio que le merece la experiencia chilena. Afirma: “regreso a Cuba más revolucionario, más radical y extremista de lo que vine”. Como para decir, diplomáticamente, soy el invitado y ustedes mis anfitriones y tenemos las mismas ideas, pero lo que están haciendo para materializarlas está mal hecho, no les va a resultar.



Figura 8. Allende y Fidel Castro durante la visita de este último a Chile.

En marzo de 1972 hay un episodio todavía más extraño, conocido como “los bultos cubanos”.

Aterrizan en Pudahuel un avión de la Cubana de Aviación que trae para la Presidencia de Chile varios bultos misteriosos. Se hacen presentes en la aduana el Ministro del Interior, Hernán del Canto, y el director de Investigaciones, Eduardo “Coco” Paredes, lo que tampoco es normal, y ordenan que lo descargado no se revise y que ingrese sin más trámite. Los funcionarios de aduana dicen que no es posible, que es indispensable aforarlo. Tras un tira y afloja, el Ministro del Interior dispone que sólo se aforen los bultos que él señala. Así se hace, y la caravana que los transporta sale rauda hacia la casa presidencial en Tomás Moro. Y, claro, inmediatamente se produce el escándalo, todo el mundo opina acerca del hipotético contenido de los misteriosos bultos, y el Gobierno durante días da las explicaciones más graciosas e inverosímiles que cabe imaginar. De repente dice que son obras de artesanía, después, que son regalos personales de Fidel para Salvador, luego, que se trata de cuadros para una exposición de pintura cubana. El broche de oro lo pone el diario de gobierno, *La Nación*, al asegurar imperturbablemente que los dichosos bultos sólo contienen helados de mango, que le gustan mucho al Primer Mandatario.

Nadie erró demasiado al imaginar la verdad. El 11 de septiembre de 1973 le correspondió al Director de la Escuela Militar, coronel Nilo Floody, ocupar la residencia presidencial de Tomás Moro, e inventariar el armamento y munición que la guarnecían. El GAP había sido el destinatario del regalo cubano y ahora se hacía pública la relación del contenido de cada uno de los bultos de marras. ¿Era necesario un procedimiento tan rocambolesco para equipar –sin armas pesadas, por cierto– un contingente de no más de cien individuos encargados de la seguridad de Allende? Es verdad que el GAP no tenía sustento legal, pero de hecho coordinaba cada movimiento presidencial con Carabineros e Investigaciones. Quizás lo más sugestivo del caso sea lo que este incidente pueda enseñar acerca de la personalidad de Allende y del grupo que lo rodeaba... el demócrata de toda la vida versus el revolucionario fascinado con tantas armas en casa.



Figura 9. Fidel conversa con sacerdotes “revolucionarios” durante su viaje a Chile.

También está el episodio Santucho, que ocurre en agosto de 1972: Roberto Santucho, guerrillero argentino, jefe del Ejército Revolucionario del Pueblo, ERP, la agrupación subversiva más relacionada con las ideas de Guevara y dependiente de Cuba, pues la otra importante, los “montoneros”, se inspiraba en el peronismo.

Roberto Santucho y otros miembros de su movimiento fueron capturados y enviados al penal de Rawson, en la Patagonia, de donde pronto se fugaron a sangre y fuego (los que no lograron escapar fueron muertos de inmediato, incluso la mujer del líder). En un pueblo cercano, Trelew, les esperaba un avión comercial, secuestrado al efecto, que les trajo a Santiago de Chile. Argentina, gobernada entonces por el general Alejandro Lanusse, anunció que pediría la extradición para que estos personajes, que habían dado muerte a

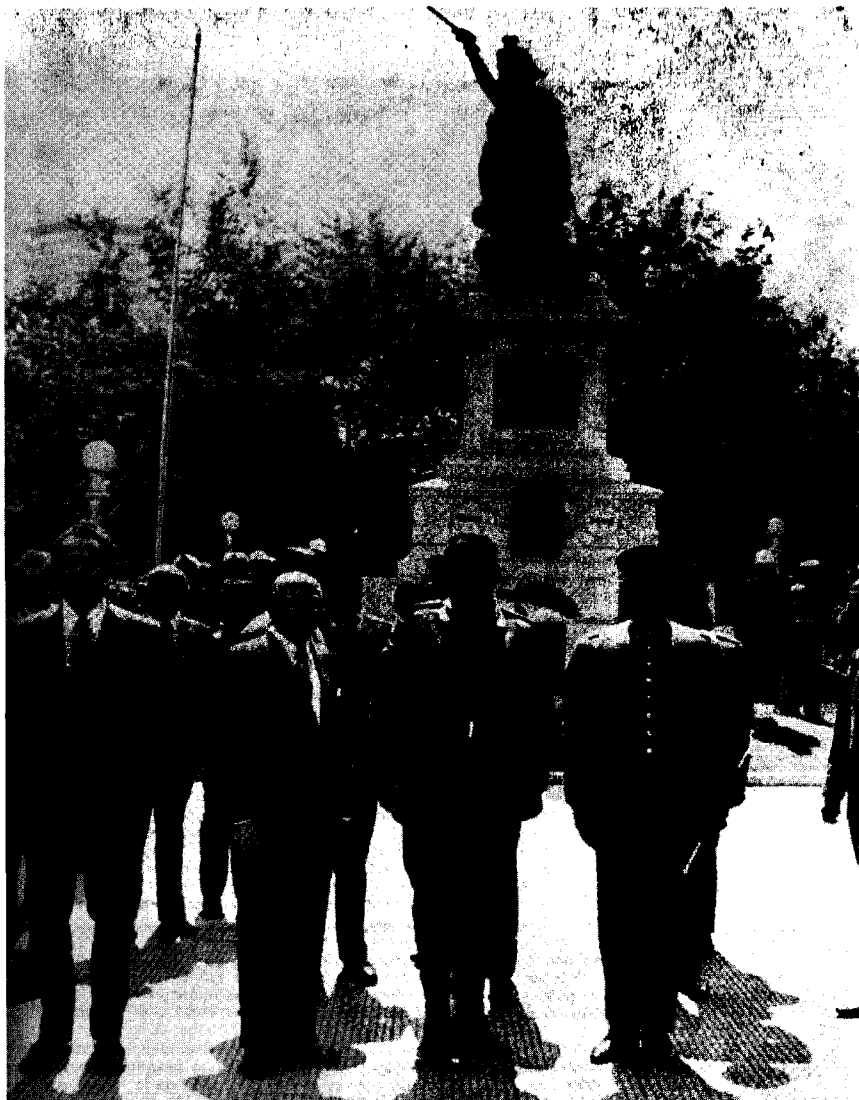


Figura 10. Fidel Castro frente al monumento a O'Higgins, a su izquierda el general Augusto Pinochet.

varios guardias del penal y cometido un acto de piratería aérea, le fuesen devueltos. La verdad es que eran muchos los títulos morales que podía exhibir el gobierno argentino para solicitar la extradición, pero correspondía que Chile retuviera a los fugados mientras se formalizaban los trámites respectivos, cuyos antecedentes los estudiaba primero el presidente de la Corte Suprema y después de ésta el pleno.

La situación es delicada y Allende pone en acción su muñeca para superarla, porque —enfrentando a la opinión técnica y políticamente razonable— todo el guevarismo exige que el Gobierno permita a los guerrilleros seguir viaje a Cuba, desde donde se anuncia que vendría un avión a recogerlos. La gente más moderada, y primero que nadie el canciller Clodomiro Almeyda, dice que no puede sino cumplirse la ley, porque de lo contrario quedaríamos mal con Argentina, y mal con una serie de países que tenían el mismo problema de los terroristas y la captura de aviones, como Brasil, etc. Todo esto se discute en un consejo de ministros, mientras se almuerza, del cual tenemos una versión. Pues, con motivo del incidente, se ha dejado caer en Santiago una nube de abogados argentinos de izquierda, solicitando que se envíe a Cuba sin más a sus representados. Uno de estos, de apellido Duhalde, asiste a este consejo de gabinete y ha dejado una versión que dice así: “en la mañana del 25 de agosto, la secretaria de Allende nos llamó a Roca —que era otro abogado— y a mí, para invitarnos a almorzar. Cuando llegamos a La Moneda nos sorprendimos porque el almuerzo era con todo el gabinete. Era una mesa larga y solemne, como todas las cenas de estas ocasiones. Allende presidía la reunión; nos dice que quiere que asistamos porque cada uno de sus ministros expondrá sobre la tesis de extradición (de Santucho y los suyos) o de encarcelamiento en Chile. Había tres alternativas: juicio de extradición, encarcelamiento y juicio en Chile o se van a Cuba. La ronda la comenzó Clodomiro Almeyda, explicando las dificultades serias que planteaba la situación para las relaciones bilaterales con Argentina y aun con el resto de los gobiernos vecinos, como Bolivia y Brasil”.

A su posición, añade Duhalde, se sumaron todos los ministros, unos veinte, con una tibia diferenciación de Radomiro Tomic, y una decidida defensa en favor de la libertad de los guerrilleros, la única,

del “secretario del tesoro, Antonio Novoa Monreal”. ¿Qué hace Tomic aquí, si nunca fue ministro de Allende? Y no hay ningún Antonio Novoa, pero sí un Eduardo Novoa Monreal, presidente del Consejo de Defensa del Estado y el más brillante jurista de la Unidad Popular. Tiene sentido, es admisible, la presencia de estos invitados, como hombres de izquierda. Cuando “la comida ya había terminado y pensamos que las cartas estaban echadas, tomó la palabra Allende y dijo: ‘Chile no es un portaaviones para que se lo use como base de operaciones. Chile es un país capitalista, con un gobierno socialista y nuestra situación es realmente difícil’. Repitió, haciéndolos propios, todos los argumentos de sus ministros. Nosotros nos hundíamos cada vez más en la silla. De pronto Allende dijo: ‘la disyuntiva está entre devolverlos o dejarlos presos’. Hubo un segundo de silencio, que Allende rompió con un puñetazo sobre la mesa. ‘Pero éste es un gobierno socialista, mierda, así es que esta noche se van para La Habana’...”. Y así se hizo. El personaje vuelve a oscilar entre un extremo y otro, esta vez en beneficio de su fibra revolucionaria.

Por último, gran parte de las cosas que pasaron en Chile se debió a lo grande que tenía la boca el MIR. Empezaron a decir los miristas que estaban infiltrando a las Fuerzas Armadas. Y cuando murió, víctima de un envenenamiento de gas Luciano Cruz, uno de los jefes más importantes del MIR, e hijo de un militar, sea dicho de paso, en el discurso funerario Miguel Enríquez dijo que el camarada Cruz estaba trabajando excelentemente en la infiltración de las Fuerzas Armadas, ése era su papel, y lástima que se hubiera muerto cuando lo hacía tan bien. La espiral de violencia que iba tomando cuerpo en el país, y estos desplantes del MIR, empezaron a ser mirados con otros ojos por los miembros de las Fuerzas Armadas, cuyos mandos observaban con alarma la constante oscilación de Allende. Para ellos, no estaba suficientemente en claro lo que pensaba el Presidente de la República, y menos aún lo que hacía el Gobierno.

Lo que pasaba tiene explicación: era un problema interno de la Unidad Popular. El sector guevarista era muy importante dentro de la Unidad Popular, y Allende en realidad estaba siendo desafiado por un ala de sus propios partidarios, pero si la enfrentaba corría el peligro de quedarse sin ella. ¿Y qué recibiría a cambio? Nada.



Figura 11. Los principales cabecillas del MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria). De izquierda a derecha: Humberto Sotomayor, Luciano Cruz Aguayo, Miguel Enríquez, Nelson Gutiérrez, Juan Bautista von Schowen y Andrés Pascal Allende.

Finalmente, el año 1971 se plantea también en toda su hondura el problema de la ilegalidad, un problema central porque pone en cuestión la gran promesa de Allende, la revolución socialista que se iba a hacer no sólo pacífica sino legalmente.

El punto era que Allende y la Unidad Popular no tenían los instrumentos legales para hacer lo que querían hacer, ni mayoría en el Congreso como para adquirir esos instrumentos legales. Este es el fondo de la crisis institucional de Chile, que terminó en el golpe militar. Nadie tenía fuerza electoral, fuerza parlamentaria ni fuerza social como para imponer su propio programa. Pero al mismo tiempo, nadie, ni la Democracia Cristiana ni la Unidad Popular ni tampoco el Partido Nacional, estaba dispuesto a transigir para generar esa

mayoría. Esta es toda la crisis chilena, por lo menos su parte política, desde el año 1950 hasta el año 1973. Los tres tercios, cada tercio con su plan, por lo menos de dos de ellos, porque el plan del último tercio, el de la derecha, vino a producirse durante el régimen militar. Pero los otros dos tercios tenían cada uno su plan, y cada uno decía: este plan es la salvación del país, pero tiene que aplicarse entero, tiene que aplicarse al momento y yo no hablo con nadie más. Yo voy a ganar el poder, voy a imponer mi plan, y no voy a preguntar nada a los otros ni voy a buscar ningún acuerdo con ellos. Por casualidades históricas, cada uno de los tercios consignó sus seis años de poder. El último sólo llegó a ocupar tres, pero cada cual tuvo su oportunidad: la Derecha con Alessandri; la Democracia Cristiana con Frei; la Unidad Popular con Allende. Y ninguno quiso ceder en nada y todos quisieron imponer su solución, nada más que la de ellos, aunque ninguno poseyera la fuerza para hacerlo.

Allende se encontró sin instrumentos para hacer lo que había prometido. No tenía instrumentos legales ni mayoría parlamentaria para adquirirlos. Tuvo que marchar por el camino oblicuo, el de los "resquicios legales". Pero el genio de la idea, Eduardo Novoa, que era un hombre muy inteligente, sabía que este procedimiento al filo de la navaja no era eterno. Hay una carta suya de 1972, dirigida a Pedro Vuscovic, que se filtró a la prensa, advirtiéndole que esto no iba a durar. Agreguemos que se pensaba ensayar —todos los sistemas de estatizar, en conjunto— con unas cien empresas, pero en definitiva quedaron estatizadas más de quinientas. ¿Por qué? Porque vino la presión de los trabajadores, impulsada por el MIR y el guevarismo en general.

Era fenomenal que lo estatizaran a uno. Pero cambió la composición de lugar. Ya no era que el Gobierno quería estatizar la empresa porque estaba en su programa, y entonces le soplaban a los trabajadores: ¡ocúpennla! Y ellos obedecían, se paraba la empresa, la requisaban, le nombraban interventor y listo, estatizada la empresa A. Ahora era al revés: los trabajadores se tomaban "espontáneamente" la empresa B, que no estaba en la lista, y en la cual los economistas de la Unidad Popular no habían pensado nunca para estatizarla, y comenzaba la presión sobre el Gobierno, que para no ser tibiamente revo-

lucionario cedía y la empresa B se incorporaba al área social. Y terminaron en esta área las empresas más estafalarias. Por ejemplo, la Fábrica de Confites Ro-Ro que producía pastillas de eucalipto y gomas dulces. Era una pequeña empresa de dos inmigrantes judíos, marido y mujer, que habían llegado a Chile huyendo de los horrores de la persecución nazi. De repente se encontraron en la vereda de su empresa, integrada al área social de la economía nacional. Nunca nadie, menos los economistas de la Unidad Popular ni sus gobernantes, había pensado que la revolución socialista necesitaba la Fábrica de Confites Ro-Ro y, sin embargo... Un bar-restaurante de Santiago, el Nogaró, también fue estatizado por este sistema.

La presión de los trabajadores en orden a incrementar la estatización, por su parte, reconocía múltiples motivos: ideológicos, desde luego, pero también conflictos con los dueños, el deseo de ser menos exigidos, o de ganar más, etc. El MIR incluía el aumento de los traspasos al área social como parte de su lucha para "acelerar y profundizar" el proceso revolucionario que desembocaría en la lucha armada.

Así, al final sumaron quinientas las empresas llevadas al "área social". Evidentemente Novoa tenía razón, y una locura así no podía durar mucho más. En un primer momento la Contraloría y los tribunales quedaron paralogizados ante este uso tan ingenioso del Decreto Ley N° 520, pero cuando empezó a cundir su uso, a aplicarse a las fábricas de confites y a los restaurantes, y en el campo a los predios cuyos patrones no querían vender los inventarios a la CORA, la Contraloría se cansó, y dijo que había un ilícito penal en el origen del asunto: la ocupación ilegal. Empezó a devolver los decretos de requisición, y el gobierno tuvo que imponerlos mediante decretos de insistencia (cuando la Contraloría rechazaba un decreto por ilegal, el Presidente podía imponer su voluntad sobre el órgano fiscalizador, en un decreto firmado por él y por todos los ministros de Estado. Ya no existen los decretos de insistencia, entre otras razones porque el abuso de este mecanismo lo convirtió en algo poco serio).

De otra parte, los dueños así expropiados reclamaron su derecho de propiedad a los tribunales, afirmándose en el criterio de la

Contraloría, en la existencia de un ilícito legal. Y algunos tribunales comenzaron a ordenar devolver los fondos, las fábricas y los comercios con apoyo de la fuerza pública si fuese necesario. El Gobierno, a través de las Intendencias y las Gobernaciones, negó la fuerza pública. Y eso ya era completamente ilegal. Así, a fines del año 1971 comienza a disolverse la legalidad.

Así, entramos al año 1972, el segundo año de la Unidad Popular, con una revolución en apuros. Como se ha visto, tres son los problemas gravísimos para la Unidad Popular: la unión de la oposición, la violencia, que aumenta extraordinariamente, y el ocaso de la legalidad en los procedimientos.

#### IV. ITINERARIO DE UN FRACASO

Si pudiéramos calificar con una sola palabra cada uno de los diversos años de la Unidad Popular, diríamos que 1971, el primer año, es el del triunfalismo; 1972 es el del desastre y 1973, que no alcanza a completarse, es el del desenlace.

El año 1972 es una catástrofe económica y las cifras lo indican en forma muy elocuente, pero no en toda su dimensión. En efecto, el año termina con una inflación de 260,5%, hasta ese momento la mayor en la Historia de Chile; un crecimiento del PGB cero; una caída de los salarios reales del 16,6%; un déficit de la balanza comercial de 253 millones de dólares –había sido de 16 millones de dólares el año anterior–; y un déficit del sector público del 25% del gasto, esto es, diez puntos por sobre el año precedente. Pero estas cifras, con ser tan atroces, no son un cuadro suficientemente pesimista de lo que estaba sucediendo, porque todo lo malo iba creciendo. La estadística de 1972 era el promedio del año, pero la estructura empeoraba aceleradamente cada mes.

La economía responde en alto grado a la confianza o temor que inspira el futuro a los agentes económicos. Este factor subjetivo no puede dejar de ser tenido en cuenta. Pero dicha sensación se apoyaba, el año 1971, en elementos objetivos: en primer lugar, el sistema económico ya había recibido el impacto de la gigantesca emisión de 1971, que duplicó la oferta de dinero, y ésta continuó creciendo en 1972. La emisión monetaria es de fantasía durante la Unidad Popular: al caer, el circulante se había multiplicado 22 veces.

Enseguida, como nunca las desgracias vienen solas, el precio del cobre empezó un período recesivo. El precio de todos los metales es cíclico y durante la administración Frei Montalva, aquel precio ha-

bía batido un récord, llegando a valer dos dólares la libra; dólares de hace 35 años. Los únicos que no sabemos que este precio es cíclico somos los chilenos, que siempre estamos calculando el presupuesto nacional y gastando confiados en que va a subir. El hecho es que el ciclo del buen precio del cobre terminó el año 1970 y empezó a bajar.

El peso del área social fue otra mochila sobrecargada innecesariamente. Como se recordará, la Unidad Popular partió con la idea de estatizar 91 empresas, pero ya a fines de 1972 iban más de quinientas.

Así, lo primero que pasó con el área social es que se infló cinco veces más allá de lo que el programa de la Unidad Popular había contemplado. Esto se hizo mucho más grave todavía al sobrevenir un hecho decisivo en la evolución de esta crisis, el “paro de octubre”, que lo hicieron los gremios patronales contra el Gobierno. Incluyó a numerosas fábricas y grandes comercios. Entonces los trabajadores, con el pretexto de que estas industrias y comercios se habían adherido al paro, las ocuparon, las paralizaron y forzaron su requisición e intervención.

Por si no fuera suficientemente grave la falta de sistema en la configuración del área social, las empresas que caían en esta bolsa se administraban muy mal. Desde luego, porque siempre es difícil administrar bien lo que carece de un dueño concreto, visible.

La Unidad Popular había presupuestado un período inicial de mala administración, con pérdidas, pero de cien empresas, no de quinientas. Y, además, a las quinientas había que agregarles los millones de hectáreas expropiadas y la Gran Minería del Cobre. Todo esto era muy difícil, casi imposible, de asimilar tan rápido. Se manejó mal, pero no sólo eso, sino que se manejó peor de lo que se había presupuestado. ¿Y por qué? Porque dentro de las empresas empezó una gran pugna doctrinaria, entre los guevaristas y los moderados. El MIR, el Partido Socialista, el MAPU de Garretón y la Izquierda Cristiana por un lado y, por el otro, los comunistas, los radicales, Tarud y el MAPU Obrero Campesino de Gazmuri, porque cada uno de estos grupos tenía una concepción distinta de cómo debían administrarse las empresas del área social.

Los guevaristas querían que las administraran los trabajadores y que el Estado sólo jugara un papel de coordinación y de apoyo, pero muy general; especialmente que proporcionara dinero cuando faltase, pero que no se metiera en el manejo mismo de las empresas. En cambio, los comunistas, incluidos los que hemos llamado “moderados”, que seguían las aguas de los comunistas, querían un área social al estilo del socialismo soviético, del socialismo de los países satélites, los llamados “socialismos reales”, o sea, un área social estrictamente planificada y controlada centralmente por el Estado. Esta pugna fue imposible de solucionar porque los moderados, que era el gobierno propiamente dicho, tenían el control de la bolsa, de los dineros, pero los guevaristas tenían el control de los trabajadores. Y en la pugna lo que padeció, por supuesto, fue la empresa.

¿Qué pasó entonces? Que el área social sufrió grandes pérdidas, mucho más allá de las esperadas y, adicionalmente, requeriría enormes cantidades de capital de explotación, mucho más allá de las que se habían presupuestado. Todo esto fue proporcionado a manos llenas con préstamos del Banco Central... emisión, la cual, por supuesto, también contribuyó a intensificar el desbocado proceso inflacionario.

Fácil es comprender que los resultados de una economía totalmente fuera de control debieran traducirse en una crisis social de proporciones, en un impacto sobre la vida cotidiana de las personas, no sólo sobre la retórica política, que siempre es más o menos inofensiva.

Así, en 1972 el énfasis de la lucha contra la Unidad Popular pasó de los partidos políticos de oposición a los gremios de oposición. ¿Por qué? Porque esos partidos fracasaron en sus intentos por frenar a Allende. No tenían fuerza para destituirlo mediante una acusación constitucional, no tenían armas eficaces para detener por vía administrativa lo que estaba haciendo la Unidad Popular, y su único recurso, que era parlamentario: acusar y destituir a los ministros en el Congreso, empezó a mellarse, porque se usó numerosísimas veces y no tuvo ningún efecto práctico. Por ejemplo, el ministro destituido era designado, a veces inmediatamente, como haciendo escarnio, en otro ministerio, lo cual constitucionalmente no estaba prohibido.

Otras ocasiones Allende dispuso el “enroque” de ministros, etc. El hecho es que la acusación constitucional no significaba nada.

En suma, la institucionalidad política del Estado no contemplaba mecanismos para hacer frente a una situación de esta índole. El constituyente de 1925 no había imaginado la posibilidad de un gobierno revolucionario, pero al mismo tiempo incapaz de conducir el proceso revolucionario. Junto a una oposición mayoritaria, pero no lo bastante para imponerse.

Entonces, el peso de la oposición fue pasando a los gremios empresariales: la Sociedad Nacional de Agricultura, la Sociedad de Fomento Fabril, la Cámara Central de Comercio y la Confederación Nacional de la Producción y el Comercio, que las agrupaba a todas. Pero tan ilustres instituciones para botar gobiernos eran completamente inútiles. A pesar de lo que suele afirmar la izquierda, no fueron concebidas con ese propósito.

Sin embargo, aparecieron dos gremios distintos, dos gremios que no se reunían a almorzar en el Club de Golf ni en el Club de la Unión: los camioneros y los comerciantes minoristas. Los camioneros, que encabezaba un dirigente muy arrebatado, muy audaz, León Vilarín, y los comerciantes minoristas que encabezaba Rafael Cumsille. Estos gremios de batalla, integrados por miles de pequeños empresarios, con un almacén, o con un camión, o con dos camiones o diez camiones, unidos a los grandes gremios patronales, se transformaron en una fuerza, esa sí que formidable, de oposición a Allende. Podían paralizar al país.

Este fue el último gran factor económico de 1972, negativo para el régimen de la Unidad Popular: el paro patronal. Comenzó alrededor de agosto, con los comerciantes, los primeros beneficiados el año anterior por el exceso de circulante, pero también los primeros afectados por una espiral inflacionaria, que les impedía reponer su mercadería y los amenazaba con el racionamiento, las “colas” y los controles. Llegó un momento, paradójico, en que el peor negocio de un pequeño comerciante era vender. En octubre la situación se hizo insostenible. Primero pararon los transportistas y los comerciantes, pero muy pronto se les fue sumando toda clase de gente que tenía algo que reclamar contra la Unidad Popular: estudiantes; em-

picados bancarios; sectores de empleados públicos; profesionales; ingenieros, abogados, médicos. En octubre sí que los opositores consiguieron paralizar al país. Técnicamente, este paro marca el fin del programa político, social y económico de la Unidad Popular. Perdió la iniciativa, bregaría desesperadamente por sostenerse, pero ya sin una estrategia capaz de orientar el conjunto de su acción.

En este escenario se produce la divisoria de aguas definitiva en las “fuerzas populares”. Los guevaristas ven como única solución “arrancar hacia delante”, según se suele decir, acelerando el proceso revolucionario para alcanzar un punto a partir del cual fuese irreversible. El sector más institucional, con Allende a la cabeza, decide apoyarse en las Fuerzas Armadas, incorporándolas al gobierno como factor estabilizador. Aquí aparece un personaje que no ha sido suficientemente considerado en su importancia, de enorme trascendencia para lo que va a suceder, muy poco estudiado y misterioso, que es el general Carlos Prats González, Comandante en Jefe del Ejército.

El general Prats merece, por supuesto, todo el respeto que uno puede tenerle a su persona y a la dignidad del cargo que desempeñó. Al igual que Pinochet –aunque con mayor brillo– se trata de un oficial que hizo una carrera basada exclusivamente en sus méritos, sin ningún apoyo ajeno al mundo militar, ni político ni religioso. Tampoco fue masón. Su familia era de provincia, lo que explica que careciera de contactos influyentes. Oficial de artillería, logró los primeros lugares en todos los cursos a lo largo de la carrera. Era, pues, un hombre de enorme prestigio al interior del Ejército, tanto por sus dotes de mando como intelectuales, de manera que a nadie sorprendió que en cada grado ocupara los cargos de mayor responsabilidad.

Sería nombrado Comandante en Jefe del Ejército por Eduardo Frei, con el consentimiento de Allende, cuando fuera asesinado el general Schneider. Prats se desempeñaba en ese momento como Jefe del Estado Mayor de la Defensa Nacional y era el colaborador más cercano de Schneider, aunque formalmente no dependía de él, sino directamente del Ministro de Defensa. Lo significativo e importante del caso Prats es que, después de cuarenta años de servicio netamente militar, entre 1972 y 1973 desarrolla una carrera política; o sea, Prats



junto con ser Comandante en Jefe del Ejército pasa a ser una figura política. Es un proceso bien misterioso, extraño, porque a veces da la impresión de que él no se diera cuenta de que había dejado de ser exclusivamente un hombre de armas, y había pasado a ser un general con gravitación política. Pero eso no es exacto. Hay que desentrañar lo que pensaba Prats en política para comprenderlo.

Es muy difícil proporcionar su perfil con cierto detalle, porque no es un político, estrictamente hablando. Si, por ejemplo, se describe a Jorge Alessandri como político, aunque no haya sido su interés cotidiano a lo largo de toda la vida, de hecho tiene una larga carrera política abierta, y de ella se pueden ir tomando los elementos para describirlo desde esa perspectiva. Pero no es el caso del general Prats. Él decía que no era político ni actuaba como tal, pero en el fondo, quizás sin darse cuenta, sí lo era y actuaba en concordancia. Hasta cierto punto es de la naturaleza de las cosas que la jefatura castrense tenga siempre ribetes políticos, dado que la superior función militar es eminentemente de ese carácter. Pero en las circunstancias en que correspondió a Prats mandar al Ejército fue inevitable que jugara un rol político más visible, por decirlo de alguna manera.

Tiene interés, en consecuencia, saber que hasta 1970 pertenecía ideológicamente a una línea política de centro-izquierda, muy cercana a la Democracia Cristiana, con un gran rechazo hacia la derecha y un gran rechazo hacia los partidos marxista-leninistas. Eso está bastante claro en un documento que publica el mismo Prats en sus memorias, un análisis de la situación política de 1969, que realiza a petición de los Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas y en su calidad de Jefe del Estado Mayor de la Defensa Nacional.

Esta apreciación es aprobada sin que al parecer los destinatarios adviertan sus proyecciones, y la elevan sin más al Ministro de Defensa de Frei, Sergio Ossa. El mismo Prats cuenta que Sergio Ossa, tras leer el informe, levantó la vista y se lo quedó mirando.

¿Qué dice este informe? Señala que los últimos cinco años el gobierno demócratacristiano ha logrado, sin alterar la constitucionalidad, los siguientes grandes objetivos socioeconómicos: romper el estancamiento económico del país, mejorar la distribución del ingreso y de la riqueza, organizar el pueblo y ensanchar su educa-

ción. Tales logros han traído un efecto psicológico nuevo en Chile, a saber, el ansia de los aún postergados por ascender con suma rapidez a más altos niveles de consideración y bienestar. Como el tope de este ascenso está en la débil expansión del volumen de bienes y servicios con que cuenta el país, hay pánico entre los aún privilegiados ante la perspectiva de ser despojados de sus prerrogativas, lo que ha generado una "guerrilla politiquera", laboral y estudiantil, en la que los sectores políticos extremos han puesto en agitación todos los factores que perturban el orden económico y la paz social, para cercar al Gobierno y cortar los caminos de continuidad y desarrollo. Después, viene un pronóstico aproximado del cómputo electoral de los potenciales políticos, y predice lo que pasará en las elecciones presidenciales de 1970: Derecha seiscientos cincuenta mil votos; Centro-Izquierda –Democracia Cristiana y otros– ochocientos mil; Unidad Popular, un millón doscientos cincuenta mil; quedan otros ochocientos mil o indiferentes. Su conclusión es, pues, Alessandri 35%, Tomic 27%, Unidad Popular, cuyo candidato no había sido nominado aún, 38%. Exactamente lo que de hecho sucedería. Quizás el Ministro Ossa se sorprende al enterarse del conocimiento que Prats tiene de la realidad interna del país –cuando personas e instituciones de ordinario solventes andaban muy perdidas–, aunque lo verdaderamente notable era que dicho informe avance opiniones bastante agudas. Según el Estado Mayor de la Defensa el destino inmediato de Chile oscila entre la continuidad de la democracia imperante, la amenaza de una eventual guerra civil o la entronización de un régimen marxista con un previsible conflicto bélico internacional. Este escenario exige una suprema solución política, que implica una definición antes de que venza el plazo legal de inscripción de las candidaturas, a fin de garantizar al país que siga su democracia representativa, dando acceso legal a un gobierno pluripartidista, de efectiva avanzada social.

El futuro gobierno –continúa– debe ser capaz de salvaguardar el progreso moral y social ya logrado por la Democracia Cristiana y asegurar nuevas transformaciones políticas, económicas y sociales aún más profundas, pero sin dar margen a la penetración del marxismo a las fuentes del poder.

En el fondo, estaba diciendo que antes de que se cerraran las inscripciones electorales había que retirar la postulación Tomic, buscando una alianza que no podía ser de derecha, porque imposibilitaría llevar a cabo las nuevas transformaciones, pero que tampoco podía ser encabezada por un marxista-leninista.

El general Prats tenía ideas políticas claras, y las expresaba en forma discreta, sin intervenir en la política contingente, pero estaba diciéndole al gobierno, a través de los comandantes en jefe y vía ministro de Defensa, qué es lo que se debía hacer.

¿Qué le pasa a Prats cuando desde 1970 le corresponde ejercer el mando supremo de la institución militar decisiva? Sigue pensando lo mismo, sigue pensando en una combinación de centro-izquierda, sigue excluyendo absolutamente a la derecha, pero el contacto con Allende y la UP le haría perder el temor al marxismo-leninismo, y su nueva fórmula política sería la colaboración Democracia Cristiana-Unidad Popular. Se empeñará intensamente en esa dirección como ministro y después de ser ministro. Se transformará en un político negando serlo, quizás –no tenemos motivo para suponer que sea de otra forma– de entera buena fe, porque todo el mundo iba arrastrado en esta especie de torbellino que fueron los mil días de la Unidad Popular. Pero, en el fondo, Prats está tratando de conseguir el acuerdo de la Democracia Cristiana y la Unidad Popular.

Ahora, ¿por qué pierde la desconfianza al marxismo-leninismo? Es una cosa bien difícil de entender en la mentalidad militar. Ellos tienen una larga tradición anticomunista, antimarxista.

Peró Prats, que en 1969 seguía esa misma línea, la ha variado. Tal vez porque estima que la Unidad Popular ha llegado a ser una fuerza tan poderosa que es imposible prescindir de ella; quizás porque el contacto diario como ministro y como responsable del Ejército con Allende y otros personeros de gobierno, lo va llevando a mirarlos con mejores ojos, cosa que también suele suceder.

Desde luego Allende se preocupó de envolver y de seducir a Prats y éste terminó admirándolo profundamente. Hay muchos trozos de sus memorias en que se expresa con mucho afecto de Salvador Allende.

Es posible que Allende también le insinuara la posibilidad de que fuera su sucesor, de que Prats fuera presidente en 1976. Y no sólo es

posible, sino que es probable que Allende creyera efectivamente eso, que era una buena solución que al término de su presidencia Prats afianzara con estabilidad la marcha de la transformación socialista. Esto tiene un rastro en las memorias sobre Chile del asesor estratégico de Allende, el español Joan Garcés, el mismo que décadas más tarde se hizo famoso como perseguidor internacional de Pinochet. Según Garcés, cuando cayó Prats, Allende le dijo que era un hombre quebrado nerviosamente y que en ese estado no podía continuar desempeñando el cargo. Pero, agregaba, es preciso sacarlo al lado para que se recupere emocionalmente, porque se hablará del general Prats en el futuro. Es decir, cuando parecía no tener futuro alguno, Allende preveía para él un rol importante.

No nos cabe saber si Allende sinceramente vio en Prats a su sucesor, como tampoco conocer hasta qué punto lo comprometió. Pero de lo que no hay duda es que Carlos Prats llegó a tener una profunda amistad y una gran admiración por Allende. También por otros jefes de la Unidad Popular, curiosamente los más odiados por la Derecha, como ser el Subsecretario del Interior, Daniel Vergara; el Intendente de Santiago, Jaime Faivovich, que era un extremista muy arrebatado, etc. Asimismo se desarrolló una relación de confianza entre Prats y un joven del MAPU con fama de inteligente, Fernando Flores, Ministro de Economía que podía decir, como Lastarria, “tengo talento y lo luzco”. Flores había anunciado por cadena de radio y televisión, con una prepotencia que mereció críticas gubernamentales, lo que constituía para todos los adversarios de la Unidad Popular uno de sus más terribles temores: el racionamiento de alimentos, es decir, pensaban, el control de la población a través del estómago.

Prats estimaba tanto a Flores que cuando se despide por carta del general Pinochet, agradeciéndole que le haya permitido salir del país, al final de la misiva le recomienda a Fernando Flores, una persona a su juicio muy valiosa y bienintencionada, para que Pinochet se preocupe de que no le pase nada...

A la verdad, el general Prats creó muchos amigos en la cúpula de la Unidad Popular, simpatizó con un tipo de personas que antes no conocía y esto es una consecuencia muy humana en las relaciones de trabajo. No lo es tanto ir absorbiendo las ideas políticas de la gen-

te cercana. Prats fue sin duda imprudente al olvidar que un jefe militar siempre debe guardar distancia del núcleo propiamente político del gobierno al cual sirve. En rigor, nunca debiera haber disminuido su legítima libertad de acción, máxime en las circunstancias de entonces. Esto lo sabe cualquier oficial, por lo que no deja de ser extraño que Prats llegara a estar tan íntimamente envuelto en el círculo de Allende. Al parecer, la composición de lugar que se hizo y mantuvo hasta el final fue que Allende había sido elegido regularmente y por ende tenía derecho a realizar el programa que lo había llevado al poder, y que mientras no se saliera de la Constitución y de las leyes, el Ejército y en general las Fuerzas Armadas no debían tener motivos para intervenir. Las acusaciones y disputas entre los políticos civiles debían resolverlas ellos por los medios del caso, que no eran, desde luego, la utilización de las Fuerzas Armadas.

Una composición de lugar en la práctica muy difícil de mantener, ser un soldado con funciones políticas dentro del régimen de la Unidad Popular. Ello producía graves contradicciones internas. Por ejemplo, el empleo de la fuerza pública. Ya se ha dicho que los tribunales habían empezado a rechazar, con el respaldo de la Contraloría, que las requisiciones e intervenciones decretadas a raíz de ocupaciones ilegales de predios, industrias o comercios fueran lícitas, y si no eran lícitas no eran válidas, y si no eran válidas se estaba ante un fundo o una fábrica o un comercio ocupados ilegalmente y, por consiguiente, debía devolverse al dueño su propiedad. Previa esta decisión, el juez oficiaba a la autoridad política para que proporcionara la fuerza pública a fin de respaldar se restituyera el inmueble respectivo.

Un militar, como tal, no dudaría en obedecer al juez. Pero en cuanto Ministro del Interior debería actuar según el criterio del Jefe del Ejecutivo, y dejar el cargo si este criterio le pareciera moralmente inaceptable. Allende no tenía intención alguna de entregar la conducción del proceso político a la justicia, y logró que el ministro Prats firmara, en enero de 1973, una circular secreta autorizando no otorgar fuerza pública cuando su empleo pudiera surtir ese tipo de consecuencias. Cubrió así con su prestigio de soldado una orden cuya intencionalidad política, y en rigor revolucionaria, era innegable.

Tampoco es que Carlos Prats se declarara abiertamente partidario de la Unidad Popular; más bien oscilaba con una suerte de esquizofrenia, comportándose a veces como militar y otras como ministro político. Por ejemplo, el caso de dos diarios que había ocupado el MIR, *El Sur* de Concepción y *La Mañana* de Talca. Los requisaron y los intervinieron, pero la Corte Suprema declaró que esto era constitucionalmente imposible, porque violaba la libertad de expresión. Fue uno de los buenos efectos del "estatuto de garantías" exigido por la Democracia Cristiana para elegir a Allende, en 1970. Prats obligó a que se devolvieran esos diarios, con lo que se aseguraron dificultades terribles con el MIR. Lo mismo pasó con los decretos de insistencia, y todos los oficiales que ocuparon alguna cartera se negaron a firmarlos. En suma, Prats a veces imponía la legalidad a rajatabla, y en otras ocasiones la pasaba a llevar por la necesidad de actuar políticamente, como Ministro del Interior de un gobierno muy especial, cuya naturaleza, programa y estrategia suscitaban la desconfianza de amplios e influyentes sectores del país.

Como se verá, la misteriosa personalidad de este hombre tenía por preocupación central evitar la guerra civil. Era su obsesión. Percibía claramente que mientras las Fuerzas Armadas conservaran la unidad no habría posibilidad alguna de un enfrentamiento de ese tipo; pero como Ministro del Interior o de Defensa —las dos carteras que ocupó— bregaría con sectores de gobierno y de oposición que sí estaban dispuestos a correr ese riesgo con tal de definir de una buena vez la victoria. Pero ahí también aparecen las ideas políticas. Hizo esfuerzos enormes por unir a la Democracia Cristiana con la Unidad Popular, pero prescindía absolutamente de la Derecha, lo que no parece razonable. Ésa ya no era la actitud de un militar que quiere impedir la guerra civil a toda costa, sino la de un político que quiere hacerlo con una determinada fórmula de ese tipo, y rechazaba otras. Pues el general Prats odiaba absolutamente a la Derecha, lo que es comprensible en un dirigente revolucionario, pero incomprensible en un jefe militar de carrera. Por este odio cerval, dejó fuera de las posibilidades de contribuir a un arreglo cívico a la Derecha, que mal que mal representaba el veinte por ciento de los votos y el veinticinco por ciento de los parlamentarios. Pero no la podía ver, simple-

mente. Por ejemplo, hace en sus memorias una referencia al general Bravo, comandante de la IIª división y de la guarnición de la capital, quien, por consiguiente, cada vez que había una agitación grande en Santiago era el jefe de la zona de emergencia. Prats, habitualmente muy medido, habla con desprecio del temor reverencial que le guarda Bravo a la solemne vaciedad de la oligarquía. En una frase así, se ve el odio hacia un partido y una clase social. Era un hombre que estaba animado de fuertes sentimientos contra lo que él llamaba oligarquía.

Estaba, de tal modo, como baldado para desempeñar el rol de árbitro que se esperaba de él. Le sucedía lo mismo que al cardenal Raúl Silva, quien también propició un diálogo, pero un diálogo ineficaz, porque no abarcaba a todos los participantes de la política regular —para distinguirla de la guevarista—, sino otra vez prescindiendo de la Derecha, que controlaba los gremios patronales. Si se quería un ambiente de pacificación, no se podía excluir a ninguna fuerza política no revolucionaria dotada de representatividad. Pero como el Cardenal era también un hombre de fuertes pasiones políticas, ni aún en esos momentos, agosto de 1973, se le pasó por la cabeza que correspondiera intentar un diálogo entre la Unidad Popular, el Partido Nacional y la Democracia Cristiana... los tres tercios de un país que estaba a punto de caer al abismo.

El efecto de este comportamiento fue catastrófico al interior del Ejército. Poco a poco el alto mando se fue distanciando de su comandante. Y llegó el momento en que quedó aislado arriba. Les decía a los generales que no podían intervenir en política, pero los generales estaban viendo que él sí estaba interviniendo en política. Los generales insistían en hablar de esto con él en los Consejos y él decía que no, que no se hablaba más que de materias profesionales. Se perdió la confianza y, por tanto, la comunicación.

Eso también tendría importancia futura, porque si Prats hubiera compartido con sus generales lo que estaba haciendo en su rol político, hubiera sabido lo que ellos pensaban, ellos lo podrían haber influido y él los podría haber influido a ellos, pero, en cambio, se aisló completamente y se fue desprestigiando frente al cuadro de oficiales. Porque la marea de ataques contra Prats, que venía de la

Derecha por supuesto, y también de los rangos bajos del Ejército, debido a razones familiares y económicas, llegaba hasta los generales y los generales no tenían ninguna explicación del mismo Prats. Así se fue acentuando la ruptura entre el Comandante en Jefe y sus colaboradores inmediatos. Como se señaló, varias veces le pidieron hablar estas situaciones tan graves en el Consejo de Generales y él no quiso. Le pidieron permiso para ir directamente a hablar con Allende, se los negó. El general Bonilla, en uno de los Consejos de Generales, preguntó si no era el papel del Ejército intervenir ante el Gobierno para que se respetara la ley. Prats respondería que no, que eso no le correspondía al Ejército, que eso era actuar en política y le estaba prohibido al Ejército. Pero él estaba todo el tiempo, con muy buena fe y mejores intenciones, desarrollando una fuerte actividad política.

En la base, había algo que no estaba escrito en ninguna parte: la "doctrina Schneider". Prats sostenía que su comportamiento se ajustaba estrictamente a ella, en cuya virtud al Ejército no le competía rol político alguno. Pero la doctrina así denominada por quien la expresó en 1970, el general René Schneider, no expresaba exactamente eso, y el alto mando y el cuerpo de oficiales lo sabía perfectamente. Lo que ocurre es que a mediados de ese año, en un escenario nacional tensionado por unas elecciones presidenciales cuyo resultado se preveía no sólo incierto sino cargado de consecuencias mucho más importantes que las propias de un cambio de inquilino en La Moneda, el general mencionado, entonces Comandante en Jefe del Ejército, estimó necesario explicitar a un Consejo de Generales que, mirando hacia el futuro inmediato, y dado que no eran pocos quienes estimaban que las Fuerzas Armadas eran una alternativa política, no se debía olvidar que el ordenamiento institucional del Estado fijaba la forma y manera de acceder al poder. En las definiciones constitucionales no se contemplaba a las Fuerzas Armadas como una opción de poder y, por el contrario, ellas eran designadas garantes del funcionamiento del sistema, para cuyos efectos disponían de mandos apolíticos, precisamente para no implicarse en la contienda política sino accionar de árbitros en el cumplimiento de los preceptos legales.

En consecuencia –concluía Schneider– hacer uso de las armas para asignarse una opción implica una conducta impropia, incompatible con el honor y la disciplina militar. La única limitación a este pensamiento legalista está en la eventualidad de que sean “los poderes del Estado quienes abandonen su propia posición legal, caso en el cual, dado que las Fuerzas Armadas se deben a la nación que es lo sustancial y permanente, más que al Estado que constituye lo accidental y temporal, ellas quedan en libertad para resolver una situación absolutamente anormal y que sale de los marcos jurídicos en que se sustenta la conducción del país”.

Esto último, el colofón, se suele olvidar, pero si de hecho se había llegado o no a esa situación era precisamente lo que los generales querían discutir con Prats y a lo que éste se negaba obstinadamente, opinando y actuando por su sola cuenta, sin embargo, en política.

Hay un incidente muy curioso entre Prats y Pinochet. El general Pinochet era el segundo hombre del Ejército, y hombre de la absoluta confianza de Prats, a quien subrogaba legalmente cada vez que éste asumía una responsabilidad de gobierno. En un momento le dice a Prats que toda esta faramalla del MIR y su poder militar y el poder popular no es nada. Esa gente, le dice, no nos aguanta “ni una crujida”. Entonces Prats se enfurece y le dice “así que tú también estás con el golpecito”. Le cerraba todo camino a opinar sobre la cuestión política, pero al mismo tiempo él estaba metido en la cuestión política. Esto, como se ha dicho, lo fue aislando completamente de la institución, primero de sus generales y luego del personal.

A mediados de 1973 sólo le seguían irrestrictamente los generales Pinochet, Urbina, Pickering y Sepúlveda. Pero estos y los demás generales no estaban dispuestos a aceptar ni arriesgar una guerra civil. Eso es muy importante, porque es la explicación de cómo van marchando las cosas hacia la intervención militar. Todos los generales eran constitucionalistas, pero si la alternativa era la guerra civil, preferían el golpe institucional... hacerlo o a lo menos dejarlo hacer. Eso se lo dijo el mismo Prats a Allende, dos o tres días antes del 11 de septiembre.

Prats entró a la política contingente al presidir el gabinete que puso término al paro de octubre, en 1972, desempeñándose como Ministro del Interior hasta marzo de 1973, y garantizando con su

presencia y la de otro oficial general de cada una de las ramas de la defensa, la pureza de las elecciones parlamentarias de la última fecha indicada. El hombre poderoso del gabinete era Prats.

Ese gabinete, por supuesto, hizo algunas cosas buenas. Impidió que la gente se matara en las calles, porque la población había llegado a un nivel de confrontación insostenible; y puso término al “paro de octubre”, con muchas huellas, colas y venganzas, pero restableciendo el orden y cumpliendo el objetivo de llegar en condiciones de normalidad a las elecciones parlamentarias de marzo de 1973. En el resultado de estas elecciones la oposición tenía puestas todas sus esperanzas. Si obtenía los dos tercios de la Cámara y del Senado podría acusar constitucionalmente y destituir a Allende, lo que haría innecesaria la intervención militar. En ese ánimo se enfrentaron ambos bloques. El registro electoral determinó que se podían formar confederaciones de partidos, llevando cada cual una lista común, de modo de no desperdiciar votos. Entonces toda la oposición, que eran los nacionales, los demócratacristianos y algunos grupos menores se organizó en la Confederación de la Democracia, mientras por su parte la Unidad Popular se presentó como tal.

Como se esperaba, la Confederación ganó en votos y en parlamentarios, obteniendo el 57% de los sufragios. En un sistema parlamentario, esos resultados habrían aplastado a la coalición de gobierno y forzado su salida, pero en el sistema presidencial chileno eran insuficientes para obligar a una rectificación política. Y desde ese momento hasta el día antes del golpe, como cuenta Pedro Ibáñez en una carta privada que ha circulado, los nacionales trataron de convencer a los demócratacristianos a fin de que el Congreso declarase que Allende estaba impedido para ejercer su cargo, apoyando su tesis en una disposición constitucional pensada para caso de enfermedad grave, etc., y que no necesitaba una mayoría especial. El Congreso podía declarar que el impedimento era de tal entidad que debía procederse a una nueva elección. La maniobra de los nacionales era una “leguleyada”, por cierto, pero el solo hecho de haberla impulsado muestra cómo estaban los ánimos.

Así se fueron cerrando las puertas a las soluciones pacíficas del conflicto, o por lo menos legales. Una solución legal hubiera sido la

destitución de Allende, pero, como se ha dicho, ese camino fue intransitable desde marzo del año 1973. Una solución de fuerza hubiera sido que los gremios patronales y profesionales hubieran logrado hacer ingobernable el país, forzando a Allende a renunciar, como lo había hecho Ibáñez en 1931, pero Allende no estaba dispuesto a cejar y se apoyó en un gabinete militar precisamente para evitar la caída.

En suma, la oposición carecía de armas contra Allende, pero el Gobierno tampoco tenía fuerza para seguir gobernando, porque no obtenía ningún concierto político, ni lograba comprometer definitivamente a las Fuerzas Armadas con el cumplimiento del programa del régimen.

Entre fines de 1972 y el 10 de septiembre de 1973 Allende ensayó tres soluciones para superar la crisis y hacer gobernable un país profundamente dividido en lo político y arruinado económicamente: entenderse con la Democracia Cristiana, oficializar la participación militar en una especie de cogobierno o apelar a un plebiscito, que fue el arma final y desesperada del Mandatario. En la realidad, ninguna de estas posibilidades funcionó y la intervención militar se hizo inevitable.

Resta explicar la forma como Allende trató de salir de la crisis, los medios que ensayó para ello y por qué esos medios fracasaron. También habrá que señalar, después, por qué las Fuerzas Armadas decidieron intervenir, prescindir de los civiles y aplicar su propia solución.

Hay que fijarse en estos dos temas, hay una palabra o un concepto clave, que es la palabra crisis. ¿De qué crisis estamos hablando? Estamos hablando, en verdad, de dos crisis. La primera es puntual, aunque gravísima: la de Allende, la Unidad Popular y su régimen, y se plantea a fines de 1972.

En qué consiste esta primera crisis. En que simplemente el país se ha hecho ingobernable. Se les ha hecho políticamente ingobernable —además del caos económico, el cual obviamente contribuye al fenómeno— a Allende y a la Unidad Popular. ¿En qué consiste este fenómeno, esta ingobernabilidad, cuáles son sus elementos? En primer lugar, el país está polarizado en dos bloques: gobierno-oposi-

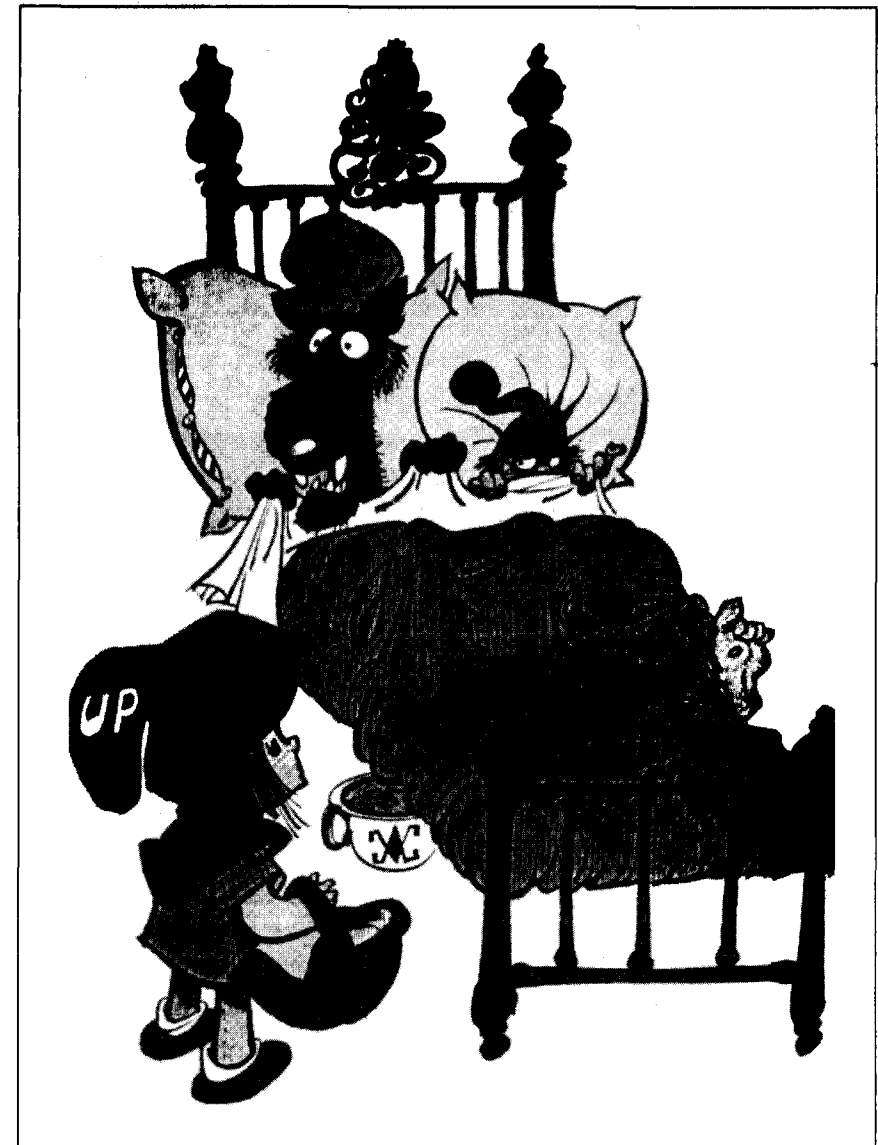


Figura 12. “La abuelita ... acérquese Caperucita, yo le ayudaré a llegar al socialismo”.

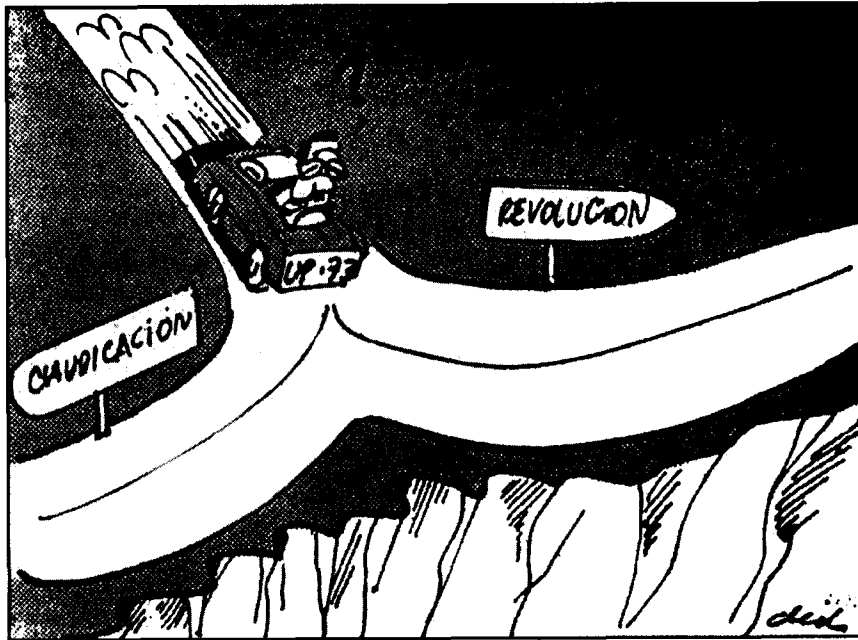


Figura 13. "Dos caminos", por Click. 1973.

ción, absolutamente separados y sin ninguna fuerza intermedia. Segundo, estos bloques se odian y el odio se traduce en la espantosa violencia de la prensa, de la radio, de la televisión. En tercer lugar, este odio, además, produce violencia callejera, violencia pública, creciente. En cuarto lugar, aumentan las milicias armadas de todos los colores, los pequeños ejércitos paralelos; todavía es un fenómeno incipiente, pero va en incremento.

Luego aumentan también las armas en poder de particulares. Cada vez los particulares están más armados, de todos los colores; cada vez hay mayor tráfico de armas. Todavía no es algo sumamente alarmante, pero está creciendo.

Estos elementos son las señales de la ingobernabilidad. Agreguemos los paros patronales, los paros gremiales durante todo el año, pero también hay otro elemento, que no he mencionado hasta ahora, pero que es conocido... absolutamente claro, absolutamente indesmentible y objetivo, y que es un elemento de ingobernabilidad:

la inflación con la cual cierra 1972, 270,5 por ciento. Hasta ese momento la mayor inflación histórica de Chile, una inflación de 15 al 20 por ciento mensual.

Esas cifras todavía no indican exactamente la gravedad del fenómeno, porque éstas son las cifras del año, pero —como hemos dicho— la aceleración va galopando, va aumentando de velocidad, así que a fines de 1972 la inflación anualizada no era 270,5 por ciento, era mucho mayor. Iba camino de la hiperinflación, íbamos a terminar 1973 con 600 por ciento de inflación. Algunos dicen, no sé con qué fundamentos, que estas cifras últimas fueron un poco manejadas por los militares, tras el golpe, y que en realidad la inflación fue aún superior; pudo ser del 1.000 por ciento. Olvidémonos del 1.000 por ciento, olvidémonos del 600 por ciento, porque fue de 1973, pero el año 1972 terminamos con 270,5 por ciento de inflación.

Esto es un signo de ingobernabilidad si no se puede controlar. Un Gobierno tiene que actuar contra esa inflación rápida y decisivamente y si no puede actuar, el país se le ha hecho ingobernable.

Allende no sabía nada de economía, pero eso sí que lo sabía perfectamente, y a sus íntimos, estos íntimos sociales, que eran de izquierda pero no tenían figuración política, los íntimos del círculo viñamarino, les dijo que él tenía muñeca para manejarse hasta con un 120 por ciento de inflación al año (era optimista), pero que con 250 por ciento de inflación anual él estaba perdido, y en el fondo maniobraba para ver si sucedía un milagro, pero sabía perfectamente que eso, dentro del contexto político general, era un factor completamente destructivo.

Ahora, ¿por qué se le había hecho ingobernable el país a Allende, y por qué era un signo de esta ingobernabilidad el 270,5 por ciento de inflación? Porque no tenía fuerza política para hacer lo que quería hacer. Quería hacer una revolución y no tenía mayoría, ni en votos ni en parlamentarios ni mayoría social en los grupos sociales organizados, porque ahí había fuerzas no de la Derecha pero sí de la Democracia Cristiana poderosísimas, que se le oponían.

Además, por otra razón más grave todavía, que era que dentro de su combinación política no existía unanimidad sobre cómo afrontar la situación.

Era un panorama político desolador, no tenía fuerza y la que tenía estaba dividida de una manera fundamental. A un lado estaba el guevarismo, o sea el MIR, desde fuera de la Unidad Popular, y dentro de la Unidad Popular, el Partido Socialista y los grupos menores que seguían al Partido Socialista y al otro lado estaban los moderados, que eran Allende, desde luego, los comunistas y los grupos menores de la Unidad Popular, que seguían a los comunistas y ellos no tenían un pensamiento común sobre cómo enfrentar la emergencia. En estos mismos días hubo una feroz e interesantísima polémica entre el MIR y los comunistas. El MIR a través de la revista *Punto Final* y los comunistas a través de *El Siglo*.

Como todas estas polémicas doctrinarias ideológicas de izquierda, se tradujo en lemas, en slogans, que entonces nos hacían reír, pero que ahora, mirados con detención, nos muestran que era perfectamente claro lo que se estaba discutiendo.

¿Qué decía el MIR? Decía que había que “consolidar avanzando”. ¿Y qué decía el Partido Comunista? Que había que “avanzar consolidando”. ¿Qué significaba esto? Está muy claro. El MIR decía: la salvación que tenemos es ir más rápido y más profundo, acelerar, aunque se nos esté tambaleando lo que ya hemos construido, pero si no aceleramos y profundizamos, se va a caer de todas maneras. Así que hay que consolidar, afirmar la revolución avanzando, extremando la revolución. Los comunistas contestaban, no, hay que avanzar consolidando; avanzamos verdaderamente si consolidamos lo que ya hemos hecho, antes de dar un paso más. En esta discusión no hubo acuerdo y tampoco hubo acuerdo de la UP como conjunto con la oposición ni con ninguna parte de la oposición, y por eso, el país quedó ingobernable y ésta era la crisis de Allende.

Pero esta crisis puntual, por lo menos así lo creo yo, estaba sumida en otra mayor, que era la crisis nacional, que llevaba veinticinco años. ¿Y a qué se debía la última? Al mismo motivo que provocaba la crisis puntual; la crisis grande tenía las mismas causas de la pequeña, a saber, que el país estaba dividido en tres tercios: un tercio de derecha, un tercio de centro, un tercio de izquierda; cada uno de ellos había desarrollado su planificación global, su modelo de sociedad; cada uno de ellos afirmaba que esa planificación global, ese modelo



Figura 14. Las juventudes comunistas le reprochaban al MIR, que buscaba la vía armada.

de sociedad tenía que aplicarse completo e inmediatamente, que no admitía postergación ni modificación ni transacción. Pero ninguno de los tres bloques contaba tampoco con la fuerza suficiente para imponer su concepción. Las cuatro presidencias anteriores al golpe son cuatro soluciones fracasadas de la gran crisis nacional.



Primero Ibáñez; los ibañistas de 1952 creíamos que lo que necesitaba el país era una especie de vuelta al pasado, a un pasado supuestamente mejor, y entregarle esta vuelta al pasado a un semidictador o dictador completo, si se necesitara, que pusiera a todo el mundo en vereda, sobre todo que pusiera en vereda a los partidos políticos; que aplicara, como había dicho Ibáñez en su primera presidencia (1927), “el termocauterio arriba y abajo” y que con ello volviéramos a la edad de oro del siglo XIX, a los decenios autoritarios, etc. Nada de eso resultó.

Después vino Jorge Alessandri, el 58. Don Jorge tenía una concepción algo doméstica de la crisis. Creía que éste era un país mal administrado simplemente, que necesitaba dejarse de imaginaciones, maravillas y teorías, y manejarse como maneja su empresa un buen gerente –el suyo fue llamado “el gobierno de los gerentes”– y que con eso íbamos a salir de problemas. No fue así. El mismo Alessandri se dio cuenta de que no era así y al final de su mandato, los últimos meses, propuso una reforma constitucional. Se dio cuenta de que había un obstáculo político de fondo, no sólo una mala administración, y esa reforma constitucional la planteó a pocos meses de terminar su presidencia. Por consiguiente, sabiendo que no sólo no iba a ser vista, sino que nadie se iba a preocupar de ella. ¿Por qué la propone? Como un testimonio.

Enseguida, Frei, en 1964, es la alternativa al marxismo-leninismo, pero dice que el país requiere profundas reformas estructurales: agraria, tributaria, de la educación, urbana, de la empresa (las dos últimas quedan afortunadamente en la penumbra). Toda clase de reformas muy hondas, muy dolorosas, pero dentro de un marco fundamentalmente capitalista –Frei, no Tomic–. Dentro, también, del régimen democrático. Tampoco resulta.

Por último, estamos en Allende, desde 1970. Ensayo no ya reformas estructurales, sino que una revolución marxista-leninista y que sabemos que tampoco logra éxito.

Todas las que anteceden han sido formas, intentos de solucionar la gran crisis, en la cual está metida la pequeña crisis, no pequeña en verdad, pero puntual, la que estamos viendo desde fines de 1972. Las

dos crisis van a hallar solución, buena o mala (ése es otro tema), en el golpe militar, al no encontrarla con Allende.

Ahora bien, ¿qué ensaya Allende para solucionar la crisis, la puntual cuando menos?

Allende realiza tres ensayos para solucionar la crisis. Pero antes de ver ese tema, hay que decir algo de cómo veía Allende la crisis en cuanto a su persona. Ya al concluir 1972, Allende entiende que el proceso marcha hacia una interrupción violenta de su presidencia. No va a permitir que lo saquen vivo y preso de La Moneda. Está decidido a que si no hay solución, si ninguno de los caminos que va a ensayar resulta, morirá en La Moneda, sea que lo maten, sea que –como resultará en definitiva– él mismo ponga fin a su vida.

Eso lo dice muchas veces. En el Estadio Nacional, por ejemplo, cuando están despidiendo a Fidel Castro (diciembre del año 1972). Afirma que él va a salir de La Moneda porque se ha cumplido su período, o acribillado a balazos. Allende tiene una especie de fijación con Balmaceda; es un gran admirador de su figura.

El día que asumió el mando, un pariente de Balmaceda le llevó a La Moneda una edición facsímil del testamento político de don José Manuel, que es un libro muy interesante bibliográficamente hablando. Al final de la jornada, les dijo Allende a sus amigos viñamarinos que ése había sido, para él, lo más emocionante de todo el acto de asunción del mando, cuando le entregaron el facsímil del testamento de Balmaceda.

Hay muchos parecidos con éste en cómo Allende va enfocando lo que se le viene encima, y que él sabe que se le viene encima: la alternativa de entregar el poder y por consiguiente rendirse, o morir. La va enfocando cada vez más como la enfocó José Manuel Balmaceda, en parte porque las circunstancias son parecidas, y en parte por la fijación que tiene con don José Manuel. Dice Allende: “Estar aquí en La Moneda tiene un sentido político muy claro; sería tremendo que después de todo esto el Presidente de Chile terminara huyendo como una rata, muerto en una calle o vejado como un cobarde”. En la carta póstuma a su madre, Balmaceda cuenta que le han propuesto que huya disfrazado, pero, dice: el Presidente de Chile no puede huir disfrazado. Le han dicho que se entregue a la Junta

Revolucionaria, la cual le garantiza un juicio sereno, por lo menos. Incluso Carlos Walker, su archienemigo, le ha proporcionado secretamente un ejemplar de la Constitución para que estudie su defensa, cuando ya el Presidente se halla refugiado en la embajada argentina, y le han hecho un punteo de los posibles cargos que se le harían. Pero Balmaceda decide no entregarse a la Junta. ¿Por qué?... “para que no vejen mi nombre y me infieran toda clase de humillaciones”. O sea, el sentido de ofensa a la dignidad presidencial, el mismo de “terminar muerto en una calle o vejado como un cobarde”.

Hay otra cosa muy curiosa en el mensaje final de Allende, aquel que transmite la radio, y se refiere un poco a la forma que va a tener Allende de afrontar todos estos problemas.

Balmaceda, ex seminarista, tiene una frase en su testamento político que es muy notable. Señala: “cuando ustedes y los amigos me recuerden, crean que mi espíritu con todos sus delicados afectos estará en medio de ustedes”. Esa es una frase bíblica, es la frase de Cristo, de que dondequiera se junten dos en su nombre ahí estará él en medio de ellos. Allende no tenía nada de ex seminarista, ni de cristiano, pero deja en su mensaje una frase parecida. Dice: “ya seguramente el metal tranquilo de mi voz no llegará a ustedes. No importa. Lo seguirán oyendo siempre, estaré junto a ustedes”. Es la misma idea. Allende enfoca el final violento de su régimen desde el punto de vista de que él no puede rendirse, no puede entregarse. Debe morir, o combatiendo o por su propia mano.

Esto moralmente tiene sus bemoles, pero son bemoles de Allende, no nuestros; no podemos juzgar moralmente a Allende. Pero en cambio posee sin duda un sentido político, y en eso es muy respetable, es un acto de grandeza personal: la única forma que le queda de entregar y subrayar su mensaje. No puede hacer ya otra cosa. Está derrotado. Obligado a rendirse, pero no lo va a hacer. Debe morir, pero su muerte será también un mensaje y un modo de ensalzar o enaltecer ese mensaje.

Esto tiene importancia porque los caminos previos, posibles, de Allende eran tres y los ensayó todos. El primero era entenderse con la Democracia Cristiana; el segundo, conseguir el apoyo militar, y el tercero, el más notable de todos, el plebiscito.

**Allende los ensayó y todos le fracasaron**, en parte por culpa de su propia combinación política y, especialmente, del guevarismo dentro de su combinación política, porque el guevarismo era enemigo de estas tres ideas y se jugó entero contra ellas, sobre todo a través del Partido Socialista.

Se jugó en contra de entenderse con la Democracia Cristiana; se jugó en contra de los gabinetes con militares y se jugó en contra del plebiscito.

El entendimiento con los demócratacristianos tuvo dos posibilidades: una en junio de 1973, y otra en julio-agosto de 1973. La primera fue alrededor del proyecto de las tres áreas de propiedad, que era un proyecto para delimitar éstas y, supuestamente, darle tranquilidad a la gente que podría seguir en el área privada. Lo habían presentado los senadores demócratacristianos Juan Hamilton y Renán Fuentealba. Había ido corriendo con el apoyo de la Derecha y con la oposición de la Unidad Popular. Era apoyado por toda la oposición y rechazado por la Unidad Popular, hasta que al final se aprobó.

Era un proyecto confuso, pero cuando menos establecía ciertos procedimientos para la estatización, que significaban un progreso dentro de lo que en el momento existía. Creaba un área privada, en la cual no podía entrar el Estado: muy pequeñita, pero ahí podían refugiarse los particulares y entretenerse con sus pequeñas empresas, porque todo esto se hallaba bajo el signo del pequeñismo. Había un área mixta, en que podían combinarse el Estado y los particulares, y un área social, aquella en que la propiedad debía ser del Estado. Se planteaba, sabemos, una discusión dentro de la misma Unidad Popular, y de la Unidad Popular con los demócratacristianos, sobre quién manejaba a las empresas del área social, si el Estado centralizadamente, como en los socialismos soviético y de los satélites, o bien los trabajadores de las empresas, a la manera yugoslava.

Pero en esa área social no había propiedad privada de ninguna especie, no podía haberla. El área mixta aceptaba combinarse el Estado con los particulares, y en el área privada, sólo cabía la iniciativa privada.

Ahora, ¿cuál era la mejoría que representaba todo lo anterior? Era que para incluir empresas en el área social se necesitaba una ley,

y se establecían los procedimientos para regular lo que se le iba a pagar al empresario.

Se aprobó este proyecto en todos los trámites del Congreso Nacional, de una manera que no satisfacía a la Unidad Popular, y menos que nada al guevarismo. Entonces al Presidente de la República sólo le quedaba el veto, y si éste era rechazado, el plebiscito. En ese momento se produjo el acercamiento de la Unidad Popular con la Democracia Cristiana. O sea, ambos trataron de consensuar el veto, de modo que el Presidente vetara en una determinada forma y los demócratacristianos aceptaran ese veto.

¿Qué actitud tomaban los nacionales, mientras tanto? Los nacionales no hacían nada, estaban al “aguaito” nomás, muy asustados, rezando para que fracasaran estas conversaciones, pero sin ir directamente en contra de ellas, porque eso podía enajenarles a la Democracia Cristiana, y romper la oposición en forma que hubiera sido catastrófica para los nacionales.

Pero ellas fueron avanzando, y al final hubo consenso absoluto, salvo en un punto: que el proyecto Hamilton-Fuentealba contenía una disposición relativa a las empresas “tomadas” a partir de octubre de 1972, que eran muchas, porque con el paro gremial de esa fecha se habían ocupado numerosas empresas que adhirieron a él. Pero en el proyecto aprobado por el Congreso estas empresas se devolvían, y se les aplicaba, para estatizarlas, la nueva ley. La ley de las tres áreas.

Ahí el guevarismo dijo no, y fue no. En ese punto encalló el primer intento de Allende de acordarse, de convenirse con los demócratacristianos. Entonces, vino una trifulca que es necesario describir, aunque sea muy complicada, pero es importante. Se rechazó el veto por la oposición unida, en Cámara y Senado. Pero lo rechazó con los votos que tenía, que eran la mayoría simple. Entonces Allende y la Unidad Popular sostuvieron que ese rechazo debió haberse producido por los dos tercios, lo mismo que se aplicaba al rechazo del veto en una ley.

Se produjo ahí una gigantesca discusión jurídica, de esas a que somos tan aficionados los chilenos y en las cuales siempre, detrás de

los argumentos de derecho, dichos con mucha seriedad, están las respectivas conveniencias políticas del momento.

El Presidente decía cómo va a ser posible que el veto de una reforma constitucional se rechace con una minoría inferior a aquélla con la cual se puede rechazar el veto de una simple ley, eso no tiene sentido común, y la oposición replicaba: así está dispuesto en la Carta Fundamental.

Allende ensayó diversas formas de salir de esta trampa. Primero, pretendió que la Contraloría permitiera promulgar la reforma constitucional, dejando aparte las disposiciones en las cuales existía controversia. Que se promulgara la parte no debatida de la reforma constitucional. La Contraloría vaciló, pero al final dijo que no, que no podía una reforma constitucional promulgarse sino entera; que no se pronunciaba sobre quién tenía razón, si el Presidente o el Congreso, pero que no podía promulgar un pedazo de reforma.

Allende salió corriendo de la Contraloría y se fue al Tribunal Constitucional, y le pidió que resolviera él esta discusión suya con el Congreso. El Tribunal, después de pensarlo maduramente, dijo que no tenía competencia para dirimir la controversia, lo cual era justificable dentro de los textos constitucionales que lo regulaban. Desde ese momento, a Allende no le quedaba sino un arma para resolver esta dificultad tan grande. Y esa arma era el plebiscito.

Podía llamar a plebiscito sobre el veto pendiente. Y Allende quiso hacerlo. Aquí es donde, por primera vez, aparece la idea del plebiscito (como pronunciamiento sobre el gobierno de la Unidad Popular). Pues, naturalmente, o lo ganaba o lo perdía. Si lo ganaba, bien; si lo perdía, le daba una oportunidad de salir dignamente, y vivo, de La Moneda.

O sea, de perder el plebiscito, podía decir me voy voluntariamente, porque el pueblo me ha retirado la confianza que me dio, al rechazar mi posición.

Las dos opciones eran aceptables para él, porque Allende no quería perder la vida por perder la vida, sino que quería perderla si no tenía otra oportunidad de zanjar el problema de su dignidad y de la mantención de las prerrogativas de su cargo en forma razonable.

Esta era para él una forma razonable. Así, entonces, se plantea por primera vez el plebiscito.

Va la idea del plebiscito. Va al Comité de la Unidad Popular, y en el Comité de la Unidad Popular, el Partido Socialista dice no. ¿Y por qué dice no? Por, justamente, lo que constituía uno de los atractivos del plebiscito para Allende, que si lo perdía podía irse. En cambio, para el Partido Socialista, dentro de la idea guevarista, por supuesto, era inconcebible correr el riesgo de irse. Ya al asumir el cargo de Secretario General del Partido, en representación de la corriente guevarista (Congreso de La Serena, comienzos de 1971), Carlos Altamirano había dicho que la Unidad Popular no estaba amarrada por la idea de la alternancia, no era un gobierno democrático-formal, burgués, que llegaba por las urnas y si perdía en las urnas se iba. No, llegaba por las urnas, y no se iba más.

Esto era completamente lógico dentro de la idea guevarista, porque si los explotados llegaban al poder por las urnas y los explotadores se lo entregaban ¿por qué iban aquéllos a devolverlo nunca, si les pertenecía moralmente? El Partido Socialista dijo no, y no hubo plebiscito, pues se extinguió el plazo para convocarlo. Este era el único plebiscito contemplado en la Constitución. Pero Allende no abandonó la idea.

Ni tampoco la idea de entenderse con los demócratacristianos. Entre julio y agosto vino el segundo ensayo al efecto, que fue el “diálogo”. El “diálogo” auspiciado por el Cardenal Silva.

Un auspicio muy curioso, porque si un príncipe de la Iglesia o la Iglesia misma auspician un diálogo político para salir de una situación de grave emergencia nacional, sería un diálogo de todos, pero aquí a la Derecha, a nadie se le ocurrió convidarla.

Y otra vez, como en el caso del proyecto de las tres áreas, la Derecha no dijo nada, por temor a que se le fueran los demócratacristianos, que siempre estaban sujetos a ella con un hilito muy delgado.

Se verificó este diálogo, al que asistieron Allende, el Ministro del Interior Carlos Briones, que era un abogado muy respetado, prestigioso, socialista, y por el Partido Demócrata Cristiano fueron el presidente del partido, que era Patricio Aylwin, y el senador Olguín.

El “diálogo” fracasó, y se cortaron para siempre las posibilidades con los demócratacristianos. ¿Por qué fracasó el diálogo? Porque así dentro de la Democracia Cristiana como dentro de la Unidad Popular había tanto enemigos feroces o escépticos absolutos respecto de la iniciativa. En la Democracia Cristiana, el freísmo no lo quería; Aylwin era freísta, pertenecía al ala o sector freísta, mayoritario en ese momento. Pero Aylwin y también Frei pensaron que era imposible evitar el “diálogo” si lo pedía el Cardenal Arzobispo de Santiago, que en el fondo era la Iglesia quien lo hacía. No podía el Partido Demócrata Cristiano sacarse ese lazo, y decir no, no voy a conversar siquiera con la Unidad Popular.

En cambio dentro de la Unidad Popular, otra vez, el guevarismo se enfureció ante el “diálogo” y lo atacó en forma inmisericorde. Y si pudo celebrarse fue porque Allende prácticamente hizo cuestión de su cargo; porque una cosa eran los acuerdos que se adoptaran, dijo, pero que se le impidiera conversar con los demócratacristianos le resultaba absolutamente inaceptable. Al final, con grandes críticas, el Partido Socialista dejó que se realizara la reunión.

Ahora, la única posibilidad real de éxito que hubo en el “diálogo” fue que se acordara allí formar un gabinete con militares, pero con muchos militares, casi con puros militares y que, además, éstos tuvieran mandos medios de su confianza. Es lo que planteó Aylwin al Presidente Allende.

En el fondo –así dijo Allende– Aylwin le planteó una intervención militar del gobierno: que los militares, las Fuerzas Armadas, requisaran el gobierno de Allende y le nombraran interventores, que era más o menos lo mismo que habían planteado los militares al propio Allende. Así que es posible (y probable) –porque había entre los mismos militares golpistas muchos pro demócratacristianos– que hubiera vasos comunicantes entre la Democracia Cristiana y los uniformados, no para dar el golpe sino, en ese instante, para evitarlo.

Allende rechazó esta posibilidad y ahí fracasó el “diálogo”. ¿Por qué lo hizo? Porque no la quiso, o porque entendió que una cosa así significaba la ruptura de la Unidad Popular? No lo podemos saber.

Después del 11 de septiembre, el Cardenal Silva le concede una entrevista a una publicación católica francesa muy antigua, llamada *La Croix*, y ahí le echa absolutamente la culpa del fracaso del diálogo a Allende y en general a la Unidad Popular. Agrega una cosa muy singular, de la cual no he podido descubrir otro rastro. Dice que Allende, a pesar del fracaso del “diálogo”, quedó convenido con Aylwin en mostrar a los demócratacristianos buena voluntad mediante gestos pequeños, ignoro de qué naturaleza. Pero que ni eso cumplió Allende.

Y si no pudo cumplir, es que no lo dejaron. De nuevo se le impuso el guevarismo. ¿Y por qué se le imponía el guevarismo? Por el sistema de funcionamiento del Comité de la Unidad Popular, que necesitaba la unanimidad de todos los partidos presentes; cada uno tenía derecho a veto sobre cualquier cosa.

Allí terminó la posibilidad de arreglo a través del “diálogo”, de manera que pasamos al tercer camino, que era el gabinete con militares. Si pensamos en esto, hay que pensar en lo que Aylwin le propuso a Allende durante el diálogo. En el fondo era —y así lo diría el MIR— un golpe “blando”, o “seco”, o “blanco”. O sea, pasaban a gobernar los militares sin efusión de sangre, ni alteración institucional de forma. Ya entonces estaba en el aire, y tenía que estarlo, porque vamos a ver que no había otra solución —a mi juicio—, ya estaba en el aire, digo, la idea de que los militares tomaran el control, no el control que de hecho después tomaron ni por el personaje que lo tomó ni por diecisiete años, pero había la idea de que tomaran el control porque la cosa no daba para más.

En el “diálogo” se plantea la idea de la intervención militar profunda, no simbólica como iba a serlo en los dos gabinetes militares, sino una intervención militar muy honda e institucional.

¿Cómo es esto de los gabinetes militares? El primero se produce en octubre de 1972 y dura hasta marzo de 1973. Allende convence a Prats, y éste a las otras dos ramas de las Fuerzas Armadas, y así tenía que ser: si el Ejército se decidía a dar ese paso a través de su comandante en jefe, a las otras ramas uniformadas les costaba oponerse. Y los jefes, a lo menos los jefes nominales de las ramas que no eran el Ejército, estaban en cierto modo a favor de Allende. El almirante

Montero, totalmente; y el general del aire César Ruiz Danyau, que era el comandante en jefe de la FACH, quien como persona no podía ver a Allende, y como político tampoco, ni podía ver a la UP, pero estaba en contra del golpe, porque era un militar profesional ciento por ciento.

Ahí se produce el primer gabinete con integración militar, en que Prats, comandante en jefe del Ejército, es nombrado Ministro del Interior y los otros ministros son miembros de las dos ramas restantes de las Fuerzas Armadas, pero no sus jefes. Son de la más alta categoría dentro de cada rama, pero no son autoridades máximas.

Después de las elecciones de marzo de 1973, Prats dice “nuestra tarea ha terminado”, solucionamos bien que mal o mal que bien el paro de octubre, ha vuelto una relativa tranquilidad, no ha habido más paros generales, hubo bastante violencia en la campaña electoral, pero la elección misma fue completamente tranquila y dio los resultados que dio. Nosotros estamos listos, cumplimos y nos vamos... Y se fueron.

En todo este proceso Prats no le preguntó una palabra a sus generales, y cuando estos se lo echaban en cara, decía que la actividad que él estaba desarrollando era una actividad institucional, que tenía por objeto preservar la paz y la unidad del país y, por consiguiente también, preservar la paz y la unidad dentro de las Fuerzas Armadas, pero que esa actividad sólo le correspondía a él como comandante en jefe. Y no la trataba con nadie, con ningún general, ni siquiera con su segundo, el general Pinochet. Recordemos que una insinuación política que le hizo Pinochet, contra el MIR, provocó un estallido de ira de Prats.

No hablaba Prats este asunto con nadie del Ejército. Lo que hacía políticamente, lo hacía solo. Y cuando los generales le insinuaban: estudiémoslo en el Consejo, decía que no —sabemos—, por no ser una materia profesional. Cuando el general Bonilla le insinuó que la doctrina Schneider, como así era efectivamente, autorizaba una acción castrense en caso de absoluta anormalidad de los poderes del Estado, también se molestó Prats, y dijo que el Ejército no tenía nada que actuar en política.

Ya vimos que luego algunos generales le pidieron permiso para ir directamente a hablar con Allende de la situación del país que veían tan grave, y que afectaba tanto a las Fuerzas Armadas. Mas Prats no les dio el permiso que pedían.

Ahora viene el segundo gabinete con integración militar. Es en agosto de 1973, y va a terminar prácticamente a quince días del golpe. La situación ha cambiado, porque en el intermedio el general Prats se ha dedicado intensamente a gestionar una idea política: que se pacte una tregua entre la UP y la Democracia Cristiana. Esa tregua consistiría en, primero, convenir un plan de acción UP/DC para afrontar las atroces circunstancias políticas, sociales y económicas y, segundo, una vez convenido el plan de acción, formar un ministerio que lo realice y en el cual, dice Prats, podría haber militares.

La idea de la tregua fracasa absolutamente. ¿Y fracasa por quién? Otra vez por los socialistas, por los guevaristas. No, nada de tregua. Entonces Allende empieza a presionar a Prats y a los otros comandantes para que se forme un segundo gabinete de presencia militar, ahora con los cuatro jefes máximos incluido el general Director de Carabineros. Este es ya un gabinete en que van a entrar institucionalmente las Fuerzas Armadas y de Orden. No hay al respecto discusión ni dudas posibles, ante la presencia de esos jefes.

En el primer gabinete se podía decir, con alguna fantasía: estaba pensando en qué ministros podrían ser, y se me ocurrió que fuera uno del Ejército, uno de la Fuerza Aérea y otro de la Armada. Pero esto de que "se le ocurra" a Allende que los cuatro comandantes en jefe integren el gabinete, es un evidente "golpe blanco": van a entrar las Fuerzas Armadas y de Orden, institucionalmente, al gabinete.

Ahí Prats consulta a los generales por primera vez. Es tan grave la situación, que Prats consulta a los generales la propuesta de Allende. Los generales le dicen que no. Y Prats está de acuerdo. Entonces Montero y Ruiz Danyau le proponen a Prats que las tres ramas de las Fuerzas Armadas constituyan un comité, cinco miembros por rama, y que ese comité elabore un memorándum para Allende sobre las condiciones, sin hablar de gabinete militar, las condiciones que debería tener un arreglo que hiciera funcionar al país. Una especie de memorándum de políticas de gobierno.

Se reúnen los quince (uno de los representantes del Ejército es Pinochet, pero no va sino una vez, porque le molesta mucho el comité: dice que es un atropello a la verticalidad del mando). Se hace el memorándum, se lo llevan a Allende; cuando Allende los recibe, se dan cuenta de que ya conoce el documento y naturalmente sólo puede haberlo conocido por alguno de los comandantes en jefe. Y Allende rechaza este memorándum, aduciendo que es una intervención, que a él lo están interviniendo los militares. Y, como les dije, en estos mismos días Aylwin va a proponerle una cosa sumamente parecida en el "diálogo".

Termina, aparentemente, la posibilidad de gabinete militar, pero sigue insistiendo Allende. Al final se desespera Prats y dispone que vayan cuatro generales a decirle a Allende que no va a haber ese gabinete. Nombra a Pickering, Sepúlveda, Urbina, tres hombres de su absoluta confianza. El cuarto será Bonilla.

Van los cuatro generales donde Allende y le confirman que el Ejército no quiere un gabinete con militares. Le explican las razones. Allende —esto lo cuenta Pickering que era un hombre de Prats— los trata pésimo, les dice que ahora pueden imponerse porque tienen las armas, pero que al pueblo no lo detiene nadie, y al final el triunfo será suyo.

Y vuelven los generales, cabizbajos con el mal rato, y lo próximo es que los cita Prats y les explica que se ha constituido el gabinete con los comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas y de Orden, él como Ministro de Defensa. Los generales quedan estupefactos, porque es una situación completamente distinta de ahora que él planteaba, de la que ellos y él habían convenido, porque los consultó, y de la que le habían comunicado a Allende.

La explicación de Prats es que Montero y César Ruiz le cedieron al Presidente, y que Allende, en vez de abordarlo primero, como lo había hecho siempre, lo hizo al final. Ante el consentimiento de sus colegas comandantes en jefe, no había podido decir que no.

Es en este momento que se rompen definitivamente las relaciones entre el generalato y Prats. Carlos Prats queda absolutamente aislado en el Ejército, salvo respecto de tres generales: Urbina, que siempre ha sido un hombre muy independiente, y los de su mayor

confianza, Pickering y Sepúlveda, y esos siguen estando con él, aunque molestos, pero el resto da vuelta la hoja, simplemente.

Entonces, dentro del golpe que como vamos a ver ya estaba en marcha, empieza a discutirse el gravísimo punto de destituir, reemplazar y arrestar a Prats. Porque es completamente claro que nunca va a entrar en la conjura.

Ahora, a Prats no es cuestión de llegar y arrestarlo nomás, porque controla las dos mayores concentraciones de tropa que hay en la capital, o cerca de ella, que son la Segunda División, vale decir, el Ejército de La Serena hasta San Fernando, y la Guarnición de Santiago; y, por otra parte, el Comando de Institutos Militares, que controla todas las escuelas del Ejército y tiene una masa de tropa, o tenía en ese momento, de nueve a diez mil hombres.

Mandando cada uno de esos sectores ha colocado Prats hombres absolutamente suyos. En uno está Pickering (el Comando) y en el otro Sepúlveda (la División). O sea, el golpe contra Prats comandante en jefe es lo que, vamos a ver, constituye el gran fantasma de las Fuerzas Armadas, es la posibilidad de la guerra civil.

Porque no fue el caso del almirante Montero, que no tenía a nadie detrás. Cuando sobrevino el golpe ni siquiera se dieron el trabajo de detenerlo. Creo que sólo le retiraron los automóviles y le cortaron los teléfonos.

Pero Prats no era así. Prats era el comandante en jefe, había sido muy respetado en el Ejército, con justa razón, como militar profesionalmente muy brillante, y lo respaldaban estos dos hombres completamente leales y que estarían tras él en el momento que lo quisieran destituir. Podría ser el comienzo de la guerra civil.

Pero interviene el destino, porque el 27 de junio comienzan a quebrantarse los nervios de Prats. El 27 de junio, después de almorzar en casa, se dirige por la Costanera a su oficina y nota que desde los autos que pasan al lado del suyo le hacen gestos de injuria, pues en ese momento era un personaje muy controvertido. De repente ve un auto que se acerca peligrosamente por su derecha, una renoleta, y el conductor que va con otra persona y esta otra persona multiplican las injurias, le sacan la lengua y aún le hacen gestos obscenos, dice Prats. Él se acuerda de Schneider. Piensa, aquí me van a embo-

tellar, van a matarme, igual que hicieron con Schneider, en medio del tráfico. Entonces abre la ventanilla —iba sentado al lado del conductor—, saca un revólver por ella, y le ordena al chofer de la renoleta que la detenga, y como no obedece, y se ríe y sigue haciendo morisquetas, el General dispara un balazo. Naturalmente ahora la renoleta se detiene con la velocidad del rayo, baja todo el mundo... y advierte Prats que su “enemigo” no es conductor, sino conductora, una señora con un peinado masculino, y que por tanto él le ha disparado un balazo a una señora en la Costanera. Se para una cantidad de otros autos alrededor, sale la gente de ellos, lo increpa y el General tiene que abandonar el sitio de los hechos en un taxi.

En la noche renunció y Allende le rechazó la renuncia.

Afortunadamente para él, tuvo un respiro por el “tanquetazo”. Esto sucedía, dijimos, el 27 de junio, y el 29 el coronel Roberto Souper, comandante del Blindado Nº 2, que estaba conspirando por su cuenta y riesgo (o al menos toleraba que se conspirase), interviniendo en la conjura sus propios oficiales y oficiales jóvenes de otras unidades, es descubierto. Detienen a uno de los primeros y disponen que Souper el día 29 temprano entregue el regimiento. Y él sabe que al entregarlo, probablemente, o quizás antes, lo van a arrestar, dentro de la investigación de la conspiración. Se alza con el regimiento y sus tanques, rodea La Moneda; hay una balacera en la que muere una importante cantidad de civiles, y Prats gana terreno moral. Ya que dirige personalmente, con riesgo de su vida, la represión del intento revolucionario; logra que Souper se rinda con el Blindado y se normaliza la situación.

Pero esa tarde los cuatro comandantes en jefe aparecen en el balcón con Allende, ante una multitud enfervorizada que grita: “Soldado amigo, el pueblo está contigo”. Eso provoca más irritación todavía en los generales y almirantes.

Casi inmediatamente después se constituirá el gabinete con los cuatro comandantes en jefe. Al fin llega el 21 de agosto, ya funcionando este ministerio, y viene la manifestación de las mujeres de los altos militares frente a la casa de Avenida Presidente Errázuriz, la residencia oficial de Prats. El general está enfermo, absolutamente estresado, pero además con gripe; guarda cama y lo despierta una

gritería monstruosa desde la calle: son las mujeres de los oficiales, algunas "generales" inclusive. Quieren hablar con la señora de Prats para "dejarle una carta", pero en el fondo para hacer una manifestación muy violenta e irrespetuosa contra su marido, a la que se unen muchas otras señoras opositoras del barrio... una escena realmente terrible. Llega Pinochet, segundo hombre del Ejército, vicecomandante en jefe y ese momento comandante en jefe subrogante, porque Prats es Ministro de Defensa, y lo reciben de una manera espantosa. Después aparece Allende con el Ministro de Relaciones, Orlando Letelier, otra gritadera y, finalmente, el Mandatario tiene que ordenar que los carabineros despejen la calle y la mantengan vacía.

Prats, al día siguiente, a través de Pinochet, pide la solidaridad a los generales y no se la dan.

Entonces renuncia al Ejército y el Gabinete y, por recomendación suya, Allende designa comandante en jefe a Augusto Pinochet.

Allende quería que Pinochet hiciera inmediatamente la limpieza de generales, que era de total urgencia, porque había una cantidad apreciable de ellos, siete de veintiuno, que estaban conspirando en la forma más clara.

Sucede un acontecimiento de histórica importancia: los generales Pickering y Sepúlveda se enfurecen con lo que le ha pasado a Prats, y con la "deslealtad" de sus colegas, y renuncian. Ni siquiera esperan que los reemplacen en sus cargos, los entregan al segundo respectivo, una actitud muy irregular, según parece, y se van a su casa. Al día siguiente o subsiguiente, Allende le dice a Pinochet: "Posterguemos esta limpieza de generales".

Muy bien, responde Pinochet. "Y a los generales Pickering y Sepúlveda les rechazaremos la renuncia", añade el Presidente. Eso no se puede, replica Pinochet, yo ya las acepté... están cursadas, están retirados del Ejército, y están reemplazados. Y reemplazados por los dos hombres de mayor confianza de Augusto Pinochet. Había reconstituido para sí mismo lo que tuviera Prats: Herman Brady y César Benavides, donde antes se hallaran Pickering y Sepúlveda. A los golpistas se les presentaba el mismo exacto problema que anteriormente, si Pinochet no marchaba con el movimiento. Y ellos igno-

rabán por completo sus intenciones, pues el nuevo jefe máximo no tenía nada que ver con el golpe, absolutamente nada.

Nadie sabía tampoco que Brady y Benavides eran los generales más próximos a Pinochet. Aun de Brady se creía ser de izquierda, por sus relaciones muy cordiales con Allende.

El 22 de agosto de 1973, el mismo día que renunció Prats, la Cámara adoptó su conocido acuerdo contra el gobierno de Allende, acuerdo que llevaba un mensaje directo a los ministros comandantes en jefe. Porque les decía que si estaban allí para reponer el imperio de la Constitución y la ley, para que terminaran los abusos, etc., sería muy meritoria su presencia, pero, de lo contrario —y ellos sabían perfectamente que no tenían poder para hacer lo que la oposición quería—, estarían causando un serio perjuicio y desprestigio a las instituciones armadas.

Los dos ministros que quedaban renunciaron, y ahí terminó el segundo gabinete con integración militar.

¿Quién lo hizo fracasar? Los mismos uniformados, porque se los llevaba a puestos que los comprometían, y no se les daba ninguna atribución que les permitiera ejercerlos. Pero también el guevarismo atacó todo el tiempo, públicamente, al gabinete con militares. El MIR sostuvo que este gabinete era un golpe disimulado... "blanco", o "blando", o "seco" decían, pero un golpe: los uniformados estaban tomando el poder, y eso no podían aceptarlo los revolucionarios.

A Allende le quedó entonces sólo el último recurso, el plebiscito, una idea que tuvieron él y Joan Garcés: una consulta no contemplada en la Constitución, pero tampoco prohibida por ella. Era un plebiscito no vinculante. Sería sobre el gobierno de Allende. Se iba a llamar al pueblo a pronunciarse si estaba de acuerdo o no con Allende y la Unidad Popular. Y el Presidente pensaba que perdería, pero que el plebiscito le iba a dar la posibilidad de renunciar en forma digna.

La Unidad Popular, de todas maneras, debía conservar una fuerza bastante grande, si había sacado el 43 por ciento de los votos, cuatro o cinco meses antes. Por eso Allende creía que iba a perder el plebiscito, porque no contaba con la mayoría, pero dignamente.

La idea es proponer un plebiscito... ¿Dónde? En el Comité de la Unidad Popular. Y empieza la interminable discusión, mientras el



golpe viene marchando, porque el golpe se va a dar de todas maneras. La Armada y la Aviación están listas, la segunda, si el Ejército apoya. Se intentaría convencer a Pinochet. De lo contrario, correría la suerte reservada a Prats. Carabineros, se está seguro de que no ha de plegarse, porque el Director, general José María Sepúlveda, es allendista o amigo personal de Allende. Las cuatro antigüedades que siguen comparten la misma posición. Carabineros, piensan los golpistas, tendrá que ser neutralizado.

En el Comité de la Unidad Popular, se volvieron a dividir: los comunistas, los radicales, Tarud y el MAPU afín a los comunistas –el MAPU Obrero y Campesino de Jaime Gazmuri– estaban a favor del plebiscito; el Partido Socialista, el MAPU de Garretón –o sea, el oficial– y la Izquierda Cristiana estaban en contra; y el MIR, afuera de la UP, estaba en contra, rabiosamente. No salía humo blanco, pues, del Comité de la Unidad Popular. El 8 casi salió, porque se atrasaron los socialistas en llegar a la reunión, ya que el Comité operaba con los miembros presentes –la unanimidad de éstos– y no llegaban los socialistas. Se dio vuelta la Izquierda Cristiana, representada por Bosco Parra, y dijo: estoy de acuerdo con el plebiscito, y Garretón se acercó no recuerdo a quién y le expresó en voz baja: yo me voy a ir, no puedo votar a favor, pero sí irme, y ahí se produce la unanimidad. Estaba saliendo... y llegaron los socialistas. Atrasados, pero llegaron. No, no hay plebiscito.

Ese día el MIR leyó un comunicado oficial absolutamente increíble. Poco después del golpe, cuando llegué a mi oficina de *Qué Pasa*, prácticamente en medio del humo, encontré el comunicado del MIR encima de mi escritorio. Fue mandado por correo a toda la prensa, y había llegado probablemente el 10 en la tarde. Ahí estaba el comunicado, de fecha 8, donde dice: “La UP y el Gobierno... se han demostrado impotentes e incapaces para impulsar una política de ofensiva y de movilización obrera y popular, por el contrario han optado por la táctica criminal del repliegue y el retroceso, el desarme y la capitulación frente a las exigencias patronales; es así como el gobierno, el señor Briones y el señor Allende –‘el señor Allende’... ha perdido el carácter de ‘compañero’– se han apresurado a aceptar las exigencias más inmediatas del Partido Demócrata Cristiano (todo esto era fal-



Figura 15. Portada del *Puro Chile*, 7 septiembre de 1973.

so)... Por otro lado, el señor Allende intenta obligar a la UP a retroceder respecto a una declaración anterior, que ésta había emitido para apoyar la lucha antigolpista de los marineros, para repudiar las torturas y las flagelaciones y expresar su solidaridad con Carlos Altamirano, Óscar Garretón y Miguel Enríquez (acusados por sublevación en el proceso de la Armada). El señor Allende en declaración pública desautorizó y condenó toda forma de lucha antigolpista, dejando en manos de la justicia reaccionaria el veredicto sobre las torturas y proponiéndose (el mismo Allende) como agente de la recomposición reaccionaria de las Fuerzas Armadas. El señor Allende, el gobierno de la UP, han respondido retrocediendo y profundizando el camino de la capitulación”.

Imagínense ustedes lo que era para mí, pasadas apenas horas desde el 11 de septiembre, leer que Allende había capitulado –cuando se había suicidado para no capitular– y que llamaba a “continuar la capitulación a través del diálogo y del plebiscito”. “El plebiscito aparece hoy como una fórmula honorable de capitulación y desalajo para el gobierno”.

El 9, se les acabó la paciencia a los comunistas. Fueron donde Allende y le dijeron que se olvidara del Comité de la Unidad Popular y llamara por sí solo a plebiscito, ellos lo apoyarían. Allende se puso a redactar su discurso. El 10, Orlando Letelier hizo una gestión de última hora con el Partido Socialista, y el 10 en la noche el Partido Socialista dijo sí, que haya plebiscito. Pero de nuevo, un camino, el último, se le cerró a Allende, y fue porque simplemente la Unidad Popular ni gobernaba ni dejaba gobernar, a través del mecanismo descrito. Y porque el guevarismo torpedeaba todo lo que no sirviera para “acelerar y profundizar el proceso”.

El 8 de septiembre almuerzo con Allende Carlos Prats, quien ya no es nada, sólo un ex militar, que se ha colgado junto con su uniforme en el armario, como decía René Silva, cuando le hablaban de un oficial en retiro. Asiste también Fernando Flores, que era muy amigo de Prats. Este dice en sus memorias: “Almorzamos los tres solos en el comedor con vista al estero, en el Cañaveral. Pese a lo cansado de su apariencia, Allende me sorprende por su optimismo en medio de tan lúgubres momentos para él. Está muy molesto por el allanamiento

efectuado ayer por la FACH en la empresa Sumar (estos allanamientos se efectuaban conforme a la ley de control de armas, la “ley maldita”, como decía el MIR) y me dice que ha nombrado una comisión investigadora, porque Leigh sostiene que la tropa de la FACH fue atacada a tiros desde las poblaciones próximas. Me expone su tesis sobre la situación. La Democracia Cristiana, que reúne mañana a sus convencionales de provincias, tratará de provocar su renuncia, logrando una declaración de inhabilidad en el Parlamento”.

Era falso: el PDC nunca aceptó esta maniobra, que los nacionales trataron de imponer hasta el último. Pero Allende creía que podía pasar.

Sigue la cita de Allende con Prats: “Se apoyarán en una especie de ultimátum de Aylwin, que lanzará el jueves 13 en una gran concentración pública de la DC. Me dice que se adelantará llamando el lunes 10 a un plebiscito popular. Piensa que en este veredicto saldrá perdedor, dice, pero será una honrosa derrota para la UP, porque habrá una expresión mayoritaria del pueblo, que le permitirá evitar la guerra civil, tragedia que ni la más cara consideración partidista le inducirá a promover”. “Lo contemplo estupefacto, dice Prats, como si mi oído hubiera malentendido sus palabras. Me observa interrogadoramente con sus ojos penetrantes. Perdone Presidente, digo lentamente, mientras Flores se echa atrás en su silla, usted está nadando en un mar de ilusiones”.

“¿Cómo puede hablar de un plebiscito, que demorará treinta o sesenta días en implementarse, si tiene que enfrentar un pronunciamiento militar antes de diez días?”.

“Me explayo en mi convicción, sin otra prueba que la mecánica de los acontecimientos en marcha, de que es inminente un golpe blando o cruento, según quiénes sean los que den el empujón decisivo a las Fuerzas Armadas: el sector duro de la DC o la derecha económica (Todo esto era mera fantasía de Prats, pues los militares no hablaban del golpe con nadie... ni con el sector duro de la DC ni con la derecha económica).

Ahora, pregunta Allende: “¿Entonces usted no cree que habrá algunos regimientos leales al gobierno, capaces de detener a los golpistas? ¿Entonces no cree en la lealtad de Pinochet y Leigh, a quie-

nes yo nombré comandantes?, me dice en tono alterado". Prats, un hombre que conocía al Ejército, el cual era el centro del asunto, contesta: "Presidente, le respondo con calma, yo creo en la lealtad de Pinochet y también en la de Leigh, pero ellos serán sobrepasados por los generales golpistas, como lo será Montero por Merino, en forma tan sorpresiva que no se producirá hacia abajo el quiebre de la verticalidad del mando, porque hasta los oficiales más constitucionalistas entienden que la división de las Fuerzas Armadas es la guerra civil".

Esto es lo que explica, todo lo de las Fuerzas Armadas el 11 de septiembre.

"Con un tono sutilmente sarcástico –continúa Prats– el Presidente me pregunta. ¿Qué salida ve usted al problema que enfrenta la UP, partiendo de la base que he tratado hasta el último de lograr un entendimiento con la DC y que no quiero la guerra civil?".

"Que el lunes pida usted permiso constitucional –contesta Prats– por un año y salga del país. Es la única fórmula que queda para preservar la estabilidad de su gobierno, porque volverá en gloria y majestad a terminar su período".

Lo que hizo Alessandri en 1924, lo que trató de hacer Ibáñez en 1931. Mas al segundo le jugaron torcido: lo sacaron fuera del país convencido de que le iban a dar el permiso. Pero se lo denegaron, y después lo destituyeron por haber salido de Chile sin permiso. Así es la política.

"El Presidente Allende alza el busto de su asiento y me mira con una expresión que nunca olvidaré, porque son sus ojos y no sus labios los que me dicen: 'jamás'".

"Entiendo su mensaje y le añado, 'olvidese Presidente, no he dicho nada'. Flores es mudo testigo del diálogo, y sólo ahora interviene para aflojar la tensión. Hablamos de otras cosas insustanciales".

Esto es el resumen del problema. Allende no quería morir, pero no quería vivir sin dignidad. Discurrió esta salida.

Finalmente cabe señalar por qué los socialistas se opusieron hasta el fin al plebiscito. Lo hicieron por informes que tenían de su



Figura 16. Portada de *El Siglo*, 10 de septiembre de 1973.



Figura 17. Portada de *El Siglo*, 11 de septiembre de 1973.

“inteligencia” —está en las memorias de Orlando Millas—, según los cuales las Fuerzas Armadas se iban a dividir, el Ejército se iba a dividir y por consiguiente sobrevendría la guerra civil. Los grados de polarización, el grado de apasionamiento y el grado de locura política a que habían llegado eran increíbles (al otro lado también). Apostaban a la guerra civil, y ahí tenían sentido las fuerzas paramilitares. Ni siquiera el socialista más frenético creía que militantes del MIR y del Partido Socialista armados y entrenados pudieran oponerse al Ejército unido, pero sí eran un apoyo interesante, una interesante fuerza complementaria, si el Ejército se dividía y estallaba el conflicto fratricida.

Pero lo más maravilloso era quiénes en el Ejército daban estas informaciones de “inteligencia” a los socialistas. También lo señala-

ban las memorias de Millas. Eran fuentes cercanas a los generales Benavides y Brady. O sea, a los dos generales de Pinochet. Ésas les aseguraban a los socialistas que el Ejército se iba a dividir...

## V. EL DESENLACE

La última cuestión que es necesario abordar podría formularse así: ¿Por qué intervinieron las Fuerzas Armadas el 11 de septiembre de 1973 y pusieron fin a la pequeña crisis y a la gran crisis... a la pequeña crisis, gravísima, de la ingobernabilidad de la Unidad Popular; y a la gran crisis, de la cual la primera formaba parte, crisis de la nacionalidad chilena más que de la sociedad chilena, que había comenzado en los años 50 y cuyo último capítulo fue justamente el régimen de la UP?

Estas dos crisis, la grande y la pequeña, terminaron el 11 de septiembre de 1973, por una acción dolorosa de las Fuerzas Armadas, que prescindieron de los civiles y aplicaron su propia solución. Buena o mala, ése es otro tema, pero ambas crisis terminaron.

La Unidad Popular es como esas novelas gordas, a veces aburridas y a veces entretenidas, que tienen varias tramas que se van desarrollando paralelamente, y que confluyen a un solo final que, en este caso, es el golpe. Las tramas a veces tienen los mismos protagonistas, a veces distintos, a veces parcialmente los mismos y parcialmente distintos protagonistas. Aquí, por necesidad del análisis, se han expuesto separadamente, pero en la realidad cada paso va encauzando hacia el mismo final, hacia el golpe, con la fatalidad de lo inevitable.

Paralelamente hay tres políticas en juego: la política de la tregua, del General Prats; la política del "diálogo", del Cardenal Raúl Silva, y la política del gabinete con militares, de Salvador Allende.

*Primera política:* La política de la tregua de Prats. Cuando Prats vuelve de su viaje al extranjero, que a la vez es posterior al abandono que hace del ministerio en marzo de 1973, lo alarma extraordinariamente la situación que encuentra, agravada en forma infinita respec-



Figura 18. Allende y algunos miembros del GAP en La Moneda el 11 de septiembre de 1973.

to a la que dejó. Piensa que el golpe está a las puertas, que el golpe puede significar una guerra civil y ésta —según la ocasión en que habla— puede costar 100.000 muertos, o 500.000 también.

Entonces discurre un plan político... la tregua, ya señalada, que consiste en que se entiendan gobierno y oposición sobre la base de: a) un plan de acción inmediato para superar especialmente la crisis económica, que esté preconvenido, y b) un ministerio que aplique ese plan, también con gobierno y oposición y con presencia militar. Por oposición entiende Prats exclusivamente a la Democracia Cristiana. A la Derecha, Prats no le atribuye importancia. Dice que ella y los gremios patronales en revolución, de todo lo cual hace un solo conjunto, son irrelevantes. Las masas son las que cuentan, y las masas están divididas entre la Democracia Cristiana y la Unidad Popular, esto lo afirma Prats en sus memorias.

Primero que nada, Prats consigue que sus generales aprueben el plan de tregua. Los generales están muy sorprendidos, porque hasta el momento el Comandante en Jefe del Ejército les ha dicho que no

hablen de política entre sí, que no le hablen de política, y que no vayan tampoco a hablar de política con el Presidente Allende. Pero ahora les solicita, atendida la gravedad de la situación, que endosen el plan de tregua, y los generales lo hacen.

Enseguida, el almirante Montero y el general Ruiz Danyau le proponen a Prats que las tres ramas de las Fuerzas Armadas constituyan un comité con cinco miembros de cada una, para que en vista de lo sucedido el 29 de junio, y a fin de evitar se repitan estallidos de esa naturaleza, le sugiera a Allende un plan de acción. Primero, una especie de enfoque o análisis de las Fuerzas Armadas sobre el estado del país, y después un plan de acción.

Prats acepta, porque entiende que este plan que va a formular, y que empieza a llamarse Comité de los Quince, será el plan de la tregua. Funcionan los “Quince”, redactan un memorándum, que hace un análisis de la situación del país y propone diversas medidas. El documento se conserva hasta el día de hoy, de manera que no hay misterio alguno al respecto.

Cuando lo presentan, encuentran que Allende ya conoce el memorándum, lo cual los molesta profundamente. Entienden que alguien ha cometido una infidencia y se la atribuyen, quizás con injusticia, a Prats.

Pero Allende rechaza terminantemente el plan de los “Quince”, pues consultaba ministros militares, pero con atribuciones prácticamente omnímodas dentro de las respectivas carteras y con mandos medios de confianza de los militares. Salvador Allende dice que esto es como intervenir al Presidente, y que no lo acepta. Pocos días después, Allende le comunica a Prats que la Unidad Popular ha rechazado la tregua. El Presidente la quería, y se jugó por ella; los comunistas también la querían y la aceptaron, algunos personeros y ministros aislados del guevarismo, entre ellos Fernando Flores, estaban asimismo de acuerdo, pero el Partido Socialista dijo no. Eso era definitivo y esta primera política termina así.

*Segunda política:* El “diálogo”. Todo va paralelo. El cardenal Silva le pide a la oposición que se junte con Salvador Allende, el “diálogo”, para buscar una salida a los problemas. Otra vez la oposición es solamente la Democracia Cristiana. Los nacionales y los gremios su-

blevados no cuentan. Ninguna de las partes convocadas puede negarse a este llamado del pastor. Entonces el 30 y 31 de julio se realiza el "diálogo". Pero el fondo de la proposición democratacristiana es aproximadamente es lo mismo que han propuesto los "Quince".

Otra vez, ahora en boca de los democratacristianos, está la sugerencia de un gabinete con muchos ministros militares, y muy poderosos, más poderosos que un ministro corriente, ministros militares que tengan mandos medios de su confianza. Allende consulta, porque también trata de que funcione el "diálogo", pero nuevamente el Partido Socialista dice no.

En realidad el Partido Socialista se había opuesto al "diálogo", no lo quería. Lo mismo que tampoco quería "diálogo" el freísmo dentro de la Democracia Cristiana, mas a la postre no habían podido impedir que lo hubiera, pero fracasa. Esta es la segunda política que se hunde.

*Tercera política:* En esta Allende se mueve ya con todo su peso, es la del gabinete de integración militar. El segundo gabinete de integración militar. Que va a ser mucho más grave en cuanto a la presencia uniformada que el primero, porque ahora Allende le está pidiendo a los tres Comandantes en Jefe y al General Director de Carabineros que asuman ellos personalmente ministerios. Lo planteado es una intervención institucional. Prats la consulta al alto mando y la respuesta es una negativa. Si se ha rechazado el plan de los "Quince", ¿qué van a hacer los comandantes en jefe como ministros? Prats dice que está de acuerdo con su generalato. Allende insiste una vez, insiste dos veces, insiste tres veces y a la cuarta los comandantes en jefe aceptan. Esto pasa el 8 de agosto, cuando Prats comunica a sus generales el "gabinete de seguridad nacional", ante lo cual ellos quedan estupefactos. En ese mismo instante, Prats pierde el ascendiente espiritual del jefe sobre sus subordinados, indispensable para ejercer el mando en cualquier institución jerarquizada, por poco que lo quieran y aunque lo teman.

Después, el episodio del 18 de agosto. El general Ruiz Danyau, Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea, había sido designado Ministro de Obras Públicas y Transportes y como Ministro de Transportes debió enfrentar el segundo gran paro de los camioneros. Empiezan

a adherir otros gremios y se ve la intención de repetir el paro de octubre de 1972, con menos entusiasmo, porque los camioneros ya estaban muy desgastados, tal como estaban desgastados los militares, como estaba desgastada la Unidad Popular, como estaban desgastados los políticos y como estaba desgastada la población toda del país, cualquiera que fuese su convicción política. Pero, de todas maneras, es un incordio formidable y Ruiz Danyau se da cuenta que no lo puede resolver, porque su índole es política, sin perjuicio de los problemas técnicos que además existen.

Va donde Allende y le dice: soy el Ministro de Transportes, esto no lo puedo resolver porque no es un problema de transporte, es un problema político, y, por consiguiente, acépteme la renuncia de ministro. Allende le insiste en que no la acepta, que no renuncie. Se mantiene en sus trece Ruiz Danyau, y Allende le dice algo fantástico: "Usted pierde, en este momento, mi amistad. Yo era más amigo con usted, a usted le conocía de antes y a los otros jefes no. Ahora, ha perdido mi amistad y, por consiguiente, ha perdido mi confianza, y por consiguiente no puede ser comandante en jefe".

Ahí tenemos la movilidad al revés. El Comandante en Jefe no quiere hacer un acto político, porque no tiene por qué hacerlo, y como no acepta ser ministro, actuar en política, se le da de baja en cuanto oficial y Comandante en Jefe. Allende nombra a Gustavo Leigh, la segunda antigüedad del arma aérea, porque ningún otro general quiere aceptar el cargo sobrepasando a Leigh.

De ahí pasamos al 22 de agosto, que es un día maravilloso en cuanto noticias, un día como para cuatro o cinco titulares de todo el ancho de la primera plana. El día anterior, ocurre la manifestación de las señoras de los militares frente a la residencia del Comandante en Jefe. El 22 de agosto Prats exige una muestra de solidaridad a los generales frente a este incidente, y los generales no se la dan. Por lo tanto renuncia y, por recomendación suya, es nombrado en su reemplazo quien fuera su segundo, el general Augusto Pinochet. De inmediato —en una especie de raptó de ira— renuncian los dos generales claves de Prats, Pickering y Sepúlveda, quedando acéfalos los puestos superiores más importantes con mando de tropas, el Comando de Institutos Militares y la IIª División, La Serena-San Fernando.



Pinochet, según ya lo señalamos, llena instantáneamente estos cargos con hombres de su confianza.

Por si fuera poco, ese 22, en otro nivel institucional, la Cámara de Diputados, una cámara esencialmente política, con los votos de la oposición demócratacristiana, radical y nacional emite su famoso acuerdo por el que condena a Allende, y a su gobierno como inconstitucional e ilegal. Este acuerdo para la Derecha tiene un objetivo claramente político: convencer a los demócratacristianos de que es posible y necesario destituir constitucionalmente a Allende, por incapacidad para ejercer el cargo, lo que no pasa de ser una “tinterillada”; pero de paso pone en jaque a las Fuerzas Armadas, apelando a su honor y a su patriotismo. Los demócratacristianos lo piensan tanto, que llega el 11 de septiembre y sin que se decidan quedan fuera del juego.

El 24 de agosto renunció el almirante Montero a la cartera, no a la comandancia en jefe de la Armada; y el 28 se fueron todos los secretarios uniformados que quedaban. Cambió el ministerio: no hubo ya en él ningún militar, y así fracasó la tercera política destinada a prevenir la crisis, con intervención castrense pero sin golpe.

De este modo sólo quedó espacio para la intervención militar, llevada a cabo institucionalmente, sin ambiciones personales de nadie y motivada por la convicción de estar salvando al país de su destrucción. El estamento militar estimó que era su deber actuar, y procedió en consecuencia.

No es verdad que la CIA haya tenido alguna participación en la gesta del golpe. Tras el episodio Schneider los oficiales de Ejército habían cortado todo vínculo con la agencia norteamericana. Seguramente tenía informantes, pero eran muy malos o habían sido infiltrados por la inteligencia militar. Por ejemplo, en uno de los informes desclasificados ahora, y que se envía el 16 de septiembre de 1973 a Langley, Virginia, explicando lo ocurrido cinco días antes, se lee: “Dos: A mediados de agosto de 1973 las FF.AA. comenzaron los preparativos para el derrocamiento del ex Presidente Salvador Allende. Para esta tarea se organizó un equipo especial de coordinación, compuesto por tres delegados de cada rama militar con rango de general o almirante. Enseguida se incluyó a civiles escogidos en ese equipo.

Tres: este equipo de coordinación preparó el plan general para el derribamiento del gobierno de la Unidad Popular, UP, y luego el 1º y 2 de septiembre fue explicado a los comandantes en jefe del Ejército y de la Fuerza Aérea y al almirante José Merino de la Armada. El plan fue aprobado por ellos y se dio orden de hacer preparativos para emprender la acción el 10 de septiembre a una hora que sería decidida por el general Augusto Pinochet, elegido para ser la cabeza del grupo. Cuatro: Por varias razones, en particular por problemas organizativos en la red de radio y televisión de las FF.AA. y Carabineros, el golpe fue postergado para el 11 de septiembre en la mañana”. No sólo es falso —no hay nada verdadero—, sino que es fantástico. Tan alejado de la realidad como el discurso de Castro en La Habana, por los mismos días, relatando la muerte de Salvador Allende.

En suma, el enigma consiste en desentrañar por qué actúan las FF.AA. Es un asunto muy importante resolver, ya que como dice Santayana, los pueblos que olvidan su historia están condenados a repetirla.

Es un fenómeno muy extraño y que se produce en apenas tres años. Cuando subió Allende al poder, las FF.AA. no estaban mal dispuestas hacia él. ¿Por qué? Porque desde luego la profesión militar no es muy ajena al socialismo, la vida del militar es una vida que está reglamentada desde la diana hasta la retreta, como dice por ahí el ex Presidente Pinochet. Ellos viven una vida muy colectiva, en el sentido humano, no político del vocablo.

Tampoco eran necesariamente contrarios al Partido Socialista, porque el Partido Socialista de Chile tenía mucha tradición militar. Lo había fundado un ex coronel, Marmaduke Grove, y habían concurrido muchos ex militares del 1924 y el 1925 al nacimiento del Partido Socialista.

Los militares eran, eso sí, anticomunistas, algo visceral de ellos, histórico, desde la misma Revolución Rusa.

Allende, por su parte, se cuidó mucho de no inmiscuirse ni molestar a las Fuerzas Armadas. ¿Cómo es posible, entonces, que hayan llegado al extremo de derribarlo a sangre y fuego? Hubo cuatro problemas que las tornaron desafectas al Gobierno —como puede ocurrir muchas veces sin consecuencias institucionales—, pero a esos problemas se agregaron dos consideraciones que fueron decisivas.



¿Cuáles eran los problemas típicamente aptos para irritar a un militar?

- a) En primer término, el desorden público. El uniformado, por instinto, desprecia a la autoridad cuando ella no es capaz de lograr que las cosas marchen ordenadas y tranquilas, que cada cual esté haciendo lo suyo en completa normalidad.
- b) Enseguida, el armamento. Era notorio que todo el mundo se estaba armando en Chile, menos las Fuerzas Armadas. Había un tráfico constante de armas, todavía incipiente, sin trascendencia militar, pero las cosas pequeñas van creciendo. Hay un dicho famoso: "una pequeña inflación es como un pequeño embarazo".

Un pequeño armamentismo que iba creciendo, ¿hasta dónde lo dejarían crecer? Esto los tenía extraordinariamente molestos e inquietos. Por iniciativa de Prats y del senador Carmona se dictó la Ley de Control de Armas. Allende estuvo de acuerdo, y la Unidad Popular no hizo mucha cuestión de ella, para no irritar a los militares y, además, porque no tenía fuerza para rechazarla en el Congreso. Allende hubiera podido vetarla, pero no la vetó en un aspecto crucial: la autonomía de las Fuerzas Armadas para buscar armamentos.

Los militares podían entrar a cualquier parte, buscando armas, y empezaron a hacerlo, pero lo curioso era que no las encontraban, lo cual resultaba todavía más frustrante. Pues, reiteremos, tenían la impresión, y era una impresión verdadera, de que el país se estaba armando, que todos se estaban armando.

- c) El tercer problema, que presentaba las mismas características del anterior, era la existencia de milicias paramilitares. Todos, asimismo, tenían milicias: Patria y Libertad; el Partido Comunista (la brigada Ramona Parra); el Partido Nacional (la brigada Rolando Matus); el Partido Socialista (la brigada Elmo Catalán); el MIR... la más numerosa y entrenada de las fuerzas paramilitares, y con el más poderoso equipo bélico. Eran todavía muy pequeñas, pero estaban en continuo crecimiento y preocupaban a las Fuerzas Armadas.

- d) Nos queda la cuarta de las causas, llamémoslas coadyuvantes, que por sí solas no hubieran desatado el golpe militar, ni tampoco juntas, o quizás lo hubieran desatado pero no en ese momento. La cuarta causa fue que revivió el problema del marxismo-leninismo, porque los militares tenían asumidos, tenían internalizados, como dicen ahora, a los comunistas, con las características ya señaladas, pero el guevarismo era otra cosa. El guevarismo era, y lo manifestaba con petulancia, con majadería, un movimiento que propiciaba el enfrentamiento armado, pero no en nombre de cualquier cosa, sino en nombre del marxismo-leninismo. El cual adquiriría nuevamente la cara violenta que estaba escrita en todos los textos, pero semiolvidada, sobre todo por la conducta pacífica durante cuarenta años de los adherentes chilenos más conocidos, los comunistas.

Pero ahora aparecían los marxistas-leninistas de Guevara, que estaban en el MIR, pero también en algunos partidos de gobierno: el Partido Socialista, el MAPU de Garretón, la Izquierda Cristiana y proclamaban: nosotros reivindicamos la violencia, reivindicamos la fuerza para llegar al poder, porque es el único camino que tienen los oprimidos, los explotados, y una vez que hayamos ganado el poder por la fuerza no lo vamos a devolver nunca, aunque perdamos diecisiete elecciones seguidas. ¡Era lo que faltaba que los opresores ganaran las elecciones y los oprimidos les devolvieran el poder! Esto se repetía todo el tiempo y empezó a inquietar a los militares.

Hay un episodio extraordinariamente interesante, en el verano de 1973, que demuestra cómo había prendido de nuevo la alarma, la luz roja, contra el marxismo-leninismo, que es el episodio de la ENU (Escuela Nacional Unificada). Era un proyecto de la Unidad Popular todavía muy en ciernes, un proyecto educativo muy sencillo desde su punto de vista, y perfectamente lógico. Decía, que desde el enfoque del marxismo-leninismo, la educación era una superestructura, correspondiente a la infraestructura, o sea, a lo económico o material. Con economía capitalista, la educación era capitalista; imposible otra cosa, pues la superestructura correspondía con la infraestructura. Pero ahora estábamos construyendo el socialismo a todo

vapor, y haciendo variar radicalmente la infraestructura. Por lo cual la educación, superestructura, tendría que acomodarse a esa nueva condición. Tendría que servir al socialismo, y para eso debería ser una sola, no podría haber educación privada. Y si ésta subsistiera, sería exactamente igual a la pública; todas sirviendo al socialismo, a la sociedad nueva. Esto lo dijeron unas declaraciones muy francas del Subsecretario de Educación, Iván Núñez, sobre lo que realmente significaba la ENU, no en calidad de amenaza, sino en calidad de cómo veía él que debían pasar e iban a pasar las cosas. Cayó como una bomba en las Fuerzas Armadas.

Prats citó a la oficialidad de Santiago al auditorium de la Escuela Militar para exponer temas de actualidad y fijar la posición del mando.

Ahí estaban, sentados por estricto orden de jerarquía, primero los generales, después los coroneles y al fondo los tenientes y subtenientes. Cuando llegó al episodio de la ENU empezó una ola de toses. Comenzó atrás entre los tenientes, y fue avanzando hasta ahogar las palabras del Comandante en Jefe. Hay dos versiones muy distintas de cómo terminó el asunto. La versión de Prats dice que él dio un golpe en el pódium, y restableció el orden de la jerarquía. La versión de algunos oficiales presentes dice que se desconcertó de tal forma con esto, una cosa nunca vista, que terminó como pudo, recogió sus papeles y se fue.

Entonces, tenemos el marxismo-leninismo revivido a través del guevarismo. Las milicias paramilitares. El armamentismo. El desorden. Sin embargo, la paciencia de los militares no se alteraba. Contemplaban el caos generalizado sin mover un músculo.

Lo indigerible fue, primero, comprender que el país estaba en peligro exterior, podía ser atacado por Perú –se acercaba el centenario del 79– y por Argentina, en un momento de extrema debilidad interna. Lo de Argentina estaba dormido por hallarse pendiente el arbitraje del Beagle, pero era tan grave y real el peligro, que no pasarían cinco años sin que estuviésemos a punto, a horas, de entrar en guerra con ella. A juicio de los militares, y con razón, un país desunido internamente y a punto de sufrir una catástrofe interna, como Chile, sería derrotado. Este peligro, real e inminente, fue la primera causa decisoria del golpe.

Y la segunda causa será la posibilidad, relacionada con la primera, de que si seguía subiendo la temperatura política se dividieran las propias Fuerzas Armadas. Si eso ocurría, la guerra civil era inevitable.

Las guerras civiles, por supuesto, no son entre civiles, las guerras entre sólo civiles duran muy poco rato, las guerras civiles suponen que las Fuerzas Armadas de un país se han dividido y que unas están con un sector político y otras con otro, se enfrentan, y esa es la guerra interna, fratricida. Cuando esta posibilidad rozó el margen de maniobra de Pinochet, y no antes, el Comandante en Jefe se decidió a resolver lo que Prats había preferido posponer con su renuncia. Planeó sobre los militares el fantasma de 1891, y nadie quiso repetir la experiencia de entonces.

Ahora hay una cosa muy interesante para meditar: casi todas las fuerzas políticas y, en general, casi toda la población querían la guerra civil, o al menos la aceptaban, resignadamente, como una tragedia inevitable, porque en cada bando pensaba hallarse en juego valores que la merecían y justificaban, no habiendo –en apariencia– otra salida. El general Pinochet torció el destino de la historia y de su propia biografía al aceptar el reto y hacer el gesto que impidió la división de las fuerzas uniformadas y consiguientemente la guerra civil. Desde ese instante, Allende era hombre muerto, pues no podía aceptar rendirse. Y así ocurrió aquel 11 de septiembre.

## ÍNDICE ICONOGRÁFICO

1. <i>Ercilla</i> , 1958.	40
2. Fotografías de Myriam Duchens.	51
3. <i>La Segunda</i> , 8 de agosto del 2003.	63
4. <i>Vea</i> , 1970.	70
5. Archivo <i>El Mercurio</i> .	72
6. <i>Qué Pasa</i> , 1970-1973.	74
7. <i>Vea</i> , 1973.	95
8. <i>Chile y Cuba</i> , La Habana, Cuba, 1971.	97
9. <i>Chile y Cuba</i> , La Habana, Cuba, 1971.	99
10. <i>Chile y Cuba</i> , La Habana, Cuba, 1971.	100
11. <i>La Segunda</i> , 8 de agosto del 2003.	103
12. <i>Punto Final</i> , N° 161, Año VI, 4 de julio de 1972.	123
13. <i>Punto Final</i> , N° 190, Año VII, 14 de agosto de 1973.	124
14. <i>Ramona</i> , mayo de 1972.	127
15. <i>Puro Chile</i> , 7 septiembre de 1973.	145
16. <i>El Siglo</i> , 10 de septiembre de 1973.	149
17. <i>El Siglo</i> , 11 de septiembre de 1973.	150
18. Archivo <i>El Mercurio</i> .	154

## SALVADOR ALLENDE: EL FRACASO DE UNA ILUSIÓN

Gonzalo Vial

La Unidad Popular es como esas novelas gordas, a veces aburridas y a veces entretenidas, que tienen varias tramas que se van desarrollando paralelamente, y que confluyen a un solo final, que en este caso, es el 11 de septiembre de 1973. Las tramas a veces tienen los mismos o distintos protagonistas, y en ocasiones lo son parcialmente. En este libro, por necesidad del análisis, se han expuesto separadamente, pero en realidad cada paso va encauzando hacia el mismo final, hacia el golpe, con la fatalidad de lo inevitable.



“Una obra fruto de la madurez intelectual, fundamental para las nuevas generaciones. En ella se combinan la rigurosidad de la investigación histórica con la vivencia del historiador, además de la buena pluma que caracteriza a su autor”.  
Ángel Soto, Universidad de los Andes.

